

ALLY CARTER

El mejor equipo de jóvenes ladrones de la historia
se enfrenta al golpe del siglo...



Ladrona *con* CLASE

Lectulandia

Después de pasar su infancia ayudando a su padre, uno de los mejores ladrones de arte del mundo, Katarina Bishop intenta dejar el negocio familiar y empezar una nueva vida en una prestigiosa escuela privada. Pero pronto descubre, muy a su pesar, que no se puede escapar del pasado. Su padre ha sido acusado de robar unas piezas de arte de un valor incalculable a un millonario Italiano muy peligroso. Con la certeza que su padre es inocente, Kat decide encontrar ella misma las obras de artes para demostrar la inocencia de su padre y así desenmascarar al verdadero culpable. Pero el tiempo corre... Y Kat sólo tiene dos semanas para emprender un viaje que la llevará a través de Europa y en el que descubrirá que nada es lo que parece...

Lectulandia

Ally Carter

Ladrona con clase

Heist Society I

ePub r1.2

Chris07dx 05.11.14

Título original: *Heist society*
Ally Carter, 2010
Traducción: Pilar Ramírez Tello

Editor digital: Chris07dx
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para mi familia

Capítulo 1

Nadie sabía con certeza cuándo empezaron los problemas en el colegio Colgan. Algunos miembros de la asociación de antiguos alumnos culpaban a la decisión de permitir el acceso a las chicas. Otros citaban las modernas ideas liberales y la pérdida de respeto por los mayores en todo el mundo. Sin embargo, fuera cual fuera la teoría, no podía negarse que, en los últimos tiempos, la vida en el colegio Colgan era distinta.

Bueno, sus áreas verdes seguían perfectamente cuidadas; tres cuartos de los alumnos de último curso ya estaban camino de ser aceptados en alguna de las universidades más prestigiosas del país; seguía habiendo fotos de presidentes, senadores y jefes de empresas en el pasillo forrado de madera oscura al que daba el despacho del director.

Sin embargo, en los viejos tiempos nadie habría rechazado la admisión el día antes del inicio de las clases, obligando así a la administración a llenar el hueco a toda prisa. Aunque lo normal era que cada vacante tuviera una lista de espera de kilómetro y medio de largo, aquel año, por algún motivo, sólo había una candidata dispuesta a matricularse tan tarde.

Sobre todo, hubo un tiempo en que el honor significaba algo en el Colgan, un tiempo en que se respetaban las propiedades del colegio, un tiempo en que se reverenciaba a los profesores... y un tiempo en que el flamante Porsche Speedster de 1958 del director no habría acabado en lo alto de la fuente del patio echando agua por los faros en una noche de noviembre más cálida de lo normal.

Hubo un tiempo en que la chica responsable, la misma que había tenido la suerte de ocupar aquella vacante de última hora hacía tan sólo unos meses, habría tenido la decencia de reconocer su culpa y marcharse de allí sin armar un escándalo. Sin embargo, por desgracia, esos tiempos, igual que el coche del director, habían pasado a mejor vida.

Dos días después del «Porschegate», como lo llamaban los estudiantes, la chica en cuestión tuvo la osadía de sentarse en el pasillo del edificio de administración con la cabeza alta, como si no hubiera hecho nada malo, bajo la mirada en blanco y negro de tres senadores, dos presidentes y un juez del tribunal supremo.

Aquel día había más alumnos de lo normal en el pasillo, todos deseando echar un vistazo mientras cuchicheaban entre ellos.

—Es ella.

—Es la que te decía.

—¿Cómo crees que lo hizo?

Cualquier otro estudiante se sentiría intimidado por tanta atención, pero Katarina Bishop era un enigma desde que llegó al Colgan. Algunos decían que había conseguido una plaza de última hora porque era la hija de un empresario europeo de extraordinaria riqueza que había hecho una donación muy generosa. Otros

observaban que se desenvolvía con elegancia, pensaban en su nombre y suponían que pertenecía a la realeza rusa, que era una de los últimos Romanov.

Algunos decían que era una heroína, mientras que otros la tachaban de rara.

Cada uno había oído una historia diferente, pero nadie sabía la verdad: que Katarina había crecido por toda Europa, aunque no era una heredera. Que, de hecho, tenía un huevo de Fabergé, aunque no era una Romanov. Aunque Kat podría haber añadido mil rumores más, guardó silencio, ya que sabía que nadie creería la verdad.

—¿Katarina? —la llamó la secretaria del director—. La junta te está esperando.

Kat se levantó con calma pero, cuando avanzaba hacia la puerta abierta, a seis metros del despacho del director, oyó que sus zapatos chirriaban; le cosquilleaban las manos. Todo su cuerpo se puso en tensión al darse cuenta de que, de algún modo, en los últimos tres meses, se había convertido en una persona con zapatos ruidosos.

Que, le gustara o no, la oirían llegar.

Kat estaba acostumbrada a mirar una habitación y captar todos los ángulos, pero nunca había visto una habitación como aquélla.

Aunque el pasillo de fuera era largo y estrecho, la sala era redonda. Había madera oscura en todas las paredes, y del techo, bastante bajo, colgaban unas lámparas que iluminaban poco. Era casi como una caverna, salvo por la alta y delgada ventana por la que entraba un fino rayo de luz. De repente, Kat sintió el impulso de acercar la mano para tocar el sol, pero alguien se aclaró la garganta, un lápiz rodó por un escritorio y los zapatos de Kat volvieron a chirriar para devolverla al presente.

—Puede sentarse.

La voz procedía del fondo de la sala y, al principio, Kat no sabía quién había hablado. Como la voz, los rostros que tenía delante le eran desconocidos: los doce de la derecha eran frescos y sin arrugas, estudiantes como ella (bueno, todo lo que un alumno del Colgan podía ser como ella), mientras que los doce de la izquierda tenían menos pelo o más maquillaje. En cualquier caso, al margen de la edad, todos los miembros de la junta de honor del Colgan lucían las mismas túnicas negras y expresiones impasibles mientras observaban cómo Kat se acercaba al centro de la habitación circular.

—Siéntese, señorita Bishop —le dijo el director Franklin desde su puesto en la primera fila.

Con la túnica oscura parecía más pálido de lo normal; tenía las mejillas demasiado hinchadas y el cabello demasiado repeinado. Kat se dio cuenta de que era la clase de hombre que, probablemente, deseara ser tan rápido y deportivo como su coche. A pesar de las circunstancias, la chica sonrió un poquito al imaginarse al director subido a la fuente de la plaza y echando agua por la boca.

Mientras se sentaba, el chico de último curso que estaba al lado del director se levantó y anunció:

—Se inicia la sesión de la junta de honor del colegio Colgan. —Su voz retumbó por toda la sala—. Los que vengan a hablar serán escuchados. Los que deseen seguir

la luz verán. Los que busquen justicia encontrarán la verdad. Honor para uno...

Antes de que Kat lograra procesar lo que había oído, veinticuatro voces respondieron:

—Honor para todos.

El chico se sentó y se puso a hojear un viejo libro con tapas de cuero hasta que el director le recordó:

—Jason...

—Ah, sí —repuso el estudiante, levantando el pesado libro—. La junta de honor del colegio Colgan verá el caso de Katarina Bishop, de segundo curso. El comité oirá las declaraciones que indican que, el día diez de noviembre, la señorita Bishop..., eeh..., robó intencionadamente propiedad privada —explicó Jason, escogiendo las palabras con cuidado, mientras una chica de la segunda fila ahogaba una risa—. Que, al cometer dicho acto a las dos de la mañana, también violó las normas sobre el horario del colegio. Y que la señorita Bishop destruyó intencionadamente elementos arquitectónicos del colegio. —Jason bajó el libro e hizo una pausa (un poco más dramática de lo necesario, en opinión de Kat) antes de añadir—: Según el código de honor del Colgan, estos delitos se castigan con la expulsión. ¿Entiende los cargos de los que se la acusa?

Kat esperó un momento para asegurarse de que la junta quería de verdad que respondiera.

—No fui yo —contestó.

—Los cargos —dijo el director Franklin inclinándose hacia delante—. La pregunta, señorita Bishop, es si ha entendido los cargos.

—Sí —respondió ella, y el corazón le cambió de ritmo—. Pero no estoy de acuerdo con ellos.

—Pues... —empezó a decir el director, pero una mujer que tenía a su derecha le dio un toquecito en el brazo, sonrió a Kat y dijo:

—Director, creo recordar que, en cuestiones como ésta, la costumbre es tener en cuenta el historial académico completo del estudiante. Quizá deberíamos empezar revisando el historial de la señorita Bishop, ¿no?

—Oh —repuso el director, que pareció desinflarse un poco—. Bueno, es cierto, señorita Connors, pero, como la señorita Bishop sólo lleva unos cuantos meses con nosotros, no cuenta con historial alguno.

—Pero estoy segura de que éste no será el primer colegio al que asiste la joven, ¿verdad? —preguntó la señorita Connors, y Kat reprimió una risa nerviosa.

—Bueno, sí —admitió a regañadientes el director—. Por supuesto, y hemos intentado ponernos en contacto con dichos colegios, pero hubo un incendio en el Trinity que destruyó todo el despacho de admisiones y casi todos sus archivos. Y el instituto Bern sufrió un terrible accidente informático el verano pasado, así que nos ha costado mucho encontrar... algo.

El director miró a Kat como si fuera sembrando desastres a su paso. La señorita

Connors, por otro lado, estaba impresionada.

—Son dos de las mejores instituciones educativas de Europa.

—Sí, señora. Mi padre... trabaja mucho por allí.

—¿Qué hacen sus padres?

Mientras Kat buscaba en la segunda fila a la chica que había hecho la pregunta, pensó en responder que qué más daba la ocupación de sus padres. Sin embargo, recordó que el Colgan era la clase de sitio en el que siempre importaba quiénes son tus padres y qué hacen.

—Mi madre murió cuando yo tenía seis años.

Algunas personas suspiraron, pero el director Franklin siguió presionando.

—¿Y su padre? —preguntó, poco dispuesto a que la oportuna muerte de una madre supusiera algún voto a favor de Kat por compasión—. ¿A qué se dedica?

—Al arte —respondió ella con precaución—. Hace muchas cosas, pero se especializa en arte.

Al oírlo, el jefe del Departamento de Bellas Artes se animó y preguntó:

—¿Colecciona?

—Más bien... distribuye —respondió ella, reprimiendo una sonrisa.

—Por muy interesante que parezca —interrumpió el director Franklin—, no tiene nada que ver con... el asunto que nos ocupa.

Kat habría jurado que casi se le escapa: «con mi descapotable».

Nadie respondió. Lo único que se movió en la sala fue el polvo que seguía bailando en el fino rayo de luz solar. Finalmente, el director Franklin se echó hacia delante y entrecerró los ojos. Kat había visto láseres con menos precisión cuando el director preguntó:

—Señorita Bishop, ¿dónde estaba la noche del diez de noviembre?

—En mi cuarto, estudiando.

—¿Un viernes por la noche? ¿Estudiando? —repitió el director, mirando a sus colegas como si aquello fuera la mentira más descarada que hubiera dicho jamás un estudiante del Colgan.

—Bueno, el colegio Colgan es una institución muy exigente. Tengo que estudiar.

—¿Y no vio a nadie? —preguntó Jason.

—No, estaba...

—Ah, pero alguien la vio a usted, ¿verdad, señorita Bishop? —preguntó el director con voz fría y cortante—. Tenemos cámaras por toda la zona exterior, ¿o acaso no lo sabía? —preguntó, dejando escapar una risilla.

Por supuesto que Kat sabía lo de las cámaras. Sospechaba que sabía más sobre la seguridad del Colgan que el director, aunque no le pareció el mejor momento para decirlo; había demasiados testigos, demasiado en juego. El director esbozó una sonrisa triunfal mientras bajaba la intensidad de las luces de la sala con un control remoto. Kat tuvo que retorcerse en la silla para ver cómo una parte de la pared redonda se abría y dejaba al descubierto un gran televisor.

—Esta joven tiene un parecido sorprendente con usted, ¿verdad, señorita Bishop? En la granulosa imagen, Kat reconoció la plaza, claro, pero no a la persona que corría por ella vestida con una sudadera negra con capucha.

—No soy yo.

—Pero las puertas de la residencia se abrieron una sola vez esa noche, a las 2:27 de la mañana, con un carné de estudiante. Esta tarjeta —añadió, y a Kat le dio un vuelco el estómago al ver en pantalla la peor fotografía que le habían hecho en toda su vida—. Es su carné de estudiante, ¿verdad, señorita Bishop?

—Sí, pero...

—Y encontramos esto —siguió diciendo el director mientras sacaba algo de debajo de su asiento— al registrar sus pertenencias.

La matrícula personalizada (COLGAN-1) parecía brillar cuando la levantó por encima de la cabeza.

Era como si la habitación se hubiera quedado sin aire. Kat notó que una sensación extraña se apoderaba de ella; al fin y al cabo, podía soportar que la acusaran, pero que la acusaran injustamente era algo completamente nuevo.

—¿Katarina? —preguntó la señorita Connors, como si le suplicara que probara su inocencia.

—Sé que parecen unas pruebas muy convincentes —dijo Kat, dándole vueltas a la cabeza sin parar—. Quizá demasiado convincentes, ¿no? Es decir, ¿acaso usaría mi carné si lo hubiera hecho?

—¿Así que, como hay pruebas de que lo ha hecho, eso es prueba de que no lo ha hecho? —preguntó la señorita Connors; incluso ella parecía escéptica.

—Bueno, no soy estúpida —respondió Kat.

—Vaya —repuso el director, riéndose—, ¿y cómo lo habría hecho usted?

Estaba burlándose de ella, poniéndole una trampa, aunque Kat no pudo evitar pensar en la respuesta: «Hay un atajo detrás del Warren Hall que estaba más cerca, más oscuro y sin cámara alguna... Las puertas no necesitan carné si cubres el sensor con un montón de chicle al salir... Si vas a gastar una broma de esa naturaleza, no lo hagas la noche antes de una mañana en la que el personal de mantenimiento se despertará mucho antes que los alumnos...».

El director Franklin sonrió con aire de suficiencia y disfrutó del silencio de la chica, como si él fuera mucho más listo.

Sin embargo, Kat ya había aprendido que la gente del Colgan solía equivocarse, como cuando el profesor de Italiano había dicho que el acento de Kat siempre la haría destacar en las calles de Roma (aunque Kat se había hecho pasar por monja franciscana en un trabajo muy difícil realizado en la Ciudad del Vaticano). Pensó en lo tonta que había sonado la profesora de Historia del Arte al hablar con entusiasmo de cuando vio la *Mona Lisa* (cuando Kat sabía a ciencia cierta que habían reemplazado el original del Louvre por una copia en 1862).

Kat había aprendido muchas cosas antes de matricularse en el colegio Colgan,

sobre todo que el colegio no era el lugar más apropiado para contarlas.

—No sé nada del Trinity ni del Bern, ni de ninguna de esas escuelas europeas, jovencita, pero en el colegio Colgan cumplimos las normas —dijo el director, y dio un puñetazo en la mesa para enfatizar sus palabras—. Respetamos la propiedad ajena, observamos el código de honor de esta institución y las leyes de este país.

Sin embargo, ella ya sabía lo que era el honor y había crecido observando una serie de reglas. Y la primera regla de la familia de Katarina Bishop era sencilla: no te dejes atrapar.

—Katarina —dijo la señorita Connors—, ¿tienes algo que añadir para explicar todo esto?

Kat podría haber dicho que no era ella o que se trataba de un error. La ironía era que, de haberse tratado de un golpe normal, podría haber mentido fácilmente sin pensárselo dos veces. Pero ¿la verdad? Eso no se le daba bien.

Alguien había hecho una copia de su carné, había colocado la matrícula en su cuarto y se había vestido como ella para asegurarse de que las cámaras lo vieran.

Le habían tendido una trampa y no se atrevía a decir lo que pensaba: que, quienquiera que lo hubiera hecho, era muy, muy bueno.

Kat hizo las maletas en veinte minutos. Podría haberse quedado más para despedirse, pero no tenía de quién. Así que, después de tres meses en el Colgan, no pudo evitar preguntarse si el día que la expulsaron del internado se convertiría en uno de los pintorescos momentos que su familia recordaría con orgullo. Se los imaginaba a todos sentados alrededor de la mesa del tío Eddie dentro de unos años, hablando sobre aquella vez en que la pequeña Katarina robó una vida para después abandonarla sin dejar rastro.

Bueno, casi sin rastro, recordó mientras cruzaba el césped, antes perfecto, cargada con las maletas. Todavía se veían los surcos que iban y venían de la fuente en el centro de la plaza: un recordatorio embarrado que, sin duda, duraría hasta la siguiente primavera.

Oyó risas detrás de ella y se volvió: había un grupo de niños de octavo susurrando entre ellos, hasta que un valiente se alejó de sus amigos.

—Esto... —empezó a decir; después miró a los otros para reunir coraje—. Nos preguntábamos... eeh... cómo lo habías hecho.

Una alargada limusina entró por las recargadas puertas y se acercó a la acera. El maletero se abrió. Mientras el chófer se acercaba a recoger las maletas, Kat miró a los chicos y después al Colgan por última vez.

—Muy buena pregunta —respondió.

Sonó el timbre y los alumnos corrieron a clase por la plaza. Kat no pudo evitar sentirse un poco triste, o tan triste como cualquiera podría estar de perder algo que, en realidad, nunca le había pertenecido. Se dejó caer en el asiento de la limusina y

suspiró.

—Bueno, supongo que se ha terminado.

Y así habría sido... si otra voz no hubiese contestado:

—En realidad, acaba de empezar.

Capítulo 2

Kat dio un bote. No había visto a la figura sonriente sentada en la penumbra de la limusina.

—¿Hale? —preguntó, como si el chico pudiera ser un impostor, pero entonces se le ocurrió una pregunta diferente—: Hale, ¿qué haces aquí?

—Pensé que necesitarías un chófer.

—El despacho del director me pidió un coche.

—Mira, y yo voy y aparezco con un submarino —repuso él, encogiéndose de hombros con aire burlón.

Mientras la limusina salía del sendero de entrada al colegio, Hale se volvió para mirar por la ventana. Kat lo vio examinar el terreno, sonriendo, como si no tuviera ninguna obligación en el mundo. A veces Kat se preguntaba si aquella seguridad en uno mismo sólo podría comprarse con el dinero de una familia rica. Después se preguntó si podría robarse.

Hale se despidió con la mano cuando el colegio Colgan desapareció a lo lejos:

—¡Adiós, Colgan! Hola, Kitty Kat —añadió, volviéndose hacia ella.

—Hale, ¿cómo sabías que estaba...?

Pero no terminó la pregunta porque, de repente, no estaba en la parte de atrás de una limusina, sino en una silla mirando la grabación de las cámaras de vigilancia, en la que una persona encapuchada corría por la plaza. Miraba la imagen de su propio carné de estudiante ampliado en una pantalla de televisión. Observaba cómo el director Franklin sacaba una matrícula personalizada y la levantaba para que todos la vieran.

—Hale —siguió, suspirando—. ¿El coche del director? ¿En serio? ¿No es demasiado típico para ti?

—¿Qué puedo decir? Soy un tipo anticuado. Además, si es un clásico, por algo será —respondió, apoyándose en la ventana—. Me alegro de verte, Kat.

Ella no sabía qué decir: ¿yo también? ¿Gracias por hacer que me expulsaran? ¿Cómo es posible que estés aún más bueno que antes? ¿Creo que te he echado de menos?

Al final se decidió por:

—¿Ha sido idea de mi padre?

Hale dejó escapar una carcajada y sacudió la cabeza.

—No me devuelve las llamadas desde lo de Barcelona. Creo que todavía está enfadado conmigo —le susurró al oído.

—Sí, bueno, ya somos dos.

—Oye, todos estuvimos de acuerdo en que aquel mono parecía muy bien adiestrado.

—Me han expulsado, Hale —repuso ella, sacudiendo la cabeza.

—De nada —contestó él, sonriendo.

—Te has cargado el coche del director.

—W. W. Hale IV compró ese coche para el director Franklin, ¿o no te lo han comentado? Por supuesto, fue una compensación por el incendio que W. W. Hale V supuestamente provocó en octavo, antes de que se sugiriera que todos los W. W. Hale actuales y futuros continuaran con su educación en otra parte, lo que me vino muy bien, ya que ahora estoy en el instituto Knightsbury.

—No he oído hablar de él.

—Mi padre recibió una carta la semana pasada diciéndole que me he convertido en un estudiante modelo.

—Enhorabuena —respondió Kat, aunque lo dudaba mucho.

—Sí, bueno, soy el único estudiante —añadió él, con una de sus sonrisas—. Obviamente, la desventaja de asistir a un instituto ficticio es que nuestro equipo de *lacrosse* es una porquería. De todos modos, técnicamente, el coche que destrocé era mío.

La chica examinó a W. W. Hale V. Parecía tener más de dieciséis años; llevaba el pelo, castaño claro, alborotado; estaba bronceado, y Kat, a pesar de llevar dos años intentándolo, todavía no había descubierto su nombre de pila.

—Dudo que ellos lo vean así, ¿Wesley? —probó.

—Ni. De. Lejos —respondió Hale, sonriendo.

Kat ya había pasado por todos los nombres que empiezan por uve doble que se le ocurrían, pero Hale no había admitido ser un Walter, ni un Ward, ni un Washington. Negaba con vehemencia ser Warren o Waverly. Watson había dado lugar a una mala imitación de Sherlock Holmes durante buena parte de un viaje en tren a Edimburgo, en Escocia. Y Wayne parecía tan poco apropiado que ni lo había intentado.

Hale era Hale, y no saber de dónde venía la uve doble se había convertido en un recordatorio constante de que, en la vida, hay algunas cosas que se pueden dar, pero no robar.

Por supuesto, eso no significaba que no siguiera intentándolo.

—Bueno, ¿cuánto tardaste en fisgar en las fichas de los estudiantes? —preguntó Hale—. ¿Una semana? —Kat se puso colorada—. Pero no encontraste nada sobre mí, ¿verdad? —preguntó, arqueando una ceja—. Kat —suspiró—, qué bonito y qué inocente. Te sienta bien la ingenuidad.

—No te acostumbres.

—Oh, claro que no.

El coche ronroneó suavemente por las sinuosas carreteras de la campiña.

—¿Por qué lo has hecho, Hale?

—No es tu sitio.

—¿Por qué lo has hecho? —insistió ella, perdiendo la paciencia—. No estoy de broma, Hale.

—Ni yo, Kat.

—Tienes...

—Un trabajo para ti —dijo Hale—, y sólo para ti —añadió antes de que pudiera protestar.

Las colinas se hicieron más escarpadas, el viento dispersaba las hojas y, a lo lejos, el sol se reflejaba en un lago, pero Kat no apartó la mirada de Hale al afirmar:

—No quiero ningún trabajo.

—Éste sí.

—He abandonado el negocio familiar, ¿es que no te has enterado?

—Vale —dijo Hale, y cruzó los brazos, dejándose caer en el asiento. Echó la cabeza atrás y cerró los ojos. Kat habría jurado que ya estaba medio dormido cuando preguntó—: Pero ¿has abandonado a la familia?

Capítulo 3

De todas las casas de la familia Hale, la favorita de W. W. Hale V no era el ático de Park Avenue (demasiado pretencioso), ni el piso de Hong Kong (demasiado ruidoso), ni siquiera la mansión de Martha's Vineyard (demasiada arena por todas partes). No, el más joven de los Hale sólo sentía cariño por la vieja propiedad de dos kilómetros cuadrados y medio situada en el Nueva York rural. Al menos, era el único lugar en el que Kat le había oído decir:

—Ya estamos en casa.

El vestíbulo tenía dos plantas de altura y medía nueve metros de largo, como mínimo. Hale se adelantó y pasó a toda prisa por delante del Monet de la entrada para que ella no lo viera... o no lo robara. Hizo un gesto hacia las escaleras.

—Marcus te ha instalado en la habitación azul. Puedes subir, si quieres. O podemos salir al porche y pedir que te traiga algo de comer. ¿Tienes hambre? Ni siquiera te lo he preguntado. ¿Quieres...?

—Quiero que me cuentes qué está pasando.

Después de varias horas viendo pasar la campiña de Nueva Inglaterra y escuchando los ronquidos de Hale, Kat estaba harta de elaborar planes y estrategias para recuperar su vida en el internado. Se le habían acabado las opciones, así que recurrió al método más antiguo y más fiable de los ladrones para obtener lo que desean: pedirlo con amabilidad.

—Por favor, Hale.

Sin embargo, él no respondió, estaba demasiado ocupado caminando por el pasillo principal para llevar a Kat a una habitación oscura en la que no había estado antes. La luz de la luna entraba por las ventanas que ocupaban una pared entera. Había estanterías con libros y sofás de cuero, licoreras de brandy, y el olor rancio a puros viejos y dinero aún más viejo. A Kat no le cabía duda de que se trataba de un cuarto importante para hombres importantes, aunque entró sin pensárselo dos veces... hasta que vio el cuadro.

Acercarse era como acercarse a una ventana a otro país, a otro siglo. Examinó los vivos colores y las fuertes pinceladas.

—Es precioso —susurró mientras contemplaba la obra de un antiguo maestro a la luz de la luna.

—Es Vermeer.

Kat se volvió hacia el chico, que permanecía en el umbral.

—Es robado.

—¿Qué quieres que te diga? —repuso Hale, colocándose detrás de ella para examinar el cuadro por encima de su hombro—. Conocí a un hombre muy agradable que se apostó conmigo a que tenía el mejor sistema de seguridad de Estambul. —La chica notó su cálido aliento en la nuca—. Se equivocó.

Kat se quedó muy quieta mientras su amigo se acercaba al escritorio de la otra

esquina de la enorme habitación, levantaba el teléfono y decía:

—Marcus, estamos en casa. Podrías traernos un poco de... Sí. La biblioteca —explicó, y tapó el auricular con la mano—. ¿Te gusta la cecina? —Kat le lanzó una mirada asesina, pero él se limitó a sonreír—. ¡Le encanta! —exclamó.

Después colgó y se dejó caer en uno de los sofás de cuero como si aquel sitio fuera suyo. Claro que, en realidad, era suyo.

—Bueno —dijo el chico esbozando lentamente una sonrisa—, ¿me has echado de menos?

Un buen ladrón es siempre un buen mentiroso, es parte de las habilidades, de las herramientas, del arte. En aquel momento, Kat pensó que había hecho bien alejándose del negocio porque, cuando dijo que no, la sonrisa de Hale se hizo más amplia.

—Me alegro mucho de verte, Kat.

—Tendrías que haber recordado quién soy antes de intentar estafarme.

—No, tendrías que haberlo recordado tú. Quieres volver al Colgan, ¿no? ¿Después de que te haya salvado de ese lugar?

—El Colgan no estaba tan mal, allí podría haber sido normal.

—Créeme: nunca habrías sido normal en el Colgan —repuso él, entre risas.

—Podría haber sido feliz.

—Te han echado, Kat.

—¡Porque me tendiste una trampa!

—Vale, es justo —respondió Hale, encogiéndose de hombros y estirando los brazos sobre el respaldo del sofá—. Te saqué porque tengo un mensaje para ti.

—¿No tiene tu familia una empresa de telefonía móvil?

—Una pequeñita —le aseguró él, separando los dedos unos dos centímetros para ilustrar su respuesta—. Además, se trata de un mensaje de los que hay que dar cara a cara.

—Creía que mi padre no hablaba con... —pero dejó la frase en el aire porque Hale sacudió la cabeza.

De repente, Kat lo entendió todo un poco mejor. Se dejó caer en el sofá que había frente al de Hale y preguntó:

—Entonces, ¿cómo está el tío Eddie?

—Está bien —respondió el chico—. Te envía un abrazo. Dice que el colegio Colgan te robará el alma. —Ella empezó a protestar, pero Hale la detuvo—. Pero ése no es el mensaje.

—Hale —suspiró Kat, cada vez más harta.

—Kat —la imitó él—. ¿Quieres oír el mensaje del tío Eddie o no?

—Sí.

—Dice que tiene que devolverlos.

—¿Qué? —La chica no sabía si lo había oído bien—. ¿El tío Eddie tiene que devolver el qué...?

—No, ése es el mensaje, y cito: «Tiene que devolverlos».

—No lo entiendo —contestó ella, sacudiendo la cabeza.

—Hubo un trabajo hace una semana, en Italia.

—No he oído de ninguno —insistió ella antes de recordar que había estado apartada del mundo, del mundillo, del circuito. Sabía lo que la cafetería del Colgan servía cada día del mes, pero de lo demás...

—Colección privada —siguió explicando Hale—. Cuadros muy valiosos. Mucha seguridad. Muchísimo riesgo. Hay dos, quizá tres equipos en el mundo que podrían haberlo hecho y...

—¿Mi padre es el primero de la lista?

—No hay ninguna lista. Sólo está...

—Mi padre —dijo Kat; después meditó durante un momento y suspiró—. ¿Y? —preguntó; de repente, todo parecía absurdo—. ¿Qué pasa? Es lo que hace, Hale, es lo que hacemos todos. ¿Por qué es distinto esta vez?

Se levantó y se dirigió a la puerta, pero Hale se levantó de un salto y le agarró la muñeca.

—Es diferente porque es diferente, Kat. Este tipo, el tío de los cuadros, es un mal tipo.

—Soy la hija de Bobby Bishop, Hale. Conozco a muchos tipos malos.

Intentó zafarse de él, pero el pecho de Hale se apretaba contra el suyo; tenía las manos calientes.

—Escúchame, Kat —le susurró con insistencia—, no es un mal tipo como tu padre o el tío Eddie —aseguró antes de respirar hondo—. O como yo. Se llama Arturo Taccone y es un mal tipo completamente distinto.

Se conocían desde hacía dos años, así que Kat había visto muchas expresiones en el rostro de Hale: juguetona, intrigada, aburrída... Sin embargo, nunca antes lo había visto asustado, y eso, más que nada, la hizo estremecer.

—Quiere que le devuelvan sus cuadros —siguió explicando Hale con voz más suave; había cambiado el tono duro por otra cosa—. Si no los recupera en el plazo de dos semanas...

Estaba claro que Hale no quería terminar la frase, lo que a ella le parecía bien, ya que no quería oírla.

Kat se dejó caer en el sofá intentando recordar la última vez que se había quedado sin palabras. Aunque, claro, tampoco recordaba la última vez que le habían tendido una trampa para acusarla de un delito que no había cometido, la habían expulsado de un internado al que había tardado tres meses enteros en entrar y después, técnicamente, la había secuestrado un chico que podía comprarse un Monet pero no se resistía a robar un Vermeer. Teniendo en cuenta las circunstancias, quedarse sin palabras estaba bien.

—Antes mi padre era más cuidadoso —dijo en voz baja.

—Antes te tenía a ti.

Kat se comió su sándwich de cecina y bebió limonada. Era vagamente consciente de que Hale la miraba, aunque sólo porque era Hale y la parte femenina de Kat no lograba olvidar que él estaba en el cuarto. Por lo demás, la chica no hizo ruido alguno; su familia habría estado orgullosa.

Una hora después, Marcus condujo a Kat por la amplia escalera y ella lo miró intentando averiguar si el hombre de pelo plateado rondaba los cincuenta o los ochenta años. Lo escuchó para determinar si su acento era escocés o galés. Sin embargo, sobre todo, Kat se preguntaba por qué Marcus era el único empleado doméstico que había visto orbitar alrededor del planeta Hale.

—Me he tomado la libertad de ponerla en la habitación de la señora Hale, señorita.

Marcus abrió unas puertas dobles enormes y Kat empezó a protestar; al fin y al cabo, la mansión tenía catorce dormitorios. Pero, cuando Marcus encendió la luz, ella respiró el aire rancio de un dormitorio que estaba limpio, aunque abandonado. Tenía una cama de matrimonio, una *chaise-longue* y al menos veinte cojines con fundas de seda en distintos tonos azules. Era precioso, aunque triste. Necesitaba que alguien lo habitara.

—Si necesita algo, señorita, estoy en el número siete del teléfono de la casa —le dijo Marcus desde la puerta.

—No —masculló Kat—. Quiero decir, sí. Quiero decir..., que no necesito nada. Gracias.

—Muy bien, señorita —respondió él mientras empezaba a cerrar las puertas.

—¿Marcus? Los padres de Hale..., es decir, el señor y la señora Hale..., ¿cuánto tiempo pasarán fuera? —preguntó Kat; no sabía qué era más triste: no tener padres o tener padres que, simplemente, desaparecían de tu vida.

—La señora de la casa no va a necesitar el dormitorio, señorita.

—¿Me piensas llamar Kat alguna vez, Marcus?

—Hoy no, señorita. Hoy no —repitió él en voz baja.

Cerró las puertas y ella oyó cómo sus pasos se alejaban por el largo pasillo. Se tumbó en la cama vacía de la madre de Hale; la funda del edredón estaba fría. Se sentía muy sola en aquel dormitorio tan grande, pensando en su padre y en el tío Eddie, en un Porsche Speedster y en Monet.

Pasaron las horas y sus ideas se mezclaron hasta parecer un cuadro impresionista: estaba demasiado cerca de la imagen para verla con claridad. Pensó en la delincuencia, como había hecho tantas otras veces en sus quince años de vida, desde el día en que su padre le había dicho que le compraría un helado si gritaba sin parar hasta que uno de los guardias de la Torre de Londres dejara su puesto para ver qué sucedía.

Volvió a oír las palabras de Hale: «Antes te tenía a ti».

Bajó de la cama de un salto y rebuscó en sus maletas hasta encontrar el pasaporte. Lo abrió y vio el nombre de Melanie O'Hara al lado de una foto suya con peluca roja.

Rebuscó otra vez y sacó otra tapadera: Erica Sampson, una rubia esbelta. Otros tres intentos dieron con otros tres recuerdos, hasta que Kat se encontró... a sí misma.

Guardó a las otras chicas por el momento, levantó el auricular del teléfono y marcó.

—¿Marcus?

—Sí, señorita —contestó él, demasiado despierto para ser las cuatro de la mañana.

—Creo que voy a tener que irme.

—Por supuesto, señorita. Si mira al lado del teléfono verá que me he tomado la libertad de...

Entonces lo vio: un sobre con un billete de avión en primera clase a París para las ocho de la mañana.

Capítulo 4

Antes, a Kat le encantaba París. Recordaba haber estado allí con sus padres comiendo cruasanes, visitando una pirámide y llevando seis globos rojos. Hasta varios años después no descubrió que no se trató de un divertido viaje familiar, sino que habían estado vigilando el Louvre. A pesar de todo, los recuerdos la hicieron sonreír cuando compró un bollo en la cafetería favorita de su padre y salió con él al frío mundo exterior. Tembló un poquito y deseó haberse llevado un abrigo más grueso. Al otro lado de la abarrotada plaza vio la tienda en la que su madre le había comprado un par de relucientes zapatos de charol rojo para Navidad. Deseó un montón de cosas.

—Sé que el tío Eddie dice que está en París, pero quizá tarde un par de días en encontrarlo —le había dicho a Marcus cuando la dejó en el aeropuerto.

—Por supuesto, señorita —respondió él de una manera que daba a entender que no sería así; de algún modo, como siempre, Marcus estaba en lo cierto.

El nombre, la dirección y el teléfono de Bobby Bishop cambiaban constantemente, pero Kat conocía a su padre y eso resultó bastar para localizarlo.

Estaba a media manzana de distancia cuando lo vio. El pelo empezaba a mostrar unos ligeros toques grises, pero seguía siendo tan tupido y ondulado como antes. Caminaba a grandes zancadas y llevaba subido el cuello del abrigo de cachemira oscuro para protegerse del viento mientras paseaba tranquilamente entre la multitud.

Kat volvió corriendo al interior de la cafetería, compró un café solo y salió de nuevo con el vaso humeante esperando verlo reaccionar con sorpresa al descubrirla. Sin embargo, cuando regresó a la calle y buscó su rostro y su familiar forma de andar entre la gente, no lo encontró. ¿Habría pasado de largo? Durante un segundo temió no volver a encontrarlo o, peor, encontrarlo demasiado tarde.

Empezó a caminar en la dirección en la que iba él y estaba a punto de llamarlo cuando, instintivamente, se detuvo y miró atrás. Allí, en el centro de la plaza, lo vio de pie entre un grupo de turistas, escuchando a un guía que hablaba al borde de la fuente.

Su padre no pareció verla abrirse paso entre las hordas de turistas y las voraces palomas. No hubo ni abrazos ni saludos efusivos cuando se puso a su lado.

—Espero que eso sea para mí —dijo él, aunque sin apartar la mirada del hombre que hablaba velozmente en ruso al grupo.

Kat no sabía si enfadarse o impresionarse con su tono despreocupado, como si se tratara de una cita y la estuviera esperando.

Le dio el café y lo vio agarrar el vaso calentito con las manos heladas.

—¿Sin guantes? —le preguntó ella.

—No en mi día libre —contestó su padre, sonriendo, antes de dar un trago al café.

Se supone que los ladrones no deben desear demasiado... Es la verdad, aunque resulte irónico. No deben vivir en un lugar del que les cueste marcharse, ni poseer nada que no puedan dejar atrás. Eran las normas de la vida de Kat, del mundo de Kat.

Mientras observaba cómo su padre bebía café y le sonreía disimuladamente por encima del vaso, supo que, en sentido estricto, los ladrones no debían querer nada tanto como ella lo quería a él.

—Hola, papá.

Las campanas de una iglesia cercana empezaron a tocar y las palomas se dispersaron. Su padre la miró por el rabillo del ojo y dijo:

—Ya sé que el colegio Colgan es bueno, cariño, pero París está demasiado lejos para una excursión escolar.

—Sí, ya, pero son las vacaciones de otoño —explicó ella; no quería saber por qué mentir a su padre le resultaba mucho más sencillo que decirle la verdad al director—. Quería ver qué hacías.

Otro trago, otra sonrisa, aunque esta vez no la miró a los ojos.

—Querías comprobar si los rumores eran ciertos —respondió, y Kat se ruborizó a pesar del frío viento—. Bueno, ¿quién te lo ha dicho? ¿El tío Eddie? ¿Hale? —preguntó; después sacudió la cabeza y habló entre dientes—. Voy a matar a ese crío.

—No fue culpa suya.

—Y tampoco lo de Barcelona, ¿no?

—Sí, bueno... —dijo Kat, y repitió las palabras de Hale—: Todos estuvimos de acuerdo en que aquel mono parecía muy bien adiestrado.

Su padre se mofó.

—Papá...

—Cielo, ¿me creerías si te digo que yo no hice ningún trabajo en Italia la semana pasada? —Las campanas pararon y el guía siguió su discurso. El padre de Kat miró a su alrededor y bajó la voz—. ¿Si te dijera que tengo una coartada sólida?

—¿Tienes una coartada? ¿Lo juras?

—Sobre una biblia de Gutenberg —respondió él, con ojos brillantes.

—¿Puedes probarlo?

—Bueno —vaciló su padre—, es un poquito más complicado...

Dejó la frase sin terminar y el grupo se apartó, dejando al descubierto un puesto de prensa. En los titulares en blanco y negro se leía: «*Nouveaux Pistes Dans le Vol de Galerie: La Police Dit Que les Arrestations Sont en Vue*».

—Papá —dijo Kat muy despacio—, por casualidad no sabrás nada sobre esa galería que robaron la semana pasada, ¿verdad?

Él esbozó una sonrisa que era en parte de orgullo y en parte de guasa, aunque no la miró. No dijo ni una palabra.

—Entonces, ¿no hiciste un gran trabajo en Italia la semana pasada porque la noche en cuestión estabas haciendo un pequeño trabajo en París?

—Te dije que era una buena coartada —susurró él después de soplar para enfriar el café; dio otro traguito—. Por supuesto, el trabajo no estuvo a mi altura, no sé si sabrás que mi mejor ayudante me abandonó hace poco. —Sacudió la cabeza y respiró hondo con aire teatral—. Es difícil encontrar buenos ayudantes.

Una de las damas rusas chistó mandándolos callar y Kat empezó a sentir claustrofobia. Quería estar en algún lugar menos público, un lugar en el que pudiera gritar. Entonces, de repente, se preguntó...

—Papá, si el trabajo fue la semana pasada, ¿por qué sigues en París?

El hombre se detuvo a medio trago de café y Kat no pudo evitar pensar que había pillado al ladrón *in fraganti*. El padre, por otro lado, sólo parecía orgulloso de su pequeña.

—Cielo, digamos que la posesión es el noventa por ciento del delito, así que, ahora mismo, no soy tan culpable como me gustaría.

—Papá... —Se quedó mirando a su padre; no estaba segura de querer saber la respuesta a su siguiente pregunta—. ¿Dónde los has guardado?

—Lo —la corrigió—. Está en un lugar seguro.

—¿Un lugar solitario?

—No —respondió él, entre risas—. Por desgracia, en estos momentos tiene muchos amigos.

Siguió sonriendo, pero algo en su forma de mirar por la plaza hizo que Kat se preocupara.

—Entonces quizá debas dejarlo ahí —sugirió.

Él se meció sobre los pies, pero no la miró a los ojos.

—¿Y qué tendría eso de divertido? —repuso, sonriendo más, y Kat habría jurado que una de las mujeres rusas estuvo a punto de desmayarse ante aquella visión.

Un par de chicas adolescentes susurraban y soltaban risitas mientras lo miraban, pero, por lo que veía Kat, sólo había una mujer en la plaza que se atrevía a mirarlo abiertamente. Quizá fuera demasiado guapa o demasiado segura de sí misma para importarle quién se diera cuenta. Sin embargo, la firme mirada de aquella impresionante mujer de cabello oscuro puso a Kat muy nerviosa.

—Que las mujeres babeen por mi padre es asqueroso, ¿sabes?

—Cariño, a veces no se puede evitar.

Estaba tomándole el pelo, ¿verdad? Sin embargo, cuando empezaron a seguir al grupo de turistas hacia los escalones de una iglesia cercana, Kat tuvo la sensación de que alguien la miraba, pendiente de cada uno de sus pasos.

Sacó una cámara diminuta de su bolso y examinó la multitud. Un hombre sentado debajo de una sombrilla en una cafetería de la acera, sin comer nada. Amplió la imagen de dos hombres sentados en un banco de la esquina del parque, y reconoció la ropa de civil, los zapatos malos y el aspecto desaliñado de un equipo de vigilancia que lleva cinco días en un trabajo. Y, finalmente, estudió a la mujer que estaba al borde de la plaza mirando a su padre, quien, por otro lado, apenas había mirado a su hija a los ojos desde que ésta lo había encontrado.

—Bueno, ¿quiénes son tus amigos? —preguntó, suspirando—. ¿Polis locales?

—Interpol, en realidad.

—Genial —respondió Kat, alargando la palabra.

—Creía que te impresionaría.

—Es el sueño de todas las niñas: vigilancia de la Interpol. Eso y los gatitos.

Las campanas empezaron a sonar de nuevo. Un autobús se detuvo delante de ellos bloqueando la vista de la plaza y protegiéndolos de miradas curiosas, así que, en esa fracción de segundo, el padre de Kat se acercó a ella y la agarró por los hombros.

—Mira, Kat, no quiero que te preocupes por esto, por el tema de Italia. Nadie me va a hacer daño, a ese tío no le importo. Lo que le importan son sus cuadros, y yo no los tengo, así que... —afirmó, encogiéndose de hombros.

—Él cree que los tienes.

—Pero no los tengo —insistió él con esa sensatez con la que nacen los buenos padres y los grandes ladrones—. Me vigilan las veinticuatro horas del día y tengo una buena coartada. Confía en mí, Kat: Taccone no vendrá a por mí.

Casi se lo creyó, se preguntó si él se lo creía. Sin embargo, Kat había aprendido hacía tiempo que los ladrones viven y mueren según sus percepciones; toda su vida era una clase de prestidigitación. Si alguien pensaba que su padre tenía los cuadros, la verdad no lo salvaría.

—Tienes que hablar con él —le suplicó Kat—. O esconderte, o huir, o...

—Dame hasta el final de la semana, Kat. Levantará muchas piedras y de ellas saldrán tantas cosas que, al final, descubrirá la verdad.

—Papá —empezó a decir ella, pero era tarde, el autobús se movía y su padre ya se retiraba.

—Entonces, ¿dónde creen en tu colegio que estás? —preguntó, sin apenas mover los labios—. ¿Necesitas que te escriba una nota?

—Ya lo has hecho —mintió Kat—. Se envió por fax directamente al director Franklin desde tu despacho de Londres ayer por la mañana.

—Ésa es mi chica —susurró él, y la desagradable conversación de antes pareció haber sucedido hacía un millón de años—. Ahora, venga, vete ya al instituto.

Kat se quedó parada sin saber si debería reconocer que la habían echado, que el trabajo más importante de su vida le había estallado en la cara, o si debía seguir con el golpe.

—¿Tienes vacaciones de invierno en el colegio Colgan? —preguntó su padre, mirando al guía del grupo—. Estaba pensando en pasar la Navidad en Cannes.

—Navidad en Cannes —repitió ella en voz baja.

—¿O quizá en Madrid?

—Sorpréndeme —susurró ella, reprimiendo una sonrisa.

—Kat —dijo su padre, y ella se detuvo, incluso se arriesgó a mirarlo, con la antigua iglesia y la plaza de adoquines al fondo—. Supongo que no querrás ayudar a tu viejo, ¿no?

Kat sonrió y se abrió paso entre la gente agarrada a la cámara, como cualquier otro turista. Cuando vio a un par de policías de París, gritó en inglés:

—¡Disculpe!

Sonaba como una chica normal al borde del pánico. Apretaba con fuerza el bolso y parecía completamente indefensa al correr hacia ellos.

—¡Disculpe, agente!

—¿Sí? —respondió uno de los polis en un inglés con mucho acento francés—. ¿Le sucede algo?

—¡Esos hombres! —gritó Kat señalando a los dos agentes de la Interpol vestidos de civiles que habían salido de la cafetería y estaban charlando con sus colegas del banco—. Querían que les... —Kat dejó la frase en el aire y los polis pusieron cara de impaciencia, aunque también de interés.

—¿Sí?

—Me... —Kat hizo un gesto a uno de los polis para que se acercara y le susurró al oído. Los dos hombres salieron disparados.

—*Vous là!* —gritó el poli al equipo de vigilancia, hablando a toda prisa en francés—. *Vous là! Arrêtez!* —Los agentes de la Interpol estaban casi en la fuente cuando los polis los llamaron otra vez—. *Arrêtez-moi disent!*

Los interpelados intentaron huir, pero era demasiado tarde, la gente los miraba, los polis se acercaban. Las obscenidades en francés volaban por todas partes. Registraron sus bolsillos, examinaron sus carnés y, mientras tanto, las palomas siguieron buscando comida y las campanas siguieron sonando.

Y Kat supo que su padre ya se había ido.

Dio la espalda al caos, lista para parar un taxi y disfrutar de un largo y pacífico vuelo sobre el Atlántico, pero, de repente, alguien la agarró del brazo. Oyó que se abría la puerta de un coche detrás de ella y, por segunda vez en dos días, se encontró en el asiento de atrás de una limusina y la saludó otra voz inesperada:

—Hola, Katarina.

Capítulo 5

La única persona que siempre llamaba a Kat por su nombre completo era el tío Eddie, pero el hombre del asiento trasero del coche no se parecía en nada a su tío abuelo. La chica lo examinó: abrigo de cachemira y traje a juego, corbata de seda y pelo engominado hacia atrás. Entonces recordó la advertencia de Hale: «Es un mal tipo completamente distinto». Su primer impulso fue luchar, pero dos hombres se le sentaron al lado, uno a la izquierda y otro a la derecha, así que no era una opción.

—Supongo que no me dejará salir si se lo pido amablemente —probó a decir.

—Ya me habían dicho que tenías el sentido del humor de tu padre —repuso el hombre, sonriendo, aunque siguió mirándola con ojos fríos—. Y los ojos de tu madre.

A pesar de las circunstancias, aquello la pilló con la guardia baja.

—¿Conocía a mi madre?

—De oídas. Era una mujer con mucho talento, me han dicho que era como un gato. Así es como te gusta que te llamen, ¿no Katarina? Kat, como los gatos en inglés.

Tenía un leve acento que la chica no lograba ubicar, no era del todo italiano, sino como si fuera un ciudadano del mundo.

—Tiene buenas fuentes.

—Tengo lo mejor de todo —repuso el hombre, sonriendo—. Me llamo Arturo Taccone.

—¿Qué quiere?

—Se me ocurrió llevarte al aeropuerto —respondió, haciendo un gesto que abarcaba el interior del bello vehículo de época, pero Kat se encogió de hombros.

—Pensaba llamar a un taxi.

—Un despilfarro innecesario —afirmó el hombre, entre risas—. Además, así podemos charlar tranquilamente y, por el camino, incluso podríamos recoger mis cuadros, si lo prefieres.

—No los tengo —soltó Kat antes de darse cuenta de cómo sonaba—. Mi padre tampoco los tiene —añadió; se inclinó sobre él con la esperanza de que la proximidad lo hiciera todo más creíble—. Mire, no fue él, está acosando al hombre equivocado. Él estaba haciendo un trabajo en París aquella noche. Pare y compre un periódico; está en la primera plana...

—Katarina —la interrumpió Taccone; su susurro resultaba más aterrador que un grito—, esos cuadros son muy importantes para mí. He venido a París para explicárselo a tu padre, pero, en estos momentos, es demasiado popular para mi gusto. —Kat pensó en los agentes de la Interpol que lo vigilaban—. Así que es una suerte haberte encontrado. Quiero recuperar mis cuadros, Katarina, y estoy dispuesto a tomarme muchas molestias (o a causarlas, mejor dicho) para lograrlo. ¿Se lo dirás a tu padre de mi parte?

En aquellos momentos, sentada frente a Arturo Taccone y hecha un sándwich

entre dos hombres enormes que no se apartaban de ella, todavía no había oído las historias. No conocía sus negocios en Oriente Próximo; no le habían contado lo de las explosiones en su almacén cerca de Berlín ni lo de la misteriosa desaparición de un director de banco de Zúrich. Sólo sabía lo que tenía delante: un hombre bien vestido, un bastón antiguo con un puño de peltre grabado, dos guardaespaldas y ninguna forma de huir.

—No puede devolver algo que no robó —insistió Kat, suplicante, pero el elegante hombre sólo dejó escapar una carcajada fría y llamó al chófer.

—Con dos semanas bastará, ¿no crees? Aunque, por supuesto, no debería hacer falta tanto, seré generoso por respeto a tu madre y su familia.

La limusina se detuvo, los matones abrieron las puertas y, mientras Arturo Taccone salía a la luz de las calles de París, añadió:

—Ha sido un placer conocerte, Katarina. Hasta que nos volvamos a encontrar —se despidió, después de dejar una tarjeta de visita en el asiento, junto a ella.

Kat no empezó a notar la respiración entrecortada hasta que no se cerró la puerta y el coche empezó a avanzar por las bulliciosas calles hacia el aeropuerto. Se quedó mirando la tarjeta blanca en la que se leía el nombre de Arturo Taccone en sencillas letras negras. Alguien había escrito unas palabras a mano: «Dos semanas».

—No fue él.

Kat hablaba desde el umbral de una habitación a oscuras, dirigiéndose a la figura tumbada en la enorme cama. Lo vio sentarse de golpe y encender la luz, que le hizo daño en los ojos. Sin embargo, estaba demasiado cansada para parpadear.

—Kat —gruñó Hale, dejándose caer en las almohadas—. Qué curioso, no he oído el timbre.

—He entrado sola, espero que no te importe.

—Ni la alarma —añadió él, sonriendo.

La chica entró y dejó caer una bolsa llena de herramientas en la cama.

—Te toca una actualización.

Hale apoyó la espalda en el antiguo cabecero y la miró entrecerrando los ojos.

—Ha vuelto —comentó, cruzando los brazos sobre el pecho descubierto—. Podría estar desnudo, ¿sabes?

Sin embargo, Kat no se permitió pensar en lo que Hale llevaba o dejaba de llevar bajo las sábanas de algodón egipcio.

—No fue él, Hale —insistió, y se dejó caer en un sillón, junto a la chimenea—. Mi padre tiene coartada.

—¿Y tú lo crees?

—¿Normalmente? Quizá —contestó, pero después se encogió de hombros y reconoció, mirándose las manos—: Quizá no. Pero estoy bastante segura de que no ha podido montar un gran trabajo en Italia la misma noche que montaba otro más

pequeño en París.

Hale silbó, admirado, y Kat recordó que, a pesar de todos sus recursos y talentos, lo más peligroso de W. W. Hale V era que, cuando creciera, quería ser como el padre de Kat.

—¿Sigues en París? —preguntó el chico, y ella asintió; después bajó descalzo de la cama y la miró—. Entonces, ¿qué? ¿Tiene el botín guardado en alguna parte y un equipo de vigilancia lo persigue las veinticuatro horas del día, así que no puede recuperarlo y salir de la ciudad?

—Algo así.

—¿Qué va a hacer?

—Nada.

—Vosotros, los Bishop... Uno no quiere irse y la otra no deja de huir.

Sin darse cuenta de que lo hacía, Kat sacó una tarjeta del bolsillo y acarició el grueso papel.

—¿Qué es eso? —le preguntó Hale.

—La tarjeta de visita de Arturo Taccone —respondió ella, mirando al fuego moribundo; no pudo reprimir un escalofrío.

Hale apartó las sábanas de golpe y se acercó a ella. Parte de Kat fue muy consciente de que no iba desnudo, pero otras partes de ella (la parte de ladrona, la parte de hija y la parte que había visto la oscuridad de los ojos de Taccone) apenas prestaron atención a los pantalones de pijama de Superman.

—Por favor, dime que te la encontraste en una acera —le dijo Hale.

—Seguramente estaba siguiendo a mi padre, pero me vio y... me llevó al aeropuerto.

—¿Arturo Taccone te llevó al aeropuerto?

—Bonitos pantalones —repuso Kat, aunque, mientras lo decía, sabía que la situación no tenía nada de gracia, a pesar del pelo de punta y desordenado de su amigo.

—Kat, dime que no te quedaste a solas con ese hombre.

—Estoy bien.

—¿Que estás bien? Ya te lo había contado, Kat, el tío Eddie dice que ese tío es peligroso, y el tío Eddie...

—Debería saberlo, lo sé.

—Esto no es un juego, Kat.

—¿Acaso tengo pinta de estar jugando?

Hale le pegó una patada a las sábanas, que estaban en el suelo, y a Kat le dio la impresión de que parecía a la vez un hombre asustado y un niño enfadado porque no se ha salido con la suya.

—Bueno, al menos le dirías que se equivocaba de hombre —dijo, al cabo de un rato de silencio.

—Claro que sí, pero no estaba muy predispuesto a aceptar mi palabra.

—Kat, tienes que...

—¿Qué? —lo cortó ella—. Hale, ¿qué se supone que tengo que hacer? Mi padre no tiene los cuadros. Ese Taccone no se va a creer que no los tiene, así que ¿qué? ¿Debería decirle a mi padre que se esconda para que tenga algo de ventaja cuando los matones más grandes que se puedan comprar empiecen a perseguirlo dentro de dos semanas? No sé qué dirás tú, ¡pero ahora mismo la vigilancia intensiva de la Interpol me parece genial!

—Ese tío está muy empeñado en recuperar sus cuadros.

—Así que vamos a devolverle sus cuadros.

—Un plan estupendo, si no fuera porque no los tenemos.

—Los tendremos —afirmó ella mientras se dirigía a la puerta—. En cuanto los robemos.

13 Días para que acabe el plazo

**Nueva York
(EE. UU.)**

Capítulo 6

Algo curioso suele suceder cuando está a punto de comenzar el invierno. Si se le pregunta a cualquier ladrón medio bueno dirá que la mejor época para un golpe es cuando el tiempo debería cambiar..., pero al final no cambia. La gente se siente afortunada, los blancos del golpe se vuelven descuidados. Miran al cielo y saben que la nieve está allí, en alguna parte, así que creen que han engañado a la Madre Naturaleza. Si se han librado de eso, quizá puedan librarse de mucho, mucho más.

Si Kat dudara sobre la teoría, sólo le haría falta echar un vistazo por el Madison Square Park mientras Hale y ella paseaban por la Quinta Avenida. El sol calentaba, aunque el viento era frío, y los niños jugaban sin gorros ni bufandas. Las niñeras charlaban al lado de sus caros carritos, mientras que la gente de negocios volvía a casa por el camino más largo. Entonces fue cuando lo vio.

Kat no lo habría descrito como guapo, ya que la había criado Bobby Bishop y había pasado demasiado tiempo con Hale. *Guapo* no es sinónimo de atractivo; el hombre que caminaba por la plaza no era lo primero, pero, sin duda, sí era lo segundo.

Por ejemplo, llevaba el pelo repeinado con gomina. El traje era sólo tirando a caro, de los que pasaban pronto de moda, y del reloj lo único que cabía mencionar era que brillaba tanto como sus dientes. A pesar de todo, para los fines del mundo de Kat, era simplemente perfecto.

—Ay —masculló Kat cuando el hombre tropezó, con la vista fija en su móvil, y se dio contra un torpe anciano vestido con una larga gabardina y calcetines desparejados.

—Ay —repitió Hale.

—¿Está usted bien? —oyeron decir al hombre repeinado.

El anciano sonrió, aunque se agarró a las solapas del caro traje del otro para no caerse.

Al separarse, uno se detuvo al cabo de un solo paso. Pero el hombre perfecto (el objetivo perfecto) siguió caminando. Ya estaba fuera de su alcance cuando Kat saludó con la mano al arrugado vagabundo y le dijo:

—Hola, tío Eddie.

De haberse quedado Kat lo bastante en el Colgan, puede que algún profesor le hubiera dicho lo que su familia decía desde hacía generaciones: que está bien romper las reglas, pero sólo a veces y sólo si las conoces muy, muy bien. Así que, quizá por eso, el tío Eddie era el único de los grandes ladrones internacionales que se permitía el lujo de un domicilio permanente.

Al entrar en la vieja casa color pardo rojizo de Brooklyn, Kat notó que el sol desaparecía detrás de una pesada puerta de madera, dejando fuera un barrio que se

había pasado los últimos sesenta años transformándose de moderno a turbio y vuelta a empezar. Sin embargo, en el interior nunca cambiaba nada. El pasillo siempre estaba en penumbra; el aire siempre olía como su país de origen, o como le habían contado que olía su país de origen: a col, zanahorias e ingredientes cociéndose durante horas a fuego lento en ollas de hierro colado que los sobrevivirían a todos.

En una palabra, era su hogar, aunque Kat no se atreviera a decirlo.

El tío Eddie avanzó por el estrecho pasillo arrastrando los pies y sólo se detuvo un instante para sacarse del bolsillo la cartera del hombre engominado y soltarla en una pila de carteras idénticas que ni siquiera había abierto. Olvidadas.

—Sí que has estado ocupado —comentó Kat; cogió una de las carteras y revisó el contenido: un carné, cuatro tarjetas de crédito y novecientos dólares en efectivo que no habían tocado—. Tío Eddie, hay mucho dinero en...

—Quitaos los zapatos si vais a entrar —gruñó su tío abuelo mientras seguía avanzando por el pasillo.

Hale se quitó los mocasines italianos, pero Kat ya corría detrás de su tío hacia el interior de la casa.

—¿Ahora eres carterista? —le preguntó Kat cuando llegaron a la cocina.

Su tío estaba junto a los grandes fogones que dominaba la pared del fondo, callado.

—Dime que tienes cuidado —siguió diciendo Kat—. No es como en los viejos tiempos, tío Eddie. Ahora hay cajeros automáticos en todas las esquinas y cada cajero tiene una cámara, y...

Era como hablar con un sordo. El tío Eddie sacó dos cuencos de porcelana del estante de encima de los fogones y empezó a llenarlos de sopa. Pasó un cuenco a Hale y otro a Kat, y les señaló la larga mesa de madera rodeada de sillas desaparejadas. Hale se sentó y empezó a comer como si no hubiera ingerido una comida decente en varias semanas, pero ella se quedó de pie.

—Es otro mundo, tío Eddie. Es que no quiero que te metas en líos.

Justo entonces, la cuchara de Hale arañó el fondo del cuenco; no pudo ocultar su consternación al decir:

—Tío Eddie, ¿por qué tus platos tienen el sello de la familia real británica?

—Porque estaba con ella cuando los robé —respondió el anciano en tono brusco e impaciente.

Cuando Kat levantó el cuenco no pudo evitar darse cuenta de lo caliente que estaba... en todos los sentidos. Vio al tío Eddie como lo veía Hale: no como un anciano, sino como EL anciano.

—Nos dedicamos a un arte muy antiguo, Katarina —dijo su tío, haciendo una pausa para devolverle la cartera a Hale—. No se mantiene vivo a través de la sangre —siguió, haciendo otra pausa para dejar el pasaporte de Kat en la encimera, al lado de una barra de pan del día anterior—, sino a través de la práctica. —El anciano dio la espalda a su asombrada sobrina y al chico que había llevado a su casa—. Supongo

que no asististe el día que lo enseñaron en el colegio Colgan.

De repente, a Kat su abrigo le resultaba demasiado pesado; recordó que no podía soportar la presión y que precisamente por eso se había largado de aquella cocina. Se sentó a la mesa sabiendo que ahora volvía a estar dentro.

Podrían haber pasado muchas cosas. El tío Eddie podría haber comentado que el chico con el que iba Kat estaba mucho mejor vestido que el vagabundo con el que se había casado su madre. Hale podría haber reunido el valor suficiente para pedir por fin al tío Eddie que le contara la historia del falso Rembrandt que tenía colgado sobre la chimenea. Kat podría haber reconocido que el departamento de alimentación del Colgan no podía compararse con la forma de cocinar de su tío. Sin embargo, cuando la puerta de atrás se abrió de golpe, todos se centraron en los dos chicos que entraron corriendo intentando contener al perro más grande y desgreñado que Kat había visto en su vida.

—¡Tío Eddie, ya hemos vuelto! —exclamó el chico más bajito, agarrando con fuerza el collar del perro—. No les quedaban dálmatas, pero tenemos un... —Entonces levantó la mirada—. ¡Eh, Kat está aquí! ¡Con Hale! —Hamish Bagshaw era un poco más bajo y fornido que su hermano mayor, pero, por lo demás, los rubicundos ingleses podrían haber sido gemelos. El perro tiró de él y Hamish apenas se dio cuenta—. Oye, Kat, creíamos que estabas...

El chico dejó la frase incompleta y Kat se puso roja, aunque lo achacó al calor y la presión de la cocina. Se centró en respirar el aire fresco que entraba por la puerta abierta y se juró que no le importaba lo que pensara nadie. Sin embargo, la alivió oír que Hale preguntaba:

—Bueno, Angus, ¿cómo va tu culo?

Su alivio desapareció cuando Angus empezó a desabrocharse los pantalones.

—Como nuevo. Los médicos alemanes me remendaron bien, ¿queréis ver la cicatriz?

—¡No! —exclamó Kat, aunque lo que pensó fue: «¿Han estado en Alemania?».

Habían hecho un trabajo en Alemania.

Habían hecho un trabajo sin ella.

Miró a Hale, la forma en que chupaba la cuchara y se servía una segunda ración de sopa; la casa de tío Eddie era como su hogar. Miró a su tío, que ni siquiera había sonreído a su sobrina. Y, cuando se volvió hacia los Bagshaw, Kat no logró mirarlos a los ojos, así que se centró en el chucho sarnoso que había entre ellos y susurró:

—El perro en el bar.

—Eh, chicos, ¿queréis participar?

—Niños —les regañó el tío Eddie, como si intentara salvar a Kat de la vergüenza de reconocer que ya ni siquiera entendía los timos clásicos.

—Lo siento, tío Eddie —mascullaron al unísono los hermanos.

Después salieron en silencio de la cocina y se llevaron al chucho de vuelta a la noche sin decir palabra. El tío Eddie se sentó en su sitio, presidiendo la mesa.

—Para que este viejo te responda, Katarina, primero tienes que hacer la pregunta.

Kat no había estado allí desde agosto. El aire del exterior era como el aire de la cocina en aquellos momentos: pegajoso y denso. Entonces, Kat había pensado que nunca más volvería a sentirse cómoda en la mesa de su tío. Allí era donde su padre había planeado el robo del diamante de De Beers cuando ella tenía tres años. También era la misma habitación en la que su tío había organizado el secuestro del ochenta por ciento del caviar mundial cuando ella tenía siete años. Sin embargo, le pareció un delito mucho más grave estar allí sentada para anunciar a su tío que su mejor golpe había funcionado y abandonaba la cocina familiar para robar una educación en una de las mejores instituciones educativas del mundo.

Al final resultó que aquello no era nada comparado con volver y decir:

—Tío Eddie, necesitamos tu ayuda. —Bajó la cabeza, y examinó un siglo de arañazos y marcas en la madera que tenía bajo las manos antes de añadir—: Necesito tu ayuda.

El tío Eddie se acercó al horno y sacó un pan recién hecho. Kat cerró los ojos y pensó en cruasanes calientes y calles adoquinadas.

—No fue él, tío Eddie. Fui a París y hablé con mi padre. Tiene una coartada, pero...

—Arturo Taccone le hizo una visita a Kat —dijo Hale por ella.

Kat podía contar con los dedos de una mano las veces que había visto a su tío abuelo realmente sorprendido; esta vez no fue una de ellas. Lo supo en cuanto el anciano dio la espalda al horno y miró a Hale con una expresión que daba a entender que ya lo sabía.

—Tu trabajo era dar un mensaje.

—Sí, señor —respondió Hale—. Lo hice.

—El cincuenta y ocho fue un buen año para los coches, joven.

—Sí, señor.

—No me gusta que los hombres como Arturo Taccone visiten a mi sobrina nieta.

—Se fue en plena noche. Suele hacer esas cosas —respondió Hale, y apartó rápidamente la vista—, señor.

Era como si ir a clase se hubiera convertido en la excusa perfecta para que todos la trataran como a una niña.

—¡La interesada está aquí delante! —chilló sin ser consciente de que lo hacía hasta que su tío la miró con la expresión de un hombre al que hace mucho tiempo que no le gritan—. Estoy aquí —repitió en voz más baja.

No dijo: «Os estoy oyendo».

No le dijo: «He venido a casa».

No prometió: «No me voy a ninguna parte».

Había al menos una docena de cosas que podría haber dicho para reclamar su lugar en la mesa, pero sólo había una que importara de verdad:

—Taccone quiere recuperar sus cuadros.

—Claro que sí —respondió el tío Eddie, estudiándola.

—Pero mi padre no los tiene.

—Tu padre no es de los que piden ayuda, Katarina, y menos a mí.

—Tío Eddie, soy yo la que te necesita.

Observó cómo su tío sacaba un cuchillo de sierra de su soporte junto a la cocina y cortaba tres rebanadas de pan caliente.

—¿Qué puedo hacer yo? —preguntó en su tono de «si no soy más que un viejo».

—Necesito saber quién hizo el trabajo de Taccone.

El anciano volvió a la mesa, y le dio un trozo de pan y un plato con mantequilla.

—¿Y para qué lo quieres saber? —preguntó, aunque no era una pregunta, sino una prueba de conocimientos, de lealtad, de lo lejos que estaba Kat dispuesta a llegar para volver al lugar que había ocupado el verano anterior.

—Porque el que hizo el trabajo de Taccone tiene los cuadros de Taccone.

—Y...

—Y vamos a robarlos —respondió Kat después de intercambiar una mirada con Hale.

Al decirlo, la chica se sintió más fuerte, como si confesara. Era bueno para el alma.

—Cómete tu pan, Katarina —le dijo el tío Eddie, y ella obedeció; era su primera comida desde París.

—Estás intentando hacer algo serio —siguió diciendo el anciano—. ¿Puede saberse con quién pretendes llevarlo a cabo?

Hale la miró y abrió la boca para responder, pero Kat lo cortó.

—Lo podemos hacer Hale y yo.

—Entonces es un asunto muy serio. Me temo que será difícil conseguirlo desde el colegio Colgan...

Si las historias eran ciertas, el tío Eddie había llegado a ganar un millón de dólares jugando a las cartas durante un fin de semana en Montecarlo, sin hacer trampas. Por primera vez en su vida, Kat creyó en el poder de la cara de póquer de su tío.

Bajó la mirada y le dijo lo que él ya sabía:

—Resulta que el colegio Colgan y yo hemos decidido separarnos.

—Ya veo —respondió su tío, aunque sin regodearse. No le hacía falta.

—Necesitamos un nombre, tío Eddie —insistió Hale.

—A la gente le gusta mucho tu padre, Katarina —dijo el aludido—. Aunque no entiendo por qué —masculló—. Sin embargo, tiene amigos. Vamos a hacer algunas llamadas, podríamos tardar un día o... —empezó a explicar, poniendo una mano encima de la de Kat.

—No tenemos un par de días —lo cortó ella, cada vez más enfadada—. Sabemos que puedes encontrar al que hizo el trabajo de Taccone, tío Eddie —afirmó, y se

irguió sobre su tío por primera (y seguramente última) vez—. Si no puedes o no quieres decírnoslo, encontraremos a otro. Pero hay que hacerlo —siguió, y respiró hondo—. Tengo que hacerlo.

—Termínate la sopa, Katarina —respondió el anciano.

Kat no se sentó ni comió. Observó cómo su tío se levantaba y se acercaba a la despensa, pero no para ir a por un rico postre, sino para sacar un grueso y largo rollo de papel.

Hale la miró con los ojos muy abiertos mientras el tío Eddie apartaba la comida y colocaba el rollo en un extremo de la mesa.

—El hombre que hizo el trabajo de Taccone... —empezó a decir muy despacio; quizá era por cansancio o por costumbre, pero su acento era más marcado de lo normal al inclinarse sobre el rollo—. No sabemos quién es ni dónde está.

A Kat empezó a latirle el corazón más deprisa, aunque su ánimo decayó. Entonces, el tío Eddie giró la muñeca y, en un instante, el rollo se desplegó sobre la larga mesa y Kat contempló los planos más complicados que había visto en su vida.

—Pero sí sabemos dónde ha estado —concluyó su tío con una sonrisa.

La calle estaba a oscuras cuando salieron de la casa. Quizá fuera porque había pasado demasiado tiempo en el calor de la cocina, pero, sin el sol, a Kat el aire le recordaba de verdad al invierno, como si en el tiempo transcurrido en el interior la estación se hubiera decidido por fin a cambiar.

Hale caminaba a su lado, abrochándose el grueso abrigo de lana. Kat se estremeció y, cuando él le colocó el brazo sobre los hombros, ella no se lo apartó. Se fundieron en el paisaje: dos chicos que iban de paseo a la biblioteca, o puede que al cine o a tomarse una pizza. Nada más que un chico y una chica. Una pareja.

Unas gordas gotas de lluvia aterrizaron sobre el oscuro abrigo de Hale y brillaron como cuentas de plata.

—¿Alguna vez habías visto tanta seguridad en un plano? —preguntó.

—No —respondió ella, sacudiendo la cabeza.

—Así que el que lo hizo era alguien muy listo.

Kat pensó en la fría indiferencia con la que Arturo Taccone había amenazado a su padre, y añadió:

—Y muy estúpido.

La luz amarilla de una farola dejaba en sombra la silueta de Hale, pero el brillo de sus ojos era inconfundible al responder:

—¿Te recuerda a alguien que conozcamos?

12 Días para que acabe el plazo

Las Vegas
(EE. UU.)

Capítulo 7

La gente visita Las Vegas por muchas razones. Algunos van porque quieren hacerse ricos. Otros van porque quieren casarse. Algunos quieren perderse y otros quieren que los encuentren. Algunos corren hacia alguien y otros huyen de alguien. A Kat siempre le había parecido que Las Vegas era una ciudad en la que casi todos esperaban sacar algo por nada: una ciudad entera de ladrones.

Sin embargo, cuando Kat y Hale subieron en el ascensor para ir desde la planta del casino a las salas de conferencias de arriba, se dio cuenta de que esas razones seguramente no tenían nada que ver con la Asociación Internacional de Matemáticas Avanzadas e Investigación.

—No sabía que hubiera tantos tíos matemáticos —dijo Hale cuando se metieron en la atestada reunión, y Kat se aclaró la garganta—. Y matemáticas, claro. Mujeres matemáticas.

Kat veía por todas partes hombres con trajes malos y chapitas con su nombre alternando y riéndose sin prestar atención ni a las máquinas tragaperras ni a las camareras con bandejas de cócteles que poblaban la planta inferior. Suponía que el ponente principal debía de ser tan genial y fascinante como se rumoreaba, si es que te interesaban las derivadas, los teoremas y los polinomios, claro. Kat y Hale siguieron al grupo hasta el interior de la sala de baile en la que el hombre daba su conferencia. Encontraron asientos en la última fila.

—Así que éstas son las personas más listas del mundo, ¿eh? —susurró Hale.

—Al menos una de ellas —respondió Kat, examinando a la audiencia.

—¿Dónde está? —preguntó el chico, que tenía la mirada fija en el programa de conferencias que llevaba en las manos.

—Junto al proyector, quinta fila, asientos del centro.

El catedrático seguía divagando delante de ellos en un idioma que sólo unas cuantas personas en el mundo eran capaces de entender del todo.

—¿Sabes qué? —susurró Hale al oído de Kat, y ésta fue consciente de lo cálido que resultaba su aliento en aquella sala tan fría—. Me parece que no hace falta que estemos los dos aquí...

La diapositiva cambió y, mientras cientos de matemáticos esperaban conteniendo el aliento, el chico sentado al lado de Kat susurró de nuevo:

—Podría hacer algunas llamadas, comprobar algunas cosas...

—¿Jugar un rato al *blackjack*?

—Bueno, en Roma...

—Roma es mañana, guapo —le recordó Kat.

—Vale.

—Chisss.

—¿Tú estás entendiendo algo? —insistió Hale, señalando las líneas y símbolos que cubrían las enormes pantallas.

—Algunas personas entienden el valor de la educación.

El chico se estiró y cruzó las piernas para después poner un brazo sobre los hombros de Kat.

—Muy bonito, Kat, quizá te compre una universidad. Y un helado.

—Me conformo con el helado.

—Trato hecho.

Se quedaron en la sala, que tenía el aire acondicionado demasiado fuerte, escuchando la primera conferencia entera y parte de la segunda. Cuando vieron a un miembro del personal audiovisual del hotel salir por la puerta de atrás, las manos de Kat ya estaban heladas y le gruñía el estómago, así que agarró a Hale sin pensárselo dos veces y salieron por la puerta abierta.

Mientras el genio matemático seguía a lo suyo en el interior de la sala de baile B, tres adolescentes se reunían en secreto en el vestíbulo vacío del casino.

Nadie oyó a Hale decir:

—Hola, Simon.

—Bueno, Simon, ¿qué te ha parecido la conferencia? —dijo Hale, haciendo una pausa para leer el nombre en la camiseta que llevaba el chico—. ¿O es Henry?

Pero el chico se limitó a sonreír como si lo hubieran pillado (cosa que habían hecho) dos de las pocas personas de la faz de la tierra cuya opinión le importaba.

—¿Cómo me habéis encontrado? —preguntó, pero Hale arqueó las cejas, así que añadió—: Da igual.

El ascensor los alejó de los doctorados y las salas enmoquetadas; el silencio dio paso al ruido de las máquinas y los gritos de los turistas. Kat casi tuvo que gritar para preguntar:

—¿Cómo está tu padre?

—Jubilado —respondió Simon—. De nuevo. Esta vez en Florida, creo.

—¿Jubilado? —repitió Hale sin intentar ocultar su asombro—. Pero si tiene cuarenta y tres años...

—La gente hace muchas locuras cuando llega a los números primos —explicó el otro chico, encogiéndose de hombros y acercándose un poco más—. En realidad está de consultor con Seabold Security.

—Judas —lo pinchó Hale.

Sin embargo, Kat apenas los escuchaba, estaba demasiado ocupada examinando el casino. Los turistas con riñoneras se sentaban en las tragaperras. Las camareras flotaban entre la multitud. Allí era fácil sentirse solo, perdido en el caos, pero Kat era una ladrona y sabía que no era cierto.

Le dio una palmadita a la funda cilíndrica que tenía en la mano y miró a los chicos.

—Vamos a encontrar un punto ciego.

Mientras caminaban por el laberinto del casino, Kat no pudo evitar darse cuenta que Simon andaba con más energía cuando charlaba sobre la conferencia, los avances en la tecnología, y los genios y leyendas que habían presentado sus ponencias aquella mañana, a la hora del desayuno.

—Sabes que eres más listo que ellos, ¿no? —repuso Hale sin más—. De hecho, si quisieras probarlo... —añadió, mirando a las mesas de *blackjack*.

—No cuento cartas, Hale.

—¿No las cuentas o no quieres contarlas? —preguntó el otro, sonriendo—. Ya sabes que, técnicamente, no es ilegal.

—Pero está mal visto —respondió Simon, mientras la frente se le perlaba de sudor, como si alguien le acabara de sugerir que nadara después de comer o corriera con unas tijeras en la mano—. Está pero que muy mal visto.

Encontraron una mesa en el exterior, cerca del borde de la abarrotada piscina, lejos de cámaras y guardas jurados.

Simon arrastró su silla para ponerla debajo de la sombrilla.

—Me quemo —explicó mientras Kat se sentaba frente a él; el chico respiró hondo, como si reuniera el valor suficiente para preguntar—: ¿Es por un trabajo?

Hale se estiró en una tumbona; ocultaba los ojos tras unas gafas de sol oscuras.

—Más bien por un favor —respondió.

Simon pareció desinflarse, así que Kat añadió:

—Por ahora.

—El aire del desierto era seco, aunque Kat notaba el olor a cloro (y a dinero) mientras desenrollaba los planos en la mesa de cristal.

Simon se inclinó sobre ellos.

—¿Son Macaraff 760?

—Sí —respondió Hale.

El otro chico silbó igual que Hale silbaba a veces, aunque Simon sonaba más a pájaro herido.

—Eso es mucha seguridad. ¿Un banco? —aventuró, pero Kat sacudió la cabeza—. ¿Gobierno?

—Arte —dijo Kat.

—Colección privada —añadió Hale.

—¿Tuya? —preguntó Simon, mirándolo.

—Ojalá —respondió el aludido entre risas.

—¿Nuestro objetivo es que sea tuya? —preguntó Simon, abriendo mucho los ojos.

Hale y Kat se miraron. La sonrisa de Hale daba a entender que la idea se le había pasado por la cabeza; después se acercó más a su amigo y dijo:

—No es una operación típica.

Simon no se inmutó; tenía la cabeza demasiado llena de teorías, algoritmos y alternativas exponenciales para que la palabra *típica* significara algo para él.

Examinó en silencio los planos durante diez minutos antes de mirar a Kat:

—En mi opinión profesional, diría que mejor pasar, a no ser que esto sea Fort Knox. Espera un momento... —dijo, con ojos brillantes—. ¿Es Fort Knox?

—No —respondieron Hale y Kat al unísono.

—Pues entonces pasaría de él —respondió el chico, apartando los planos.

—Ya lo han robado —le confió Kat.

—¿Tu padre?

—¿Por qué todo el mundo dice lo mismo? —exclamó Kat.

Hale se quitó las gafas y miró a Simon a los ojos. Apenas se le oía por encima de las risas y los chapoteos de la piscina:

—Estaríamos muy interesados en saber quién lo robó.

—¿Quién robó aquí? —preguntó Simon, dejando caer un dedo en el centro de los planos—. Os puedo decir desde ya que la lista no es muy larga.

—Cuanto más pequeña, mejor, amigo mío —respondió Hale, dándole una palmada en la espalda—. Cuanto más pequeña, mejor.

—¿Me los puedo quedar?

—Claro —le dijo Kat—. Tenemos una copia. Y, Simon..., gracias.

Cuando se levantaba para marcharse, Simon le preguntó:

—Por eso has vuelto, ¿no?

Kat entrecerró los ojos para protegerlos del sol; se sentía a un millón de kilómetros del cielo gris que cubría el colegio Colgan.

—Sí —respondió, mirando a Hale—. Es como...

—No necesito saberlo —la interrumpió Simon—. Sólo me preguntaba si tendría algo que ver con los dos tipos que nos han estado siguiendo desde que salimos de la conferencia.

De todas las personas que Kat esperaba ver en Las Vegas, los matones de Arturo Taccone no estaban en su lista. No habían intentado mezclarse con los turistas y los grandes jugadores (no se habían sentado en las mesas ni colocado junto a las tragaperras), y eso más que nada era lo que más la molestaba. En conjunto, el matón 1 y el matón 2 sumaban unos doscientos cincuenta kilos de músculo europeo.

Y, aun así, Kat no los había visto.

Mientras se alejaba a toda prisa de la piscina con sus amigos, pensó, preocupada, en qué otras cosas se le habrían escapado.

Cuando miró atrás, vio que el matón 2 levantaba el brazo señalándose el reloj.

—¿Kat? —preguntó Simon.

—Sigue andando.

—¿Qué hora es? —se preguntó Kat en voz alta; Hale y ella caminaban por la pista en

dirección al avión privado de la familia de Hale—. Déjame pensar... Doce horas en el aire... Eso nos deja allí a...

—A mediodía, más o menos.

—Vale, lo primero que haremos por la mañana es recorrer las calles que rodean la casa de Taccone. Alguien habrá visto algo.

—Lo tengo cubierto.

—Los DiMarco estarán en la ciudad.

—En realidad están en la cárcel.

—¿Los siete?

—Hemos tenido un octubre muy interesante —repuso Hale, encogiéndose de hombros.

Kat sacudió la cabeza e intentó decirse que no todo había cambiado.

—Vale, entonces deberíamos llamar...

—Te he dicho que lo tengo cubierto —insistió Hale en tono más firme.

Kat se paró para mirarlo.

—Define *cubierto*.

—Oye, soy algo más que un compañero de viaje encantador —contestó el chico, sonriendo—. No me faltan amigos.

—¿Quién? —preguntó Kat.

—Uno de esos amigos —respondió él, sin pararse, pero Kat lo agarró del brazo para detenerlo.

—¿Uno de tus amigos? ¿Uno de mis amigos? ¿O uno de nuestros amigos?

El chico se zafó de ella y se alejó con las manos en los bolsillos, esbozando una sonrisa algo siniestra.

—¿Vamos a tener un problema, Katarina? —preguntó; era espeluznante lo mucho que se parecía al tío Eddie.

—¿Qué? —repuso ella, fingiendo inocencia—. Sólo me preguntaba quién sería. ¿Alguien que trabajó con los Bagshaw y contigo en Alemania?

—Luxemburgo, en realidad —respondió él, haciendo una pausa para volverse—. Técnicamente, los Bagshaw y yo hicimos un trabajo en Luxemburgo. —Kat empezó a decir algo, quería decir algo, pero las palabras no le salían—. Tú no estabas, Kat —añadió Hale, que ya no bromeaba.

—Lo sé.

—Estabas en el Colgan.

—Sólo estuve tres meses.

—Eso es mucho tiempo, Kat. En nuestro mundo, eso es mucho tiempo —insistió, y respiró hondo—. Además, tu corazón nos abandonó mucho antes que el resto de tu cuerpo.

—Bueno, pues ya he vuelto —dijo ella, caminando hacia el avión—. Y hay una lista muy corta de personas que puedan hacer esto, y es más corta todavía si añadimos que sean de fiar, así que...

—Tu padre y el tío Eddie no fueron los únicos a los que abandonaste cuando te fuiste, ¿sabes?

Kat oyó cómo las palabras volaban hacia ella a través de la pista. Se volvió, recordó el aire rancio del dormitorio de la madre de Hale y supo que estaba mirando a la única persona de su vida que estaba más acostumbrada a que la abandonasen que a abandonar.

El chico apartó la cara un segundo y volvió a mirarla.

—O somos un equipo o no. O confías en mí o no. ¿Qué va a ser, Kat? —preguntó, acercándose a ella.

A una persona que se ha pasado la vida aprendiendo a mentir acaba por dársele mal decir la verdad; es un gaje del oficio. En aquel momento, Kat no tenía ni idea de qué contestar. «No puedo hacer esto sin ti» estaba muy trillado. Lo que estaban haciendo era demasiado gordo para un simple «por favor».

—Hale...

—¿Sabes qué? Da igual, en cualquier caso puedes contar conmigo, Kat —afirmó muy seguro mientras se ponía las gafas de sol—. Puedes contar conmigo para todo.

La chica lo observó subir las escaleras del avión y lo vio volverse para añadir:

—Además, quedo genial como hombre florero.

Kat quiso darle la razón, quiso dar las gracias, pero sólo consiguió preocuparse por quién (o qué) los estaría esperando en Italia.

11 Días para que acabe el plazo

**Valle de Sabinia
(ITALIA)**

Capítulo 8

«Ni de coña —pensó Kat antes de decirlo en voz alta—. No, Hale. No. Simplemente... no».

Se intentó espabilar y pensar con claridad en la situación. Al fin y al cabo, estaba en Italia con un chico listo y guapo en un jet privado. Tenía el mundo literalmente a sus pies, pero, aun así. Katarina Bishop se quedó pasmada cuando, a través de la puerta del avión, vio la pista privada, uno de los valles más bellos del mundo... y a una joven con una larga melena al viento y una pose de modelo.

Lo único que le salió fue:

—Ni de coña.

Se puede afirmar que todos los ladrones (o cualquiera que haya pasado la mayor parte de su vida en la oscuridad) tienen un sexto sentido que les permite oír más y procesar más deprisa. Sin embargo, Kat se preguntó por qué la visión de aquella chica en concreto le ponía de punta los pelos del cogote.

—Hola, Kitty Kat.

Ah, sí, por eso.

—¿Puedo hablar contigo? —dijo Kat agarrando a Hale del brazo, pero, aunque los pies de la chica eran como los de un gato, los de Hale eran mucho más robustos. La pasó de largo y bajó las escaleras justo cuando la otra chica lo miraba y le decía:

—Hola, guapo.

Cuando la abrazó, las largas piernas de la joven se despegaron del suelo, y Kat quiso comentar que hacía demasiado frío para una falda tan corta. Se moría por decir que los tacones altos eran una idea pésima para una ciudad llena de adoquines. A pesar de todo, Kat se quedó paralizada en lo alto de las escalerillas hasta que la otra chica dijo:

—Oh, venga, Kitty, ¿no vas a abrazar a tu prima?

Las familias son cosas extrañas, criaturas vivas en más de un sentido. Y los negocios familiares... Bueno, ahí lo raro no tiene límites.

Mientras caminaban por las estrechas calles del pueblo de Arturo Taccone, Kat tuvo que preguntarse por enésima vez si todos los negocios familiares serían así. ¿Habría una zapatería en Seattle que hubiera pasado de generación en generación hasta producir a dos chicas adolescentes que no se soportaban? ¿Habría en aquel mismo instante un restaurante en Río en el que dos primas se cruzaran de brazos y se negaran a trabajar en el mismo turno?

Quizá aquellos sentimientos se reservaran para los negocios familiares en los que pueden pegarte un tiro o meterte en prisión. Pero Kat nunca lo sabría porque, al fin y al cabo, sólo tenía una familia y nada con lo que compararla.

—Hale —gimoteó Gabrielle mientras le echaba un brazo encima—. Kat no está

siendo buena conmigo.

—Kat —dijo Hale, como si disfrutara haciéndose el adulto—, abraza a tu prima.

Sin embargo, Kat nunca fingía el cariño y, a diferencia de Gabrielle, se negaba en redondo a gimotear. Quizá hubiera perdido aquellas habilidades cuando perdió a su madre; o quizá, como los malos reflejos o una relación inquebrantable con la verdad, dichas habilidades hubieran ido desapareciendo poco a poco de su familia. Sea cual fuere el caso, consiguió decir:

—Me alegro de verte, Gabrielle. Creía que estabas en Montecarlo, codeándote con los europeos ricos, de fiesta en fiesta.

—Y yo creía que estabas en la sala de estudio. Supongo que las dos nos equivocamos.

Kat examinó a su prima y se preguntó cómo era posible que Gabrielle fuera un año mayor. Bueno, ni siquiera un año, nueve meses. Sin embargo, parecía nueve años mayor que Kat: era más alta, más curvilínea y, en general, más de todo. La chica se pegó a Hale y lo agarró del brazo, lo que obligó a Kat a caminar a su lado, como si sobrara, por unas calles en las que apenas cabían dos personas.

—Bueno, ¿dónde está Alfred? —preguntó Gabrielle.

—¿Te refieres a Marcus? —la corrigió Hale.

—Como se llame —repuso la chica, moviendo una mano.

Kat pensó que era una pena que la cabeza de su prima no estuviera tan bien rellena como su sujetador. Entonces, Gabrielle dijo:

—Feliz cumpleaños.

En su mano apareció un paquete de fotos que se trasladó como por arte de magia al bolsillo de la chaqueta de Hale.

La entrega fue perfecta, sencilla, el movimiento de un experto con mucha práctica, de un miembro de la familia.

—¿Cómo está tu madre? —preguntó Kat.

—Prometida —respondió Gabrielle, suspirando con indignación—. Otra vez.

—Oh —dijo Hale—. Enhorabuena.

—Por decir algo. Es un conde, creo. O puede que un duque —comentó volviéndose hacia el chico—. ¿Cuál de los dos es mejor?

Antes de que pudiera responder llegaron a un muro bajo de piedra. Al otro lado se extendían los viñedos del valle de Sabinia. Un río atravesaba aquella fértil tierra y las ovejas pastaban en una colina lejana. Italia era uno de los lugares más bellos de la tierra, pero ni siquiera el paisaje logró que Kat apartara la vista de las fotos que tenía Hale. Eran imágenes de un complejo enorme cerca de un precioso lago. Hale se apoyó en el muro y ojeó las fotos, en las que se mostraba el lugar cada vez más de cerca. Al final, Kat observó los muros y líneas que, hasta el momento, sólo había visto en los planos.

—¿Es lo más que pudiste acercarte? —preguntó Hale a Gabrielle.

—¿A la fortaleza, quieres decir? —repuso ella, masticando su chicle—. Buena

elección, chicos, en serio.

—No ha sido una elección —le recordó Kat.

—Lo que tú digas. Tiene un muro de piedra de cuatro metros y medio.

—Lo sabemos —dijo Kat.

—Cuatro torres en el perímetro, con vigilantes.

—Lo sabemos —repitió Kat, poniendo los ojos en blanco.

—Y un foso. ¿Sabías eso, señorita sabelotodo? ¿Sabías que hay un foso de verdad? ¿De ésos con cosas bajo el agua? —Gabrielle se estremeció (y algunas partes de ella se estremecieron más que otras), pero dejó clara su opinión.

Hale se metió las fotos en el bolsillo, se volvió y apoyó los codos en lo alto del muro.

—Bien —dijo Kat—. ¿Y el informe de la policía? —preguntó, pero Gabrielle se rió—. ¿No buscaste en la policía... nada de nada? ¿No les preguntaste... nada? —preguntó Kat, mientras la otra seguía riéndose, y la risa rebotaba en los adoquines; hasta Hale sonreía.

Kat se quedó donde estaba, asombrada de que alguien que compartiera la sangre del tío Eddie no supiera que existen pocos trabajos en toda la historia que los radares de la policía hayan pasado del todo por alto.

Al fin y al cabo, la gente de la ciudad solía notar si la alarma de un coche sonaba durante veinte minutos a las 8:02 de la noche. O que quince semáforos se apagaron entre las nueve y las diez. O que un coche patrulla había encontrado una furgoneta abandonada al lado de la carretera... llena de cinta adhesiva y colibrís.

Son las huellas de personas que miran por donde pisan, pero no dejan de ser huellas.

—Los hombres como Arturo Taccone no llaman a la policía, Kat —dijo Gabrielle muy despacio, como si Kat se hubiera vuelto increíblemente estúpida en su retiro—. Los que no hemos abandonado a nuestras familias sabemos esas cosas.

—Vaya, me voy unos cuantos...

—Te fuiste —la cortó Gabrielle en un tono más frío que el viento—. Y seguirías detrás de tus muros cubiertos de hiedra si no hubiéramos... Seguirías allí.

La autenticidad es algo extraño. Alguien esculpe una imagen en piedra, una máquina imprime la cara de un presidente muerto en un billete, un artista pone pintura en un lienzo... ¿De verdad importa quién sea el pintor? ¿Es un Picasso falso menos bello que uno de verdad? Quizá fueran cosas de Kat, pero no lo creía. Sin embargo, cuando miró a Hale y a su prima, se olió una falsificación.

—Gabrielle —empezó a decir, muy despacio—, ¿cómo sabes que en el Colgan había hiedra?

Kat vio que su prima se mofaba y decía alguna tontería sobre que lo había supuesto, pero una imagen se le vino a la cabeza: un vídeo de vigilancia con la imagen granulosa. Alguien con una sudadera con capucha corriendo por la plaza. Se volvió hacia Hale y se dio cuenta de que era demasiado alto y ancho. La persona de la

pantalla era lo bastante similar en altura a Kat para engañar a la junta de honor del colegio Colgan, aunque lo que más molestaba a Kat era no haberse dado cuenta antes.

—¿Gabrielle, Hale? —dijo, dándole una torta en el hombro—. No bastaba con echarme de allí, no, encima tenías que usarla a ella para ayudarte. ¡A Gabrielle!

—Te estoy oyendo —canturreó su prima.

Hale miró a Gabrielle y señaló a Kat, diciendo:

—Es un encanto cuando se pone celosa. —Kat le dio una patada en las espinillas—. ¡Oye! Tenía que hacerlo, ¿recuerdas? A diferencia de lo que suele suponerse, no conozco a tantas chicas —afirmó, y las dos se le quedaron mirando—. Vale, no conozco a tantas chicas con vuestras habilidades.

—Oh, tú sí que sabes hacer que una chica se sienta especial —respondió Gabrielle, batiendo las pestañas.

Pero Kat... Kat se sentía como una imbécil.

—Te veré en el hotel —dijo, mirando a Hale; después se volvió hacia su prima—. Y a ti te veré en Navidad, en una de las bodas de tu madre o... donde sea. Gracias por venir, Gabrielle. Seguro que hay una playa esperándote en alguna parte, así que te dejaré volver a lo tuyo y yo volveré a lo mío.

Casi había llegado a la esquina cuando su prima le gritó:

—¿Crees que eres la única persona del mundo que quiere a tu padre?

Kat se paró y estudió a Gabrielle. Por primera vez en su vida, habría jurado que su prima no intentaba engañarla. Con siete años, Gabrielle ya estaba entrenada para llamar papá a cinco hombres distintos: hubo un magnate del petróleo de Texas, un multimillonario de Brasil, un hombre con una desafortunada mandíbula superior que hacía algo para el Gobierno de Paraguay y supervisaba la importación y exportación de un par de Monet falsos muy caros... En realidad, ninguno de ellos era su padre.

—Me necesitas —dijo Gabrielle; no vacilaba ni flirteaba, ni se hacía la tonta. Era la sobrina nieta del tío Eddie en todos los sentidos: una profesional, una timadora, una ladrona—. Te guste o no, Kitty Kat, la reunión familiar empieza ahora mismo.

Kat guardó silencio mientras su prima aparcaba un diminuto coche europeo en el arcén de una sinuosa carretera rural. No había ni faros ni ruido. Cuando Kat abrió la puerta y salió notó una húmeda brisa fresca y miró al oscuro cielo sin estrellas. Como ladrona, no podía pedir más.

—Vuelve a contarme por qué tengo que ir en el asiento de atrás —dijo Hale mientras se estiraba y la miraba.

—El multimillonario siempre viaja detrás, tiarrón.

Le dio una palmadita en el pecho, pero, antes de poder apartarse, él le agarró la muñeca y le volvió a poner la mano (enguantada) sobre el corazón (que latía a mil por hora).

—¿Estás segura de que esto es buena idea? —preguntó.

Kat podía haberle contado mil mentiras, pero ninguna era más poderosa que la verdad:

—Es la única que tenemos.

Mientras Gabrielle abría el capó y desbarataba el motor para no despertar sospechas si algún vigilante o metomentodo pasaba por allí a preguntar, Kat no dejó de mirar a Hale a los ojos. En aquel instante le recordaba mucho al chico con el pijama de Superman: asustado, aunque decidido y quizá algo heroico.

—Kat...

—¿Venís? —susurró Gabrielle, cortando así lo que Hale fuera a decir. Kat no tuvo más remedio que volverse y empezar a subir por el empinado terraplén, envuelta en la oscuridad, haciendo crujir las ramas bajo sus pies como si fueran fuegos artificiales.

—Ups —dijo Kat diez minutos después, tropezando por enésima vez.

No sabía qué era peor, que Hale la ayudara a recuperar el equilibrio o que Gabrielle fuera testigo de su torpeza.

Esperaba que su prima dijera que estaba en mala forma, que Hale bromeara sobre las pocas prácticas que incluía el programa de educación física del colegio Colgan, pero nadie abrió la boca en su camino a la cumbre de la alta colina. Siguieron subiendo con paso firme hasta que Gabrielle se paró de golpe y Kat estuvo a punto de chocar con ella.

—Ahí está —anunció Gabrielle.

Incluso de noche, a pesar de la distancia, estaba claro que el hogar de Arturo Taccone era en realidad un palacio de piedra y madera, rodeado de viñedos y olivos, un paraíso de postal. Sin embargo, lo que Kat vio fueron los vigilantes y las torres, los muros y las cancelas. No era un paraíso: más bien era una prisión.

Los tres se tumbaron boca abajo sobre la húmeda hierba de lo alto de la colina y examinaron la villa de abajo. Kat odiaba admitirlo, pero Gabrielle estaba en lo cierto: había que verlo para creerlo. El día anterior, cuando le enseñaron los planos a Simon, ella pensaba que la casa de Taccone era uno de los objetivos más difíciles que había visto. Cuando las nubes oscuras se abrieron un instante y la luna brilló como un foco sobre el foso, Kat se dio cuenta de que sólo un idiota se acercaría a aquellos muros.

—¿La marmota? —preguntó Hale.

—No hay tiempo —contestó Kat—. Abrir el túnel nos llevaría días, y Taccone no dejaría el bosque sin patrullar tanto tiempo.

—¿El ángel caído?

—Quizá —respondió ella—, pero, aunque tuviéramos luna, el patio interior es demasiado pequeño para arriesgarnos a que alguien te vea con el paracaídas. Y nadie construye torres de vigilancia si no las va a llenar de vigilantes.

—Armados —añadió Gabrielle.

Kat observó a su prima ponerse boca arriba, descansar la cabeza sobre los brazos

y contemplar las oscuras nubes que cubrían el cielo. Estaba tan tranquila como en la playa o en su propia cama. A Kat le dolían los pies de la caminata por el bosque, y el gorro negro le apretaba y le picaba. Se preguntaba a qué olía Hale exactamente y si a ella le gustaba.

No sabía cómo robar a Arturo Taccone.

Así que no sabía cómo alguien había podido robar a Arturo Taccone.

Y eso era lo más frustrante.

—Así que alguien hizo un caballo de Troya o una dama de Avon o... —empezó Hale, enumerando las opciones, pero Kat estaba harta de especular; no se atrevía a suponer nada.

En vez de eso, recordó las palabras de Hale a Simon: «No es una operación típica». Se dio cuenta de que, quizá, no podría realizarla un ladrón típico.

Era como si una mano invisible hubiera tirado de la chaqueta negra de Kat para ponerla de pie.

—¡Baja! —susurró Gabrielle intentando agarrarla, pero Kat ya avanzaba hacia el borde de la cresta.

—¿Adónde vas? —preguntó Hale mientras la chica caminaba con decisión hacia el puente levadizo intentando bloquear la parte de su mente que preguntaba: «¿Puente levadizo?».

—¡Kat! —siseó Gabrielle—. Te van a pillar.

Kat se volvió y les lanzó una sonrisa casi malvada.

—Lo sé —respondió.

Las puertas se hicieron más altas al acercarse a ellas. Las luces iluminaban el perímetro de manera estratégica, resaltando las gotas de lluvia que empezaban a atravesar el negro cielo. A pesar de ello, Kat procuró caminar despacio, con intención, por los campos en dirección a los muros de la villa. Notó la mirada de las cámaras de seguridad y el movimiento de los vigilantes. Para mantener la mente ocupada, intentó averiguar la edad de la villa, los nombres de los antiguos propietarios y la historia del lago. Intentó concentrarse en la lluvia, en el pelo que se le encrespaba.

Sin embargo, sobre todo, intentó parecer tranquila cuando se dirigió a la cajita metálica que había a un lado de la carretera. Rezó por que su voz no la traicionara al mirar a la pequeña cámara de seguridad y anunciar al micrófono:

—Me llamo Katarina Bishop y he venido para ver a Arturo Taccone.

Un relámpago iluminó el cielo detrás de ella.

Capítulo 9

Si la villa de Taccone era un lugar que no solía recibir invitados, no dio muestras de ello.

El hombre que abrió la puerta le recordó curiosamente a Marcus en la forma de quitarle el abrigo mojado y pedirle con amabilidad que lo siguiera. Había suelos de mármol y candelabros, flores frescas y chimeneas encendidas en dos de las cuatro habitaciones por las que pasaron. Sin embargo, no había pilas de correo en las mesas, ni abrigos ni bufandas colgados con descuido en los respaldos de las sillas. Era un sitio en el que se valoraba a partes iguales la belleza y el orden. Así que guardó silencio y siguió a su guía hasta unas puertas dobles que resultaban más intimidatorias que el puente levadizo. Siguió callada, a la espera de una audiencia con Arturo Taccone.

Cuando las puertas se abrieron, Taccone estaba sentado detrás de un antiguo escritorio, cerca de otra chimenea encendida parecida a la del estudio de la casa de la familia de Hale. Había libros y licoreras, ventanas altas y un majestuoso piano que, Kat supuso, el dueño tocaba con frecuencia. Aunque la mansión tenía al menos mil ochocientos metros cuadrados, a la chica le dio la impresión de que Taccone en realidad vivía en aquella habitación.

—Déjanos —ordenó al guía de Kat.

Ella oyó cómo se cerraban las puertas y supo que, como poco, era un poco tonto no temblar al quedarse a solas con él. Aun así, mantuvo las manos firmes y no se le aceleró el pulso.

—Debería darte la bienvenida a mi hogar, Katarina —le dijo Taccone, inclinando un poco la cabeza—. Esto es una sorpresa, y me gusta considerarme una persona a la que no es fácil sorprender.

—Bueno —respondió ella lentamente—, de repente me apetecieron unos espaguetis.

—Y has venido sola —dijo Taccone, sonriendo, aunque no era una pregunta.

—Podría decir que sí y que piense que miento —respondió Kat, dando un paso adelante para acariciar el cuero de un sillón orejero, suave como la piel de un bebé—. O podría decir que no y que piense que me tiro un farol. Así que mejor diré... sin comentarios.

Él se echó atrás y la estudió.

—Entonces, ¿traes... refuerzos, como decís los estadounidenses?

—La verdad es que no.

—Pero no tienes miedo, ¿verdad?

Aunque estaba en la habitación favorita de Taccone, lo importante era que Kat volvía a encontrarse en su elemento.

—No, supongo que no.

Taccone la miró y, después de una insoportable pausa, preguntó:

—A lo mejor es porque crees que no le haría daño a una niña pequeña...

Por razones que Taccone nunca entendería, a Kat le sorprendió oír aquello. Era raro que la llamaran así. Suponía que no podía negar lo de «pequeña», pero lo de «niña» era extraño. Mujer o dama tampoco habrían sido mejores. Había pasado tanto tiempo dentro de un club de chicos que, a veces, se le olvidaba que, al menos anatómicamente, no era una versión más joven y bajita de los hombres que se sentaban a la mesa de la cocina del tío Eddie. Que era, desde un punto de vista biológico, muy parecida a Gabrielle.

—Un mueble precioso —dijo Kat, señalando el aparador Luis XV que había junto a la chimenea.

El hombre arqueó las cejas.

—¿Has venido a robarlo?

—Maldita sea —contestó Kat, chasqueando los dedos—, debería haber traído el bolso grande.

Los hombres aterradores hacen cosas aterradoras, pero, para Kat, no había nada más horroroso que el sonido de la risa de Arturo Taccone.

—Qué pena que no nos hayamos conocido en diferentes circunstancias, Katarina. Creo que habría disfrutado de tu compañía. Pero no ha sido así —dijo, y se levantó para acercarse a un armario y servirse un vaso de algo que parecía viejo y caro—. Supongo que no tienes mis cuadros.

—Es lo que llevo diciéndole desde el principio.

—Si has venido a pedirme más tiempo...

—Como le expliqué a sus chicos en Las Vegas, estoy trabajando en ello. —Le echó una mirada asesina al matón número dos, que se había metido en el cuarto y estaba colocado junto a la puerta como una estatua—. ¿O no le llegó mi mensaje?

—Sí, sí —respondió él, sentándose en el sofá de cuero del centro de la habitación—. Lo cierto es que has realizado unas investigaciones muy interesantes. Lo de la casa de tu tío abuelo en Nueva York lo entiendo. Tu tío es la clase de hombre a la que hay que consultar. Pero el viaje a Las Vegas... —comentó, parándose a darle un trago a la bebida—. Eso fue una sorpresa. Y después me avisaron de que teníamos visita esta noche. Bueno, comprenderás que esté perplejo.

—Se lo conté todo en París —explicó Kat sin alterarse—. Mi padre no robó sus cuadros. Con un poco de tiempo y algo de ayuda, quizá pueda decirle quién lo hizo. Puede que incluso consiga que se los devuelvan...

—Vaya, qué proposición más interesante —repuso el hombre, sonriendo.

—Pero, primero...

—¿Ayuda?

—Dice que mi padre es el culpable —respondió ella, asintiendo.

—Sé que lo es.

—¿Cómo?

—Oh, Katarina, cualquier ladrón medio decente sabría que he tomado...

precauciones... para protegerme y proteger mis pertenencias.

Arturo Taccone levantó una mano y abarcó con ella la lujosa estancia.

—Las Stig 360 —respondió ella con una sonrisa—. Bonitas. Personalmente prefiero las cámaras de los modelos 340. Son más ruidosas, aunque tienen más alcance.

En el exterior de la villa llovía a cántaros, pero, dentro, la voz de Taccone era tan seca como la yesca:

—Esperaba que aceptaras mi palabra de que tu padre cometió ese terrible acto, Katarina, pero si...

—Mire —lo interrumpió ella con una actitud más brusca de la que creía posible; se acercó a Taccone y el matón número dos hizo ademán de moverse hacia ella, pero el jefe lo detuvo con la mano—. No es cuestión de orgullo ni de confianza: es cuestión de información. Usted es un hombre que toma decisiones meditadas basadas en la mejor información que pueda conseguir, ¿verdad, *signor* Taccone?

—Por supuesto.

—Pues ayúdeme, ayúdeme a recuperar sus cuadros. ¿Dice que tiene pruebas?

Taccone acercó su bebida a la luz, como si brindara por Kat y su valor.

—Por supuesto.

Kat sonrió, pero sin alegría, antes de decir:

—Pues enséñeme lo que tiene.

Aunque Kat todavía no lo sabía, con el tiempo, en la cocina del tío Eddie, contarían una y otra vez la historia de su conversación con Taccone. En la historia, lo que caía sobre ella mientras cruzaba el puente levadizo serían balas, y no lluvia; su petición de ayuda a Arturo Taccone incluiría amenazas, ventanas y algo sobre un par de antiguas pistolas de duelo (que, según la leyenda, Kat después robaría).

Sin embargo, Kat nunca contó la historia. Hale y Gabrielle estaban tumbados a oscuras, mirando el terreno, cuando el puente se bajó y Kat salió por su propio pie, tomándose su tiempo.

Mientras caminaba bajo la lluvia, Hale y Gabrielle no se dieron cuenta de que llevaba el pequeño disco de Taccone metido bajo el brazo. Pero, claro, al final lo verían.

Y, claro, al final lo cambiaría todo.

Capítulo 10

La *suite* del hotel estaba muy bien, por supuesto. Hale (o, más concretamente, Marcus) no sabía cómo reservar otro tipo de habitaciones. El sofá era mullido y la televisión enorme, aunque Kat no se sintió nada cómoda mientras veía el disco que Taccone le había dado.

—Deberíamos tener palomitas —dijo Gabrielle—. ¿Soy la única que cree que deberíamos tener palomitas?

Kat se arrebujó en su jersey seco e intentó convencerse de que lo que le provocaba escalofríos eran la lluvia y el pelo húmedo.

—Ideal para las películas tontas —repuso Hale al dejarse caer en su lado del sofá—. Personalmente, soy un fan de los tontos.

De repente, Kat se dio cuenta de la procedencia del frío.

Hale no había hablado con ella en el coche, ni la había mirado en el ascensor. Kat sacó un cuaderno de su bolsa y cruzó las piernas; se preguntaba si Hale la perdonaría alguna vez por abandonarlo. De nuevo.

Pulsó el PLAY en el mando a distancia y la televisión parpadeó. Unas fantasmales imágenes en blanco y negro aparecieron en pantalla: la larga entrada por la que Kat había caminado hacía una hora, una cocina de aspecto profesional, una bodega, un salón de billar, el estudio privado de Taccone y, finalmente...

—Para.

Gabrielle le dio al PAUSE y la imagen se detuvo en un cuarto que Kat no había visto, un cuarto que, suponía, pocas personas llegaban a ver.

El único mueble era un banco. Los suelos eran de piedra sólida en vez de mármol o madera. Sin embargo, lo más destacable eran los cinco cuadros colgados en la pared del fondo.

—Planos —dijo, pero Hale ya estaba colocando su copia de los documentos en la mesita que había entre el sofá y la tele—. Aquí —añadió, señalando una habitación en los planos que tenía las mismas dimensiones que la de la pantalla—. Parece un sótano, seguramente sólo se accede por aquí —explicó, señalando un punto del plano—. Un ascensor escondido en el despacho de Taccone.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Gabrielle.

Kat pensó en la pared cubierta de madera oscura detrás del escritorio de Taccone.

—Porque estoy bastante segura de que esta noche he estado frente a él.

Hale se tensó detrás de ella, aunque no dijo nada antes de usar el mando. Las imágenes en blanco y negro eran como una vieja película muda sin su actor, hasta que el vídeo volvió al despacho de Taccone.

En una pared había ventanas del suelo al techo, así que era fácil ver el relámpago que surcó el cielo en la pantalla del televisor. Una fracción de segundo después, todo quedó a oscuras. Kat se imaginaba la villa perdiendo la luz y alguien quejándose de

los cables antiguos y las tormentas.

Sin embargo, en la *suite*, lo único que oyó fue los profundos suspiros de sus compañeros y su exclamación simultánea:

—El Benjamin Franklin.

Como ella lo había hecho en más de una ocasión, no le resultó difícil imaginarse al ladrón examinando la vieja villa para formular un plan. Se lo imaginó reservando una habitación en el pueblo, un sitio para turistas, quizá; un lugar en el que podría ser otro visitante más de la ciudad mientras observaba y esperaba a que llegara una noche de tormenta.

Cuando pusieron de nuevo en marcha la grabación, Kat se acercó a la pantalla y entrecerró los ojos.

—¿Cuánto tardaron en encenderse los generadores?

—Cuarenta y cinco segundos —respondió Gabrielle.

—No está mal —dijo Hale.

—¿Para el sistema de Taccone o para nuestro hombre? —preguntó Gabrielle.

El chico se encogió como diciendo que para cualquiera de los dos.

—Todo se quedó a oscuras, pero esta sala... —dijo Kat, señalando a la cámara que veían en pantalla—. Esta sala debe de estar en un circuito distinto al resto de la casa. En esta sala siguió la grabación. —Apartó la mirada de la pantalla y observó los planos—. Parece justo debajo de...

Pero dejó la frase en el aire cuando, en la pantalla, empezó a gotear agua del techo.

—El foso —concluyeron los tres al unísono.

—Guay —comentó Hale, impresionado—. Un Benjamin Franklin con un toque de monstruo del lago Ness.

—¡Puaj! —exclamó Gabrielle—. Ese foso es una guarrería, de verdad. No me acercaría ni loca.

—Por lo que he visto, hay al menos cinco grandes maestros en ese cuarto, Gabs —comentó Hale—. Sí que te acercarías.

—Quizá —reconoció ella—, pero si abrió un agujero en el techo de un cuarto bajo un foso, ¿por qué no se inundó?

Kat se volvió; no necesitaba ver la tele para saber lo que pasaba:

—Fue en un minisubmarino desde el lago y lo pegó al tejado del cuarto. Después sólo tuvo que abrir la escotilla, hacer un agujero y... Un minisubmarino —repitió, sacudiendo la cabeza, como si intentara espantar un horrible caso de *déjà vu*.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó su prima.

—Porque es lo que hizo mi padre —respondió ella, y todos guardaron silencio mientras Kat se acercaba a las ventanas que daban a las tranquilas calles—. Hace dos años, en Venecia. Fue...

—Precioso —dijo Hale, pero Kat tenía otra palabra en mente.

—Arriesgado —repuso.

—Bueno —dijo Hale muy despacio—, al menos ahora sabemos por qué tu padre es el principal sospechoso de Taccone.

—El único sospechoso —lo corrigió Gabrielle.

En la pantalla, un hombre enmascarado con un traje de buceo negro entraba por el nuevo agujero del techo de la galería moviéndose en silencio. Sin apresurarse y con precisión, neutralizó los interruptores a presión de cada cuadro y los descolgó, para después empaquetarlos con cuidado en una funda impermeable y meterlos por el agujero en el submarino que, según Kat, le esperaba en el foso.

—Taccone dijo que, cuando se fue la luz, alguien conectó en bucle la grabación de vídeo en el puesto de los vigilantes, así que nadie vio nada. Lo que estamos viendo es de un sistema de refuerzo exterior que nuestro hombre no conocía u olvidó —comentó Kat, encogiéndose de hombros—. Sea lo que sea, nadie se dio cuenta de que faltaban los cuadros hasta que Taccone volvió a casa de un viaje de negocios.

—¿En qué clase de negocios está metido? —preguntó Gabrielle.

—En el negocio de dar mucho miedo —respondió Kat a la vez que Hale decía, simplemente:

—En el del mal.

Las chicas lo miraron. Cuando volvió a hablar, su tono fue más amable:

—Arturo Taccone está en el negocio del mal.

Algo en su forma de volver a mirar hacia la tele indicó a Kat que el chico le ocultaba algo, información obtenida de investigaciones privadas o cotilleos de empresa, de la clase alta de Manhattan o de funcionarios italianos de alto nivel. Eran la clase de historias que se contaban en habitaciones llenas de humo mientras se fumaban caros puros cubanos.

Sin embargo, algunas historias hacían que te temblaran las manos; a veces el exceso de detalles te hacía vacilar en la oscuridad. Así que Kat no pidió detalles a Hale, sino que se limitó a mirarlo tirar el mando en la mesa y decir:

—Así que es posible que me espose a ti la próxima vez que decidas irte de paseo.

—No me pasó nada —soltó ella; deseaba desesperadamente que la comprendiera—. Le... gusto, le divierto —le aseguró, y de repente se dio cuenta de otra cosa—. Cree que soy como él.

—No lo eres —dijo Hale a toda prisa y, por primera vez desde hacía horas, la miró a los ojos—. Tú no eres como Arturo Taccone.

A veces, Kat creía saber todo lo que había que saber sobre W. W. Hale V (salvo su nombre de pila). Otras veces, como aquélla, el chico era como una de las primeras ediciones de la biblioteca de su casa: ni siquiera había terminado de leer el primer capítulo.

—¿Qué profundidad tendrá el río que da al foso en su punto menos profundo? —preguntó Gabrielle.

—¿Dos metros y medio? —respondió Kat, encogiéndose de hombros.

—Yo diría que tres, como mucho —añadió Hale.

—¿Qué tamaño tendría el submarino? —preguntó Gabrielle.

—Pequeño —respondió Kat.

—Tendré que recordarlo: en lo que respecta a fosos, más profundo no es necesariamente mejor —comentó Gabrielle.

Entonces Hale preguntó:

—¿Pequeño hasta qué punto?

Kat oyó el zumbido de una moto en la calle y vio las luces del Coliseo a lo lejos. En la habitación en penumbra, un hombre enmascarado quedó paralizado en la pantalla, atrapado en el acto de robar cinco cuadros de valor incalculable y el futuro de su padre.

—Sólo hay una forma de averiguarlo.

10 Días para que acabe el plazo

Nápoles
(ITALIA)

Capítulo 11

La tienda de buceo de Mariano e hijos de Nápoles era un negocio familiar que estaba muy orgulloso de serlo. Mariano II era hijo de un pescador, pero sufría una desafortunada tendencia al mareo, por lo que se vio obligado a buscar un oficio respetable que pudiera conducirlo a tierra firme. Así que empezó a construir barcas.

Mariano III construyó barcas más grandes.

Cuando una chica de un tipo de familia muy distinto llegó a su escaparate en la costa mediterránea, Mariano IV había construido y patentado al menos media docena de los navíos más avanzados (y, por tanto, más caros) del mundo.

O eso le había dicho a Kat su padre justo antes de hacer un viaje a Venecia.

En cuanto la recepcionista de *Il Negozio di Mariano & Figli* vio al joven que entraba tranquilamente por las puertas dobles de cristal, supo que tenía dinero, que podría comprar prácticamente cualquier cosa de la tienda con tan sólo extender un cheque. Quizá incluso en metálico y, sin duda, también podría cargarlo en la tarjeta de crédito que llevara, que seguramente tendría un límite increíblemente alto.

Sin embargo, no fue eso lo que la hizo sonreír cuando el joven se quitó las gafas de sol, se apoyó en el mostrador y dijo:

—*Ciao*. —La mujer sintió que se le derretían todos los músculos del cuerpo—. ¿Podría ayudarme?

Dirigir un equipo significaba delegar, saber cuándo apartarse y dejar que los demás tomaran las riendas; comprender cuáles son tus mejores recursos y cómo usarlos bien. Mientras Kat esperaba al otro lado de la calle, observando a la joven recepcionista flirtear con Hale, empezó a temer que Hale saliera de allí con novia y sin nombre.

La falta de un nombre la preocupaba. Por el contrario, se juró que la presencia de una novia no.

Se quedó fuera diez minutos y contempló la escena a través de los grandes escaparates: toqueteos en los hombros, batir de pestañas... Aquel espectáculo bastó para hacerla dar vueltas por la acera (aunque todo buen ladrón sabe que se pasa más desapercibido si permanece completamente inmóvil).

—¿Estás viendo eso? —preguntó Gabrielle por cuarta vez.

Pero la atención de su prima estaba más pendiente del joven sentado en la terraza de un café y que, a su vez, estaba pendiente de Gabrielle; o, más concretamente, de la escasa longitud de su falda.

—Lo va a fastidiar —exclamó Kat, alzando las manos al cielo—. Es nuestra única pista y lo va a fastidiar.

Sin embargo, su prima no se dio cuenta. De haberlo hecho, quizá hubiera dicho o hecho algo; el caso es que ni siquiera se volvió cuando Kat cruzó la calle y se dirigió

a las relucientes puertas de la tienda.

—Por fin te encuentro —dijo Kat entre jadeos (medio fingidos, medio reales), cuando se acercó al mostrador.

—Hola —respondió Hale, apartándose de la vendedora como si le hubiese dado un chispazo, literalmente—. Estaba...

—Papá dice que tienes treinta minutos para volver al barco, porque si no nos iremos a Mallorca sin ti y le dirá a tu madre que te caíste por la borda —lo interrumpió Kat; después, volviéndose hacia la dependienta, añadió—: Por supuesto, yo voté por tirarlo por la borda. Soy su hermana —suspiró.

—Hermanastra —añadió Hale, siguiéndole el rollo.

La joven sonrió al saber que Kat no era su novia, que no era una competidora, sino una chica bajita tan pálida y delgada que no debía de llevar mucho tiempo en la costa italiana.

—¿Has terminado ya? —preguntó Kat con un mosqueo genuino.

—Sí —respondió Hale, sonando como el millonario aburrido que era—. Tienen cosas chulas.

Kat dudaba que a los genios que habían creado los mejores navíos del mundo les gustara oír que los llamaban «cosas chulas», pero, si la vendedora compartía dichos sentimientos, no lo demostró.

—Entonces, ¿vas a comprarte uno o no? —preguntó Kat.

—Eeh... sí —respondió Hale, paseando por la exposición—. Éste no me disgusta.

Si Kat no hubiera estado tan bien informada, habría creído que el submarino que había elegido Hale era una maqueta, una reproducción, una copia reducida para poder meterla en la tienda. Sin embargo, obviamente, no lo era. Y por eso, obviamente, estaban allí.

El *Sirena Royal* era el submarino no militar más pequeño del mundo. No ocupaba mucho más espacio que la sirena que le daba nombre, medía metro ochenta de largo por metro veinte de alto, más o menos el tamaño de un carrito de bebé. Era el mismo tipo de vehículo que podría sumergirse en el pequeño río que conectaba con el foso de Taccone; el mismo tipo de vehículo que, en aquel momento, era su única pista.

—Sí —dijo Hale, dando un paso atrás para admirarlo—. Me llevo éste.

—*Eccellente, signore!* —exclamó la dependienta, pero Hale se limitó a mirar a Kat.

—Tienes la tarjeta de crédito, ¿verdad, hermanita?

Kat siguió encantada a la joven al alto mostrador, donde la dependienta empezó a sacar formularios y a mover papeles hasta que la pálida mano de Kat aterrizó sobre la de la chica y la detuvo.

—Para serte sincera, Lucia —dijo, leyendo el nombre en la chapita de la mujer—,

mi querido hermanastro es un crío que se aburre. —Lo miró por el rabillo del ojo—. Le gustan los juguetes.

Kat nunca sabría con seguridad si Hale la había oído, pero, muy oportunamente, el chico escogió aquel instante para agarrar la maqueta de un yate de carreras de primera calidad y empezar a hacer sonidos burbujeantes como si lo condujera por el fondo de un lago imaginario.

—Hace tres años convenció a su madre para que comprara una villa en el lago de Como porque necesitaba un lugar para jugar —siguió diciendo; después hizo una pausa y recordó que la familia de Hale no tenía casa en el norte de Italia—. Al año siguiente compró un yate de veinticuatro metros porque necesitaba algo con lo que jugar.

Detrás de ella, Hale usaba su maqueta para bombardear una taza llena de lápices.

Kat se acercó más a la vendedora y bajó la voz:

—Pero a los niños no les gusta compartir sus juguetes, ¿verdad, Lucia?

—No —respondió la chica.

—Así que, cuando los hermanos Bernard compraron un yate de veintisiete metros el verano pasado, mi querido hermanastro no se puso muy contento y... —dijo, mirando a Hale y bajando la voz hasta convertirla en un susurro de conspiradora—, por desgracia, cuando no está contento, su madre no está contenta, y cuando su madre no está contenta...

—Sí, ya veo.

—Te lo cuento porque necesita ser el único que tenga el *Sirena Royal*, no uno de los que tienen el *Sirena Royal*. —Kat esbozó su sonrisa más comprensiva—. Confía en mí, si llegamos a casa y descubrimos que hay otro justo a nuestro...

—¡Oh, no, no lo hay! —exclamó Lucia.

—¿De verdad?

—Bueno, en realidad... —Lucia echó un vistazo por la sala, como si estuviera a punto de decir algo que haría que tres generaciones de Marianos se revolvieran en sus tumbas—. En realidad es más para escaparate, ¿sabe? No vendemos muchos.

En la esquina del cuarto, Hale se había metido dentro del *Sirena Royal* y estaba haciendo su mejor imitación de piloto de la Segunda Guerra Mundial, bombardeando a sus enemigos.

—Pero son muy chulos —dijo Kat—, me cuesta creerlo.

—De verdad —insistió Lucia—. El año pasado sólo vendimos dos.

—¡Lo sabía! —exclamó Kat, levantando los brazos y mirando a Hale—. Le dije a mi hermano que los hermanos Bernard ya tendrían...

—Oh, no, señorita, no vendemos a hermanos.

—¿En serio? ¿Estás segura?

—Oh, sí. El primero fue a una empresa. Hacen los estudios submarinos. Es muy...

—¿Y el otro?

—Bueno, era alguien que podría frecuentar los mismos... círculos que su familia —reconoció Lucia muy despacio, aunque Kat pensó: «No sabes hasta qué punto».

Vio que la joven se movía como si meditara qué decir o, en concreto, cómo decirlo. Al final susurró:

—Ese hombre..., veré, era bastante... rico.

—Bueno, entonces me temo que... —dijo Kat, y empezó a volverse, contando con que Lucia al final la detuviera.

—¡Pero no vivía en Italia!

—¿Ah, no?

—Oh, no. El señor Romani.

—¿Romani?

—Sí —le aseguró la joven—, Visily Romani. Fue muy específico... Quería que le enviáramos su *Sirena* a Austria.

—¿Austria?

—Sí, directamente a una de sus propiedades, cerca de Viena.

Aunque nunca lo habría reconocido en voz alta, a Katarina Bishop le habían gustado muchas cosas del colegio Colgan.

Al fin y al cabo, era interesante dormir en la misma cama todas las noches y saber siempre cómo llegar al cuarto de baño a oscuras. Adoraba con toda su alma la biblioteca, un edificio entero del que cualquiera podía llevarse cosas que no eran suyas sin sentir remordimientos. Sin embargo, lo que más le gustaba del Colgan, lo que más echaba de menos mientras iba con Hale y Gabrielle en un tren a Viena, era que aquella institución tan dura era el único sitio en el que Kat no había tenido que pensar.

En su primer día allí, le habían dado un trozo de papel en el que le decían las clases a las que debía ir y a qué hora. Había un tablón de anuncios en el vestíbulo principal en el que se anunciaban las comidas que servirían y los acontecimientos deportivos a los que podía acudir. Todas las semanas, los profesores le decían qué capítulos tenía que leer y de qué libros, qué proyectos debía realizar y en qué orden.

Era como había sospechado aquella noche en que el tío Vinnie (que, en realidad, no era su tío) la había sacado de la cocina del tío Eddie para informarla de que los internados eran como la cárcel (sitio del que, irónicamente, acababa de salir Vinnie antes de aparecer aquella noche en la puerta del tío Eddie).

Kat lo había escuchado con una claridad a la altura de la sobrina nieta del tío Eddie. No dejó que la asustara, se limitó a analizar todos los ángulos, y llegó a la conclusión de que el tío Vinnie tenía razón y que eso la dejaba con dos opciones: Colgan ahora o cárcel después.

Los uniformes del Colgan eran más monos.

Sin embargo, había perdido el Colgan y estaban en otoño. Se quedó mirando por

la ventanilla del tren las cumbres nevadas de los Alpes. En el bolsillo del abrigo tenía tres pasaportes y una de las tarjetas de crédito de Hale. Se le daban muy bien cuatro idiomas y se defendía con otros dos, así que podría ir a cualquier parte, hacer cualquier cosa. Quizá fuera la actitud, pero, de repente, Kat se mareó: le faltaba el aire, y se ahogaba con las infinitas posibilidades que tenía frente a ella y con las preguntas que su mente no podía evitar hacerse.

Como, por ejemplo, ¿cómo podía estar Gabrielle aún más guapa cuando dormía, cuando Kat apenas lograba despertarse sin encontrarse con la baba colgando?

Y ¿por qué insistía su prima en dormir con la cabeza apoyada en el hombro de Hale, cuando Kat (que le había dado puñetazos ahí en más de una ocasión) sabía con certeza que estaba bastante duro y que en los compartimentos sobre ellos había varios cojines muy blanditos?

Intentó no pensar en las otras cosas, en las preguntas difíciles que les esperaban fuera, corriendo detrás del tren. Deseó poder ir más deprisa que ellas, perderlas como si fueran un equipo de vigilancia, pero sabía que no era posible, que la estarían esperando en Austria.

Se le taponaron los oídos cuando el tren aceleró y subió, y las ideas que le daban vueltas en la cabeza se redujeron a una persona y un lugar.

Visily Romani.

Viena, Austria.

Y, así, cerró los ojos. No vio los primeros copos de nieve caer en el exterior. No notó que Hale la tapaba con una manta. Ya estaba profundamente dormida.

9 Días para que acabe el plazo

**Viena
(AUSTRIA)**

Capítulo 12

Lo único en lo que Kat no había pensado en el tren era lo primero que le vino a la cabeza en cuanto llegaron a la estación a la mañana siguiente: a veces estaba bien viajar con un millonario.

—¿Ha tenido un buen viaje, señorita? —preguntó Marcus al aparecer de la nada en el abarrotado andén.

Sus maletas estaban ya en el carro que tenía delante. Cuando salieron, Kat notó el aire helado, pero, por suerte, los esperaba un coche.

Habían apartado las primeras nieves del invierno en los arcenes, y las aceras estaban llenas de turistas y nativos. Kat miró por la ventanilla y pensó: «Visily Romani podría estar aquí».

Visily Romani podría estar en cualquier parte.

Visily Romani podría ser cualquiera.

Nadie habló durante el paseo en coche ni dijo palabra mientras recorrían el vestíbulo del hotel. Kat pensó casi sin querer que era agradable llegar a un ático por un ascensor y no a través de un conducto de ventilación y, mientras subía, cerró los ojos. Se habría sentido satisfecha quedándose así todo el día, toda la semana, todo el año. Sin embargo, las puertas del ascensor no tardaron en abrirse.

Y Kat oyó una voz profunda que decía:

—Hola, Katarina.

Kat había oído hablar de la *suite* presidencial del Das Palace Hotel de Viena, claro. Cualquier ladrón que se preciara era consciente de que aquella habitación solía alojar a reyes y príncipes, presidentes y directores generales. Sin embargo, de toda su historia, lo que más intimidaba a Kat en aquellos momentos era la presencia del tío Eddie al lado de la chimenea encendida.

—Bienvenida a Viena.

Cuando el tío Eddie extendió los brazos, Gabrielle corrió hacia ellos hablando a toda prisa en ruso. Nadie lo tradujo para Hale, pero el chico comprendió el intercambio. Cuatro días antes, Kat había vuelto al hogar de su tío y recuperado su favor, pero cualquiera podía notar que Gabrielle, que había pasado los últimos seis meses usando su escote y sus rápidas manos para robar algunos de los bolsillos más repletos de la Riviera, nunca había abandonado del todo la cocina de la familia.

—¿Tu madre? —preguntó el tío Eddie, apartando un poco a Gabrielle para verla mejor.

—Prometida —respondió ella, suspirando.

—¿El novio tiene arte? —preguntó el tío Eddie, asintiendo, como si ya conociera la historia.

—Joyas. Cosas de familia. Es un conde.

—O un duque —intervino Hale.

—Confundo las dos cosas —confesó Gabrielle.

—¿Y quién no? —reconoció el anciano encogiéndose de hombros y sonriente, sin soltarla—. Me alegro de verte, pequeña —añadió; después examinó su minifalda—. Aunque preferiría no tener que ver tanto.

Gabrielle ni siquiera captó el insulto.

—Yo también me alegro de verte, pero ¿cómo...?

El tío Eddie sacudió la cabeza, ya que la pregunta no era cómo su tío había llegado hasta allí, sino qué había ido a decirles. ¿Qué había averiguado que no podía contar por teléfono? ¿Y qué iba a tener que hacer Kat al respecto?

El anciano se sentó en el sillón más cercano a la chimenea y miró a Kat.

—¿Has ido a ver al *signor* Mariano?

La chica era vagamente consciente del olor a buen café y notó que, en algún momento, había aparecido una taza de porcelana en la mano del tío Eddie. Sin embargo, estaba concentrada por completo en su tío abuelo, igual que Hale y Gabrielle.

—Visily Romani —empezó el hombre, hablando a todos, aunque Kat sabía que la miraba a ella—. ¿Ese nombre no os resulta familiar?

—¿Es un alias? —preguntó Kat.

—Por supuesto —respondió él, como si disfrutara de que, en parte, todavía fuera una niña.

—¿Y la dirección postal de Austria? —preguntó Hale.

—Sí que habéis estado ocupados —repuso el tío Eddie entre risas, aunque después se puso serio—. Ojalá no hubiera sido en vano.

—¿Quién es? —preguntó Kat.

—No es nadie —respondió su tío, para después mirar a Gabrielle—. Y es todo el mundo.

El tío Eddie no era hombre de acertijos, así que Kat sabía que las palabras debían de ser importantes, aunque no lograba averiguar cómo.

—No... no lo entiendo —dijo, sacudiendo la cabeza.

—Es un *Chelovek Pseudonima*, Katarina —explicó su tío, y Gabrielle dejó escapar un grito ahogado.

Kat parpadeó para protegerse del brillo del fuego. En el exterior, la nieve seguía cayendo lentamente, pero para la chica era como si Austria se hubiera paralizado, como si nada pudiera romper el trance, hasta que...

—¿Qué es un *Chelovek Pseudonima*?

Kat miró a Hale y parpadeó otra vez; de algún modo logró recordar que, a pesar de dominar el idioma de los ladrones, aquel chico nunca sería un hablante nativo ni un miembro de la familia.

—¿Qué? —preguntó Hale, frustrado—. ¿Qué pasa? ¿Qué es un *Chelovek Pseudo*...?

—Hombre pseudónimo —susurró Gabrielle—. Un *Chelovek Pseudonima* es un hombre pseudónimo.

Pero Hale no entendió la traducción literal. Kat se dio cuenta y vio que se impacientaba.

—Las antiguas familias... —empezó a decir, mirándolo—. Tenían nombres, alias, que sólo usaban cuando hacían cosas demasiado gordas y peligrosas, cosas que querían mantener ocultas... incluso entre ellas. Eran nombres secretos, Hale. Nombres sagrados.

Kat miró a su tío. Supuso que, en todos sus años de vida, el anciano rara vez habría visto cómo usaban un *Pseudonima*. Si Kat le hubiera preguntado por las historias, su tío le habría contado que Visily Romani robó una vez unos documentos muy comprometedores a un zar y un diamante a una reina. Que había sacado los planes de guerra nazis de Alemania y trabajado mucho detrás del Telón de Acero. Sin embargo, el tío Eddie no le contó todos aquellos detalles, sino que miró a la nueva generación y sonrió con ironía mientras explicaba:

—Si Visily Romani fuera real, tendría cuatrocientos años y sería el mejor ladrón de todos los tiempos.

Hale los miró uno a uno antes de decir:

—Sigo sin entenderlo.

—Es un alias que no se usa a la ligera, joven —respondió el tío Eddie, aunque Kat sabía que las palabras iban dirigidas a ella—. Es un nombre que no usa nadie en absoluto. —Se levantó del sillón—. Esto se ha acabado, Katarina —anunció, dirigiéndose a la puerta como si se hubiera dejado un cazo en el fuego—. Se lo contaré a tu padre e intentaré arreglar las cosas con el señor Taccone.

—Pero... —empezó a protestar Gabrielle, levantándose.

—¡Un *Pseudonima* es sagrado! —exclamó su tío, volviéndose—. ¡Unos niños no pueden deshacer el trabajo realizado en nombre de Visily Romani!

En cierto modo, todos los ladrones que Kat conocía eran, en el fondo, niños, y ella, simplemente, tenía un cuerpo a juego con el concepto; un cuerpo muy eficaz si los conductos de ventilación eran pequeños o los vigilantes resultaban muy ingenuos. Sin embargo, nunca le habían hablado como si fuera una niña.

Su tío se detuvo en la puerta. Allí estaba Marcus, esperando en silencio con su abrigo.

—Puedes volver al colegio si lo deseas, Katarina —le dijo el tío Eddie mientras se ponía el sombrero y el mayordomo le abría la puerta—. Me temo que esto es demasiado grande para ti.

Capítulo 13

Kat no vio cómo se marchaba su tío; se quedó sentada en el sofá, apenas consciente de que Gabrielle decía algo sobre pasar el invierno trabajándose los chalés de esquí de Suiza. Se dio cuenta de que, en cierto momento, Hale había enviado a Marcus a por comida. Se preguntó brevemente cómo podría comer en un momento como aquél, pero entonces el chico se volvió hacia ella y preguntó:

—¿Y bien?

Kat oyó a Gabrielle hablar por teléfono en uno de los dormitorios, explicando que quizá llegara a la ciudad y añadiendo:

—Oh, Sven, eres un encanto...

Sin embargo, Kat seguía oyendo la voz del tío Eddie, tanto lo que había dicho («Esto es demasiado grande para ti»), como lo que se había callado.

Alguien muy, muy bueno había ido a por los cuadros de Taccone.

Alguien muy, muy bien relacionado sabía lo suficiente como para usar una de las reglas más antiguas de su mundo.

Alguien muy, muy codicioso había permitido que Taccone echara la culpa a su padre.

Sólo alguien muy, muy tonto desobedecería al tío Eddie e intentaría hacer algo al respecto.

Es decir, si se pudiera hacer algo.

—Sabes que siempre podemos... —empezó a decir Hale, pero Kat ya se había levantado y se dirigía a la puerta.

—Volveré... —dijo antes de volverse y examinar a Hale.

La mirada del chico le dijo que, si pudiera comprar la seguridad de su padre, habría firmado un cheque, vendido su Monet, su Bentley e incluso su alma. Kat quería darle las gracias, preguntarle por qué alguien como él había decidido viajar al otro lado del mundo con alguien como ella.

Sin embargo, sólo logró pronunciar un lamentable:

—Volveré pronto.

Después salió a las frías calles de la ciudad.

Kat no estaba segura de cuánto tiempo pasaría fuera ni de adónde iría. En su cabeza veía una y otra vez el vídeo de vigilancia de Arturo Taccone. Al final se encontró en la puerta de una panadería. Disfrutó del olor a pan y se dio cuenta de que tenía hambre. Y, de repente, también se dio cuenta de que no estaba sola.

—Si te mueres de neumonía, seguro que habrá al menos una docena de tipos intentando matarme y hacerlo pasar por un accidente.

Kat examinó el reflejo de Hale en el escaparate de la panadería. El chico no sonreía ni fruncía el ceño; simplemente le ofreció una taza de chocolate caliente y le

puso su grueso abrigo sobre los hombros.

A su alrededor, la nieve empezó a caer con más fuerza y cubrió las calles como una manta; borrón y cuenta nueva. Sin embargo, Kat era una excelente ladrona; sabía que ni siquiera el invierno austriaco podría ayudarlos a ocultar sus huellas.

Se volvió y miró la calle. Un tranvía avanzaba en silencio por la plaza adoquinada. Por todas partes se veían montañas cubiertas de nieve y recargados edificios del siglo XVIII, y Kat se sintió muy pequeña a la sombra de los Alpes; muy joven en un lugar tan viejo.

—¿Qué hacemos ahora, Hale? —preguntó, intentando no llorar, deseando que no se le quebrara la voz—. ¿Qué hacemos ahora?

—El tío Eddie ha dicho que no hagamos nada.

La rodeó con un brazo y la condujo de vuelta por la acera. Durante un segundo, a Kat le pareció que se le habían congelado las piernas, que se le había olvidado cómo moverse.

—¿Confías en el tío Eddie? —le preguntó Hale.

—Claro, haría cualquier cosa por mí.

Hale se detuvo; su aliento formaba una niebla brumosa y fina.

—¿Y qué haría por tu padre?

A veces hace falta alguien de fuera, alguien con una mirada limpia para ver la verdad. Kat se dio cuenta de que aquélla era la pregunta que tendría que haberse estado haciendo. Pensó en la orden del tío Eddie y en los fríos ojos de Arturo Taccone.

Arturo Taccone no iba a recuperar sus cuadros.

Arturo Taccone nunca volvería a ver sus cuadros.

La chica se llevó la taza a los labios, pero el chocolate estaba demasiado caliente. Se quedó mirando los remolinos que formaban los copos de nieve al caer en el líquido y, en su cabeza, siguió viendo la grabación de seguridad.

—Estamos locos —le dijo Hale, temblando sin su abrigo.

La agarró del brazo e intentó llevarla al interior de una cafetería cercana, pero ella se quedó mirando la nieve que se derretía dentro de su humeante chocolate. De repente recordó una puerta roja, jugar entre pilas de libros y estar sentada en silencio en el regazo de su madre.

—¿Qué es? —preguntó su amigo, acercándose más.

Kat cerró los ojos e intentó fingir que estaba de vuelta en el Colgan haciendo un examen. La respuesta estaba en un libro que había leído, en una clase a la que había ido... Sólo tenía que entrar en la bóveda acorazada de su mente y robar la verdad que se escondía dentro.

—Kat —dijo Hale, intentando romper su concentración—. Te he preguntado...

—¿Por qué no va Taccone a la policía? —soltó ella.

Hale levantó las manos para dar a entender que la respuesta era obvia; y lo era:

—No le gusta la policía y no quiere que les ponga las sucias manos encima a sus

bonitas pinturas.

—Pero ¿y si es algo más? —repuso ella—. ¿Por qué las escondía debajo del foso? ¿Por qué no las tenía aseguradas? ¿Y si...?

—¿Y si, en realidad no son tuyas?

A su alrededor empezaban a cerrar las tiendas. Miró los escaparates oscuros intentando encontrar en su memoria una puerta roja que estaba a cientos de kilómetros de distancia.

—Kat...

—Varsovia —saltó ella cuando por fin se le encendió la bombilla—. Tenemos que ir a Varsovia.

8 Días para que acabe el plazo

**Varsovia
(POLONIA)**

Capítulo 14

Abiram Stein estaba acostumbrado a encontrarse con adolescentes en su puerta. La mayoría eran estudiantes, según le contaban, que querían subir su nota hurgando en sus archivos y pilas de libros. Algunos eran buscadores de tesoros convencidos de que habían visto un Renoir o un Rembrandt extraviados guardados en el ático de su abuela que querían saber cuánto lograrían sacar (si sacaban algo) por haber dado con él.

Sin embargo, cuando aquel lunes por la mañana se despertó con la llamada a su puerta, se puso la bata y recorrió la casa a oscuras sin saber bien con qué se iba a encontrar.

—*Wer ist da?* —dijo al abrir la puerta; esperaba encontrarse con la hiriente luz solar, pero había calculado mal la hora y el sol estaba demasiado bajo para iluminar la librería del otro lado de la calle—. *Was wollen Sie? Es ist mal smach ehr früh* —soltó el señor Stein en alemán, su idioma materno.

Los dos adolescentes que tenía en el umbral llevaban mochilas, como si fueran estudiantes, y estaban nerviosos, como cazadores de tesoros. Pero el señor Stein no lograba determinar a qué grupo pertenecían; sólo sabía que su cama estaba calentita y blanda, y la entrada fría y dura, y estaba bastante seguro de en cuál de los dos sitios deseaba estar antes de que saliera el sol.

—*Ich entschuldige mich für die Stunde, Herr Stein.*

La chica hablaba alemán con un ligero acento estadounidense; el chico no lo hablaba en absoluto.

Lo que más le apetecía al señor Stein era cerrar la puerta y volver a su dormitorio, pero algo despertó su curiosidad, algo en la chica y suponía que también en el chico. Porque, aunque había visto muchos chavales con mochilas y ojos muy abiertos, ninguno había aparecido por allí antes que el sol.

—Seguro que prefiere hablar en su idioma, ¿verdad, señorita? —le preguntó en inglés.

Kat creía que su alemán era estupendo, pero el hombre había logrado ubicar su acento con excesiva facilidad. Quizá el Colgan le hubiera costado más de lo que creía.

—Me viene bien cualquiera de los dos —repuso, pero el señor Stein asintió mirando al chico.

—Me parece que su compañero no estaría de acuerdo.

Hale bostezó sin demostrar emoción alguna, y Kat recordó que, a pesar de los chóferes y los aviones privados, había cosas que ni siquiera Hale podía comprar, y una de ellas era una noche de sueño reparador.

—Lamentamos la hora, señor Stein —dijo Kat, abandonando su (al parecer, oxidado) alemán—. Me temo que acabamos de llegar a Varsovia. Habríamos esperado...

—¡Pues esperen! —gruñó el hombre, y empezó a cerrar la puerta.

A pesar de estar medio dormido, Hale seguía siendo rápido, así que se apoyó en silencio en la puerta roja como si lo necesitara para no caerse.

—Me temo que no tenemos tiempo que perder, señor —dijo Kat.

—Mi tiempo también es muy valioso, *fräulein*, casi tanto como mi descanso.

—Por supuesto —insistió ella, mirando al suelo.

A pesar del frío viento, se quitó el gorro de la cabeza. En el cristal de la ventanita de la puerta vio que se le ponía el pelo de punta por culpa de la electricidad estática, una carga que llevaba acumulando varios días. Sabía que detrás de aquella puerta roja habría respuestas, no todas, pero sí algunas. Y temía que, si se daba la vuelta para marcharse, si agarraba la barandilla metálica de las escaleras, la carga le parara el corazón.

—Señor, tenemos algunas preguntas... sobre arte —dijo, e hizo una pausa, pero el hombre se la quedó mirando con expresión somnolienta.

Detrás de él había varias filas de archivadores que ocupaban la pared, tapando varias ventanas y la luz de primera hora del día. Montones de papeles se distribuían por el espacio como si fuera un laberinto.

—Pruebe en el Smithsonian, americanita —respondió el hombre con la sombra de una sonrisa—. No soy más que un viejo loco con demasiado tiempo y pocos amigos.

—Señor, me dijeron que podría ayudarme.

—¿Quién?

Hale miró a Kat como si se hiciera la misma pregunta. El señor Stein se acercó más. Los primeros rayos de sol empezaban a asomarse por encima de los edificios del otro lado de la calle e iluminaron los rasgos de una chica bajita con melena oscura. Antes de que Kat volviera a hablar, él ya conocía la respuesta.

—Mi madre.

—Te pareces a ella —dijo Abiram Stein mientras le daba a Kat una taza de café—. Supongo que ya te lo habrán dicho antes.

Kat se preguntó qué era más cruel: parecerse tanto a una madre que se había ido demasiado pronto, lo que te convertía en hija y fantasma a partes iguales, o no tener nada de tu progenitor en tus rasgos, retroceder, estéticamente hablando, más de una generación. Sin embargo, a Kat le gustaba cómo la miraba el señor Stein; no era como la miraba el tío Eddie, comparando sus habilidades con las de su madre, ni tampoco como cuando su padre la miraba asombrado, como si la hubiese confundido con su fallecida esposa.

Mientras el señor Stein se bebía el café y observaba a Kat beberse el suyo, sonrió como podría haber sonreído al ver una copia de su juguete favorito de la infancia en un escaparate: feliz al comprobar que algo que amaba no había desaparecido del todo.

—Suponía que vendrías a verme de nuevo algún día —dijo al cabo de un buen

rato de silencio.

Hale, que estaba al lado de Kat y empezaba a despertarse, examinaba minuciosamente todos los detalles de la abarrotada existencia de Abiram Stein.

—¿No tiene ordenador? —le preguntó.

El señor Stein soltó un bufido y Kat respondió por él:

—Él es el ordenador.

El hombre la volvió a mirar y sonrió, agradecido.

—Soy capaz de guardar buena parte de mi información en un sitio seguro —comentó, dándose un golpecito en la cabeza, para después apoyarse en su escritorio, que estaba lleno de cosas—. Sin embargo, me da la impresión de que no habéis venido a preguntar por mi sistema de organización.

—Estábamos viajando y teníamos algunas preguntas...

—Sobre arte —dijo el señor Stein, haciendo un gesto con las manos para que Kat fuera al grano.

—Y mi madre siempre hablaba muy bien de usted.

—¿Recuerdas tu anterior visita? —le preguntó el anciano.

—Mi chocolate quemaba —respondió ella, asintiendo—, así que abrió una ventana, sacó la taza por ella y la dejó allí hasta que recogió algunos copos de nieve —explicó, sonriendo—. Después de eso me pasé un mes dándoles la lata a mis padres, porque me negaba a tomar chocolate caliente si no llevaba nieve fresca.

Era como si el señor Stein quisiera reírse y no recordara cómo.

—Eras muy pequeña y tenías la misma cara de tu madre. La perdiste demasiado pronto, Katarina. La perdimos, todos la perdimos demasiado pronto.

—Gracias. Para ella era muy importante el trabajo que usted realizaba.

—¿Y tu aparición aquí significa que has descubierto algo importante para el trabajo que realizábamos juntos?

Kat sacudió la cabeza y Hale se movió, impaciente.

—Por desgracia, he venido por otro asunto —respondió ella.

—Ya veo —repuso el anciano, reclinándose en su vieja silla de madera—. ¿Y de qué clase de asunto se trata?

Hale miró a Kat, una mirada rápida que sólo tenía una traducción: «¿Podemos confiar en él?». Su respuesta fue simple: «Tenemos que hacerlo».

—La clase de asunto que mi madre hacía cuando no estaba investigando aquí, con usted.

La chica llevaba varias horas preguntándose cuánto sabría el señor Stein sobre la vida de su madre, pero, al final, la respuesta quedó clara en los ojos de Abiram Stein cuando sonrió y dijo:

—Ya veo.

—Necesitamos saber... Necesito saber si esto... le dice algo.

Hale se metió la mano en el bolsillo del abrigo y sacó cinco hojas de papel, cinco imágenes de mala calidad y ángulos extraños sacadas de una grabación. El anciano

las colocó sobre el escritorio y guardó silencio un buen rato, susurrando en un idioma que Kat no conocía. Durante un momento le dio la impresión de que había olvidado que Hale y ella estaban en el cuarto. Examinó las imágenes como si fueran una baraja de cartas y él un adivino que intentaba predecir su futuro.

—Estos... —dijo al fin, añadiendo en tono brusco—: ¿Cómo? ¿Dónde?

—Es... —tartamudeó Kat cuando se dio cuenta de que por fin había encontrado a alguien a quien no sabía mentir.

Por suerte, Hale no tenía ese problema, y respondió:

—Hemos visto una especie de grabación casera hace poco. Allí vimos los cuadros.

El señor Stein abrió mucho los ojos.

—¿Están juntos? ¿Todos en el mismo lugar?

—Eso creemos —respondió Hale—. Es una colección que...

—¡Esto no es una colección! —gritó Abiram Stein—. Son prisioneros de guerra.

Kat volvió a pensar en el cuarto escondido bajo un foso, protegido por uno de los mejores sistemas de seguridad del mundo, y supo que el hombre tenía razón: Arturo Taccone se había llevado cinco trozos de historia de valor incalculable y los había escondido hasta la noche en que Visily Romani los liberó.

—¿Sabes qué es esto, joven? —le preguntó el señor Stein a Hale mientras le enseñaba la foto de un cuadro: una elegante joven con un vestido blanco detrás de una cortina, asomándose a un escenario.

—Parece Degas —respondió Hale.

—Lo es —dijo el hombre, asintiendo para aprobar al compañero que había elegido Kat—. Se llama *Bailarina esperando entre bambalinas*.

El anciano se levantó de la silla y cruzó el cuarto hasta un archivador repleto de libros y revistas, y cubierto de plantas que se derramaban sobre el polvoriento suelo. Abrió el cajón, sacó una carpeta y la llevó al escritorio.

—Supongo que eres un joven de mundo —comentó el señor Stein—. Dime, ¿habías visto antes este cuadro?

Hale negó con la cabeza.

—Eso es porque nadie lo ha visto desde hace más de medio siglo —explicó el señor Stein, dejándose caer en su duro asiento de madera como si hubiera gastado toda su energía en recorrer el cuarto y no se tuviera más en pie—. Johan Schulhoff era un banquero de una pequeña, aunque próspera, ciudad cercana a la frontera con Austria en 1938. Tenía una hija encantadora, una mujer preciosa y una bonita casa.

El señor Stein abrió la carpeta en cuyo interior había pegado la fotocopia de un retrato familiar: tres personas con sus mejores galas y sonrisas, con la *Bailarina esperando entre bambalinas* en la pared de detrás.

—Este cuadro estuvo colgado en su comedor hasta el día en que los nazis se lo llevaron... junto con todos los miembros de la familia. Nadie volvió a verlos —siguió diciendo mientras miraba la foto; tenía lágrimas en los ojos cuando susurró—: Hasta

ahora.

Kat pensó en su madre, que se había sentado en aquella misma silla y había hojeado aquellos mismos archivos, pero que nunca había estado tan cerca de encontrar algo que llevaba tanto tiempo perdido.

—Pero tú ya lo sabías, ¿no, Katarina? —le preguntó el señor Stein, enseñándoles otra foto—. Éste es un Renoir, *Dos niños corriendo por un campo de almiaras*.

Kat y Hale se acercaron más a la imagen de los dos chicos en un campo de heno. El sombrero de uno de ellos había salido volando y daba tumbos por el prado. Estaban persiguiéndolo.

—Lo encargó un rico funcionario francés y en él se ve a sus dos hijos jugando en su finca de las afueras de Niza. Estuvo colgado en la casa del hijo mayor, en París, hasta la ocupación alemana. Uno de los hermanos sobrevivió a los campos, pero temíamos que el cuadro no lo hubiera hecho —explicó el señor Stein, secándose los ojos.

Kat y Hale guardaron silencio mientras el señor Stein les hablaba de un Vermeer llamado *El filósofo* y de un Rembrandt del hijo pródigo. Se puso más serio todavía, si acaso era posible, cuando les mostró una última imagen, sosteniéndola con tanto cuidado como si se tratara de la obra maestra en sí.

—¿Conoces este cuadro, Katarina?

—No —respondió ella, aunque se le rompió la voz.

—Mira con más atención.

—No lo conozco —insistió ella, y notó que el anciano se decepcionaba.

—Se llama *Muchacha rezando a San Nicolás* —dijo el señor Stein; miró de nuevo la pintura y volvió a mirar a Kat—. Está muy, muy lejos de casa. Tu madre solía sentarse en esa misma silla y escuchaba a este viejo divagar sobre las fronteras de los mapas y las leyes de los libros que, incluso décadas después, pueden interponerse entre el bien y el mal. Países con leyes sobre la procedencia —se mofó— y museos con falsos contratos de venta. —La tristeza del señor Stein se convirtió en fervor—. Y por eso vino aquí tu madre... Me contó que, a veces, hace falta un ladrón para atrapar a un ladrón —explicó con ojos brillantes—. Vas a robar estos cuadros, ¿verdad, Katarina?

Kat quería explicárselo todo, pero, en aquel momento, la verdad parecía demasiado cruel.

—Señor Stein —repuso Hale en tono tranquilo y controlado—. Me temo que es una historia muy larga.

—Ya veo —dijo el hombre, asintiendo; miró a Kat como un hombre que se había rendido hacía tiempo de intentar solucionar él solo todas las injusticias del mundo—. Los hombres que se llevaron la *Bailarina esperando entre bambalinas* del comedor de los Schulhoff eran malvados, querida. Los hombres a los que se la dieron también eran malvados. Estos cuadros se usaron como pago de favores terribles en tiempos terribles —añadió el señor Stein, respirando hondo—. Ninguna persona buena podría

tener todos esos cuadros, Katarina —afirmó, y ella asintió—. Así que, vayas a donde vayas, haz lo que hazas... —dijo, y se levantó para ofrecerle una mano; cuando la manita de Kat quedó envuelta en la del hombre, él la miró a los ojos y concluyó—: Ten cuidado.

De pie en el portal de Abiram Stein, mirando la calle, Kat sintió algo muy distinto a lo que había sentido cuarenta minutos antes, mirando la puerta. Las sospechas eran hechos; los miedos eran reales; y los fantasmas estaban vivos allí, en el lugar donde una vez estuviera su madre, sin saber cómo seguir sus pasos.

—Me alegro de haberte visto de nuevo, Katarina —le dijo el señor Stein desde la puerta—. Cuando me di cuenta de quién eras...

—¿Sí? —preguntó ella, y él sonrió.

—Se me ocurrió que quizá estuvieras aquí por lo sucedido en el Henley.

Hale ya estaba en el coche, pero la mención del mejor museo del mundo le llamó la atención.

—¿Qué ha pasado en el Henley? —preguntó.

El señor Stein dejó escapar una carcajada profunda.

—Vosotros dos deberíais saberlo mejor que yo. Lo han robado —susurró—. O eso dicen —añadió encogiéndose de hombros y, a pesar de todo, Kat logró sonreír.

—No se preocupe, señor Stein, me temo que no estoy en condiciones de robar el Henley.

—Oh —asintió él—, lo sé. La policía ya está buscando a alguien, un hombre llamado Visily Romani.

7 Días para que acabe el plazo

**Londres
(INGLATERRA)**

Capítulo 15

En el mundo hay dos docenas de museos realmente importantes, quizá uno más si no te molestan las colas del Louvre, como decía el padre de Kat. Sin embargo, por supuesto, no todos los museos importantes están a la misma altura; algunos no son más que viejas casas con techos altos y maravillosas molduras, unas cuantas cámaras de seguridad y vigilantes jurados que cobran el salario mínimo. Otros contratan asesores de seguridad y recurren a la CIA para adquirir su equipamiento.

Y, por último, está el Henley.

—Así que éste es el Henley —comentó Hale mientras paseaban por el gran vestíbulo de cristal; llevaba las manos en los bolsillos y el pelo todavía húmedo de la ducha—. Es más pequeño de lo que creía.

—¿Nunca habías estado en el Henley? —le preguntó Kat, deteniéndose.

—¿Acaso es bueno que los alcohólicos entren en las licorerías? —preguntó él a su vez, ladeando la cabeza.

—Ahí tienes razón.

Al Henley se accedía por nueve entradas oficiales, y Kat se sentía un poco orgullosa de haber escogido las puertas principales (bueno, orgullosa de haber escogido una puerta, en realidad). Quizá estuviera madurando. Quizá fuera vaga. O quizá, simplemente, le encantara el vestíbulo del Henley.

Dos plantas de cristal tallado en docenas de ángulos enmarcaban la entrada. Era parte solárium, parte vestíbulo, parte sauna. El sol caía a plomo y, a pesar del viento frío que soplabá fuera, la temperatura en el interior del atrio rozaba los treinta grados, como mínimo. Los hombres se quitaban las chaquetas y las mujeres se desenrollaban las bufandas del cuello. Sin embargo, Hale no sudaba ni una gota y, al mirarlo, Kat no pudo evitar pensar: «Nervios de acero».

Dos días antes habían cerrado el Henley hasta la una de la tarde, después de que un vigilante jurado que hacía su ronda de medianoche descubriera una tarjeta de visita metida entre una pintura y su marco. Aunque parecía un detalle sin importancia, el problema era que el vigilante juraba que a las diez de la noche no había ninguna tarjeta.

Dieron la alarma y llamaron a más agentes de seguridad. Por desgracia, alguien también llamó a un periodista de las noticias locales. Scotland Yard había revisado todas las grabaciones de las cámaras de vigilancia, y había interrogado a los miembros del personal de seguridad, a los trabajadores de la limpieza y a los voluntarios, pero ninguno había visto a nadie demasiado cerca del cuadro en cuestión.

Así que, el martes por la mañana, la postura oficial de las autoridades oficiales, desde el director del Henley al encargado de la investigación de Scotland Yard, era que el vigilante se había equivocado. La tarjeta tenía que haberla dejado uno de los visitantes del museo, y a todos se les había pasado.

La postura no oficial de los que no eran autoridades oficiales era que un miembro de las antiguas familias estaba gastando una broma. Sin embargo, Kat y Hale no se reían. Ni tampoco el Henley, según parecía.

Mientras esperaba en la larga cola para entrar, Kat cambió el peso de un pie al otro y cruzó los brazos. Era como si su cuerpo contuviera más energía, más nervios, de lo normal. Tenía que esforzarse por mantenerlo a raya.

—Vine a ver la exposición del *Ángel* en agosto —le contaba la mujer que tenía delante a su acompañante—. Antes no tenían detectores de metales.

Hale miró a Kat y ella le leyó la mente: los detectores eran nuevos. Si habían puesto detectores, ¿qué más habrían puesto?

—Bueno, en agosto no les había entrado ningún hombre misterioso a dejar su tarjeta de visita —contestó la acompañante de la mujer.

Avanzaron un paso.

—Quizá fuera un ladrón guapo y elegante que cambió de idea.

Kat se ruborizó y pensó en su padre.

—Quizá esté dentro ahora mismo —repuso la otra mujer, entre risitas—. ¿Examinando el lugar?

Se volvió y observó el atrio como si buscara al ladrón, aunque se encontró con Hale, que asintió y sonrió, ruborizando a la mujer.

—No me importaría encontrarme con un ladrón atractivo —susurró la amiga de la mujer, y Hale le guiñó un ojo a Kat.

La chica arqueó las cejas y susurró:

—A mí tampoco me importaría encontrarme con uno de éstos.

Hale se llevó las manos al pecho para fingir que había herido sus sentimientos, pero ella estaba demasiado preocupada y cansada para seguirle el juego. Vio que el chico la miraba y notó que estaba esperanzado, aunque hizo como que no se daba cuenta.

—Seguramente no es nada —le dijo.

—Claro que sí —le aseguró él.

—Quiero decir que, probablemente, no sea más que una coincidencia —insistió Kat, como si de verdad lo pensara.

—Eso es justo lo que yo estaba pensando —mintió Hale.

La cola avanzó un centímetro.

—Seguro que estamos perdiendo el tiempo.

—Ni yo lo hubiera dicho mejor.

Sin embargo, la desventaja de ser un artista del timo es que es muy difícil timarte, aunque seas tú el que se cuenta las mentiras.

Estaba siendo un día insólito en lo que empezaba a ser la semana más insólita de la más que insólita existencia del Henley.

Aunque Katarina Bishop no lograra apreciarlo por completo, sí que era evidente para los vigilantes, guías, conservadores, personal, directores y visitantes habituales, todos muy conscientes de que nunca se formaban colas entre semana antes de las nueve. Las ancianas vestidas con chaquetas burdeos sentadas tras el mostrador de información comentaban que los ocho grupos de escolares que visitaban el museo aquel día parecían más silenciosos que de costumbre, como si pretendieran encontrar un fantasma.

Los suelos de la sala del Renacimiento siempre brillaban más, los marcos siempre estaban más derechos, y el cuadro en el centro de la sala (el *Ángel de regreso al Cielo*, de Leonardo da Vinci) siempre atraía a más visitantes impresionados que el resto del Henley. Sin embargo, aquella mañana era como si la joya de la corona del museo hubiera perdido su resplandor.

La sala del Renacimiento permanecía vacía y las largas colas recorrían los pasillos de mármol de camino a otro lugar.

—Ahí está.

Kat no tenía que leer el cartel de la entrada para saber que habían llegado a la colección correcta. Sólo necesitaba ver la multitud y oír el susurro que flotaba en el aire:

—Visily Romani.

Tanto turistas como escolares se agolpaban hombro con hombro y pie con pie para poder ver el lugar en el que había aparecido misteriosamente una tarjeta de visita en plena noche en uno de los edificios más seguros de Londres.

Kat y Hale no hablaron mientras esperaban para entrar en la sala abarrotada. No comentaron nada sobre los ángulos de las cámaras ni las posiciones de los vigilantes. También eran turistas, en cierto modo; sentían curiosidad, estaban deseando saber la verdad sobre aquel hecho tan extraño, aunque necesitaban averiguarlo por razones muy distintas.

—Estuvo aquí —dijo Kat cuando al fin entraron.

La mayoría de los visitantes miraban unos segundos y avanzaban, pero ella se rezagó. Hale y ella eran como el centro de una rueda que apenas se movía mientras el resto de la muchedumbre pasaba junto a ellos.

—Sí, pero no se llevó nada —comentó Hale.

—Estuvo aquí —repitió Kat, notando que levantaba la mano.

Su dedo señaló los cinco cuadros que estaban colgados en la pared opuesta. Dos días antes, Visily Romani había dejado su tarjeta metida en el marco del cuadro del centro.

Una tarjeta de visita, según decían los rumores, de cartulina blanca con letras negras formando un nombre que, hasta entonces, sólo se había susurrado en las esquinas más oscuras de las habitaciones más oscuras.

Una tarjeta de visita dejada por un fantasma en la que simplemente decía: «Visily Romani estuvo aquí».

Kat pensó en la tarjeta y algo en su corazón (o quizá sólo su sangre) le dijo que, de todas las personas que había en el Henley aquel día, era a ella a quien se dirigía el ladrón.

—¿Por qué entrar si no te vas a llevar nada? —preguntó Hale, pero Kat sacudió la cabeza.

—¿Por qué entrar y dejar algo? —repuso a su vez.

La chica se acercó más al cuadro que estaba en el centro. *Flores en un fresco día de primavera*, se llamaba. Era una encantadora naturaleza muerta de un artista bastante conocido. No tenía nada digno de mención, salvo el hecho de que Visily Romani decidiera dejar allí su tarjeta.

Kat retrocedió y observó los otros cinco cuadros de la sala, intentando averiguar en qué había pensado Romani.

Cerró los ojos y recordó las historias que había oído toda la vida, las leyendas del mejor ladrón de todos los tiempos: un hombre que había entrado en el Kremlin y había salido con un huevo de Fabergé bajo el sombrero de copa; un corrupto marchante alemán que había vendido un Rembrandt falso a un inglés sin saber que dentro se ocultaban unos mapas robados a los nazis.

Ahora faltaban cinco cuadros.

Kat se quedó mirando la pared de la galería.

Allí quedaban cinco cuadros.

Recorrió la sala lentamente, examinando con atención cada uno de los cuadros, estudiando sus dimensiones. El corazón empezó a latirle muy deprisa.

—¿Y si dejó algo más que la tarjeta?

—¿Qué? —preguntó Hale, volviéndose para mirarla, aunque ella ya se alejaba para observar los recargados marcos de aquellas obras de valor incalculable.

—Señorita —le dijo uno de los guías cuando Kat se inclinó adelante—. Señorita, me temo que debo pedirle que dé un paso atrás.

El hombre se colocó entre el cuadro y ella, pero no antes de que la idea cuajara en el cerebro de Hale.

—No —empezó a decir, y entonces miró al cuadro y de nuevo a Kat—. ¿Por qué iba alguien a entrar en el Henley para dejar cinco cuadros de valor incalculable... —dijo, haciendo una pausa para contar las paredes— ...detrás de cinco cuadros distintos?

Ni siquiera intentó ocultar su asombro.

«Porque ya ha hecho cosas parecidas antes», quería responder Kat. Porque usar el nombre Romani significaba tener un plan, una razón. Porque los trabajos de *Pseudonima* no eran trabajos normales. Porque Visily Romani no era un ladrón normal.

—Pero ¿por qué haría algo así?

—No lo sé, Hale.

—Pero ¿por qué...?

—No... lo sé.

De repente sintió la necesidad de alejarse de la gente, el ruido y la historia que colgaba de cada una de aquellas paredes, tentándola.

—¡Alguien está jugando! —exclamó Kat, enfadada, cuando salió del museo y empezó a bajar por el majestuoso paseo del Henley; se puso a caminar más deprisa y Hale intentó seguirle el ritmo—. ¡Alguien se está divirtiendo! Y le da igual que otra gente sufra por ello.

Empezaban a mirarla, así que Hale le colocó un brazo sobre el hombro e intentó detenerla y calmarla.

—Lo sé —susurró—, pero quizá nos venga bien.

—¿Que qué? Taccone va detrás de mi padre, Hale, Taccone...

—Quizá signifique que los hemos encontrado. Y si los hemos encontrado...

A Katarina Bishop le dio la impresión de que todo lo ocurrido en el largo y dudoso pasado de su familia la había estado preparando para decir:

—Podemos robarlos.

Capítulo 16

Mientras Kat veía pasar la ciudad desde la parte de atrás de un largo coche negro, era plenamente consciente de que tenía tres (puede que cuatro) opciones.

La primera: podía llamar a Arturo Taccone y decirle que se reuniera con ella en el Henley. Lo de sacar sus cuadros de allí era problema de él. Obviamente, era la opción que tenía más sentido, menos riesgos y, dado lo que les había contado el señor Stein, seguramente acabaría con Kat en el fondo del foso de Arturo Taccone. Por tanto, no dedicó mucho tiempo a considerarla.

De haberse tratado de otra clase de cuadros (o si Arturo Taccone hubiera sido otra clase de persona), la opción número dos habría sido la clara ganadora. Sólo hacía falta una llamada de cinco minutos al director del Henley para sugerirle que quizá Visily Romani hubiera dejado en el museo algo más que su tarjeta. Sin embargo, Kat no podía estar segura de que Taccone fuera el propietario legal de los cuadros y, por tanto, los recuperase, ni tampoco de que su posesión fuera lo bastante ilegal como para que lo detuvieran. Lo único que Kat sabía a ciencia cierta era que si hacía que Taccone perdiera algo que amaba, él le devolvería el favor.

La tercera opción seguía formándose vagamente en su cabeza, pero seguramente supondría un sermón de su padre y poner en zafarrancho de combate a todos los expertos en cerraduras, incendiarios, chanchulleros e informadores del negocio. Dados los recientes acontecimientos, probablemente también supondría que todos miraran mucho a Kat y la trataran como correspondía a la hija y la sobrina de alguien. Sin duda se arriesgaría al peligro, muy real, de que los cuadros de Taccone no fueran los únicos en salir del Henley. Es decir, si el tío Eddie lo ordenaba.

Sin embargo, el tío Eddie había dicho que se había acabado. El tío Eddie había dicho que era sagrado, y si él no creía que Kat pudiera (o debiera) deshacer lo hecho por Visily Romani, ningún ladrón en el mundo lo intentaría. Aun así, Kat volvía una y otra vez a la tercera opción, quizá porque era la mejor o quizá, se temía, porque era la opción que llevaba en la sangre.

—No tenemos mucho tiempo —decía Hale—. Para un objetivo del tamaño del Henley tenemos que...

—Es una locura —soltó Kat, más para sí que para Hale—. Robar a este Visily Romani, sea quien sea, es una cosa, pero robar... —Dejó la frase a la mitad, miró la nuca de Marcus y bajó la voz—. ¿Robar el Henley?

Cuando el coche se detuvo, Kat y Hale salieron. Kat caminaba a toda prisa aplastando la gravilla a su paso mientras se acariciaba el pelo, el mismo gesto que le había visto hacer mil veces a su padre... justo antes de decidir alguna estupidez.

—Quiero decir que, aunque lo hagamos —dijo, mirando a Hale, que intentaba seguirla—, bueno, es el Henley.

—Sí —respondió Hale, muy tranquilo.

—Nadie ha robado jamás un cuadro del Henley.

—Sí —repitió Hale, más emocionado.

—Y nosotros robaríamos cinco —concluyó ella, deteniéndose.

—Bueno, técnicamente los estaríamos *rerrobando* —repuso él, irónico—. Es como que negativo por negativo da positivo.

Ella le dio de nuevo la espalda y siguió caminando por el césped sin dirección concreta.

—Suponiendo que pudiéramos hacerlo, haría falta un equipo grande.

—Sí, y como no le gustas a nadie... —añadió Hale, sin sonreír.

El viento soplaba frío bajo el cielo gris. Las hojas volaban por el suelo a sus pies.

—Necesitaríamos herramientas de las buenas. De las buenas y carísimas.

—Qué pena que sólo tenga mi cara bonita y mi estupenda voz —repuso Hale.

—Siete días, Hale —dijo Kat, poniendo los ojos en blanco.

Aquella vez no obtuvo ni respuesta ni solución. Si algo había aprendido Kat al perder a su madre era que ni siquiera el mejor de los ladrones puede robar el tiempo.

Miró las colinas y las vallas de piedra que cruzaban el horizonte. Londres parecía estar a un millón de kilómetros de allí.

—¿Dónde estamos?

—Casa de campo —respondió Hale, señalando detrás de ella, aunque, claro, al decir casa quería decir mansión.

Kat se volvió y vio un jardín perfecto que se extendía por un lateral de una propiedad enorme. Salía humo de al menos tres chimeneas, así que supuso que, en algún lugar del antiguo edificio, Marcus pronto estaría preparando sopa y té.

Echaba de menos al tío Eddie.

Se dirigieron a la gran casa de piedra notando sobre los hombros el peso de lo que debían hacer.

—El señor Stein... —empezó a decir Kat, pero Hale la cortó.

—No pienses en eso.

—Los cuadros no son de Taccone, Hale.

Él la detuvo. Los brazos de Kat parecían más pequeños que nunca cuando la sujetó para mirarla a los ojos.

—En primer lugar, salvaremos a tu padre, Kat —dijo con una energía que hizo que a Kat se le olvidara luchar, mientras su amigo reducía las opciones a una—. En primer lugar, robaremos el Henley.

La rodeó con un brazo y la llevó hacia la casa en la que había nacido W. W. Hale V.

—Vamos a necesitar gente —dijo Kat mientras Marcus abría las grandes puertas dobles—. Gente en la que podamos confiar.

Hale asintió y recorrió el recargado vestíbulo hasta detenerse delante de unas puertas correderas. Las empujó a un lado y entró en una biblioteca de dos plantas con una chimenea encendida y los familiares rostros de los hermanos Bagshaw, Simon y Gabrielle.

—¿Te refieres a gente como ellos?

Capítulo 17

Montar tu propio equipo es un acontecimiento de suma importancia en la vida de un joven ladrón. Hay reuniones y llamadas, planes y, de vez en cuando, una tarta para celebrarlo. Las familias normales tienen graduaciones; las familias de ladrones tienen esto. Kat tendría que haberse sentido un poco defraudada por haberse perdido toda la diversión, pero no era así.

Miró a Hale, que se encogió de hombros y dijo:

—Tenía una corazonada.

Después agarró uno de los sándwiches de aperitivo que Marcus estaba repartiendo por la sala, se lo metió entero en la boca y apenas lo masticó antes de volver a la bandeja.

Nadie se dio la mano ni se saludó. Los amigos de Kat parecían preparados para quedarse toda la noche planificando y, aunque estaban más o menos colocados en círculo, Kat vio la forma en que la miraban y, por primera vez en su vida, supo lo que se sentía al estar presidiendo la mesa.

—Gracias por venir —dijo, acercándose para agarrarse al respaldo de una silla estilo Reina Ana—. Tengo una especie de trabajo.

—¡Lo sabía! —exclamó Hamish—. Cuando te vimos en casa del tío Eddie le dije a Angus que estaba pasando algo... ¿A que sí? ¿Qué es? —preguntó, frotándose las manos—. ¿Joyería?

—¿Un banco? —añadió Angus.

—Ya sabes que me encantan los buenos robos de bancos —dijo Hamish, asintiendo—. Son mucho mejor que los... malos.

—Es un trabajo que no tiene nada que ver con lo que habéis hecho antes —repuso Hale mientras lanzaba a los Bagshaw una mirada que dejaba claro que no debían volver a interrumpir a Kat.

En aquel momento, la habitación pareció llenarse de una nueva energía. Los dedos de Simon se movían, los hermanos se acercaron más, e incluso Gabrielle parecía estar concentrada en su prima, mientras ésta los miraba a los ojos y respiraba hondo.

—Hagamos lo que hagamos a partir de ahora, lo haremos sin la bendición del tío Eddie —soltó.

Al principio, nadie respondió. Después, Hamish miró a su hermano mayor, sonriendo, como si esperase su permiso para echarse a reír. Al fin y al cabo, tenía que ser una broma. Sin embargo, Gabrielle permaneció estoica, y Simon se puso pálido y masculló algo sobre Las Vegas. Además, algo había devuelto a Kat a su mundo, así que tenía que ser importante.

Hale bajó la intensidad de la luz y encendió el televisor. Reprodujo el mismo vídeo en blanco y negro que perseguía a Kat en sueños.

—Es una villa privada de Italia —explicó, congelando la imagen en la sala vacía

estilo museo—. Y cuando digo privada, quiero decir muy privada.

—¿Cómo entramos? —preguntó Angus, acercándose a la pantalla.

Hale y Kat se miraron, y ella sacudió la cabeza antes de responder:

—No entramos.

Después, como si siguiera un guión, el hombre al que llamaban Romani apareció en la imagen.

—Otra persona nos ha hecho ese favor.

Observaron al artista trabajar durante unos segundos.

—Oye, Kat, ¿es...? —empezó a preguntar Simon.

—¡Que no es mi padre!

—Iba a decir que si es un Degas.

—Ah, sí —respondió ella muy despacio, pensando en el señor Stein—. Había cinco cuadros, todos grandes maestros.

—¿Quién es ese tío? —preguntó Hamish.

—¿Qué más da? —repuso Hale, y Hamish se encogió de hombros, pero todo el mundo miraba a Kat.

Obviamente, había llegado el momento de contar toda la historia, el momento de mentir. Kat se preguntó qué haría su padre, qué diría el tío Eddie.

Así que se decidió por la mentira que era más cierta:

—Ese tío es Visily Romani.

El silencio que obtuvo como respuesta no la sorprendió.

Simon fue el único que se movió.

—¿El Visily Romani que robó cinco bancos suizos en una noche de 1932? ¿El Visily Romani que escapó con la mitad de las joyas de la corona rusa en 1960? —preguntó mientras la frente se le perlaba de sudor—. ¿Ese Visily Romani?

—No te preocupes, Simon —le dijo Hale, reclinándose en el asiento y cruzando las piernas; después se metió otro sándwich en la boca—. Es mucho peor de lo que crees.

Kat casi palpaba la emoción de los Bagshaw. Hamish se restregaba las manos contra los muslos para calentarlos, como si se preparara para algo..., para lo que fuera.

Angus parecía estar calculando algo en su cabeza.

—Si hizo un trabajo en el treinta y dos, ¿ahora no será un poco... viejo?

—Visily Romani es un *Pseudonima*, uno de los nombres sagrados —explicó Kat.

—Entonces, este tío... —empezó a decir Angus, señalando al hombre de la pantalla.

—Podría ser cualquiera —terminó Simon por él.

Kat se volvió y miró por la ventana que daba a los jardines y campos, los símbolos del mundo de Hale, mientras pensaba en las leyes del suyo.

—Podría estar en cualquier parte —añadió.

Simon se levantó y empezó a dar vueltas.

—Entonces, estamos aquí porque tenemos que... —balbuceó, señalando a la pantalla—. Quieres decir que esto es un... —Se detuvo y se llevó las manos a las caderas; la camisa le asomaba por debajo del chaleco de punto y la cara se ponía cada vez más roja—. Creía que los *Pseudonimas* eran un poco...

—¿Intocables? —dijo Gabrielle por él; después, sonrió—. Claro que sí. Bueno, por lo menos lo eran.

—Podéis marcharos ahora mismo, todos —les recordó Kat—. El tío Eddie ya ha dicho que no puede (o quizá que no debe) hacerse. —Respiró hondo, preguntándose por un segundo si habría alguna diferencia entre las dos cosas—. No os culparía si decidís largaros ahora...

—¿Estás de guasa? —preguntó Hamish—. Hay unos cuantos cientos de millones de euros en esas paredes, como poco—. Miró a su hermano—. Cuenta con nosotros.

—Sí, bueno —repuso ella, hablando muy despacio—, como he dicho, no es un trabajo típico. —Kat no sabía qué era más difícil, si lo que tenía que decir o la forma en que la miraban todos mientras lo hacía—. El señor Taccone ha... solicitado nuestra ayuda para recuperar los cuadros —añadió, eligiendo las palabras con cuidado.

—¿Entonces qué? ¿Hay algún tipo de recompensa? —preguntó Angus.

—No del todo —reconoció Kat.

—En realidad lo que hay es la promesa de que Taccone no ahogará al tío Bobby en su foso —explicó Gabrielle sin más.

Kat esbozó una débil sonrisa mientras los miraba a todos.

—Y os deberé una —añadió.

Esperaba que sus amigos se lo pensarán un momento, que dieran una vuelta por el campo para aclararse y poner sus ideas en orden. También esperaba que la mitad de ellos se largara sin hacer ruido, cosa que haría que su familia se sintiera orgullosa, pero, sorprendentemente, nadie huyó.

Hamish le dio una palmada a su hermano en la espalda y dijo:

—Cuenta con nosotros para lo que necesites, Kat.

Simon se llevó una mano a la boca para morderse las uñas y mirar al espacio, calculando, antes de decir:

—¿Se enterará de esto el tío Eddie?

—Venga, Simon —respondió Hale—, ¿qué probabilidad hay de que lo sepa ya?

Los Bagshaw se miraron entre sí y hablaron a la vez:

—Dos contra uno.

Simon tragó saliva, pero al final respondió:

—Vale.

Kat miró a Gabrielle, que había empezado a pintarse las uñas de los pies. La chica ni siquiera levantó la vista, pero, mientras Kat abría la boca, respondió:

—Pues claro.

Y Kat supo que no había más que decir al respecto.

—Genial, gracias. Supongo que empezaremos a estudiar el objetivo mañana.

—¿Cuál es el objetivo? —preguntó Angus.

Hale miró a Kat y, por un momento, todo pareció posible.

—El Henley —respondió ella.

6 Días para que acabe el plazo

**Londres
(INGLATERRA)**

Capítulo 18

En 1921, si tenías más dinero que tiempo y eras una mujer, había muy pocas cosas aceptables a las que dedicarte. Algunas jugaban a las cartas, otras tocaban música y la mayoría se rodeaba de vestidos, sombreros, jardines perfectos y tazas de té servidas a la perfección. Sin embargo, Veronica Miles Henley, en realidad, no pertenecía a su época, así que había dedicado su enorme fortuna a su gran pasión y, casi sin ayuda, había construido el mejor museo del mundo.

O eso le había contado a Katarina Bishop su madre, y Kat se lo creía.

—¿Mejor que el Louvre? —preguntó Hale, haciéndose oír por encima del sonido de la fuente que había delante de la acristalada entrada principal.

—Demasiada gente —repuso ella, poniendo los ojos en blanco.

—¿El Tate?

—Demasiado pretencioso.

—¿El Museo Egipcio en El Cairo?

—Demasiado calor —respondió Kat, echándose atrás para meter los dedos en el agua.

Las cámaras de vigilancia montadas en los muros que rodeaban el Henley lo veían todo, claro. Estaban colocadas y calibradas a la perfección, lo mejor posible.

Los dos vigilantes que montaban guardia junto a cada puerta sin duda repararon en el chico y la chica que holgazaneaban junto a la fuente comiendo sándwiches y lanzando migas a los pájaros que aterrizaban en la plaza, como las otras mil parejas de adolescentes que aparecían por allí cada año.

Puede que los vigilantes vieran al chico rodear con el brazo el cuello de la chica y ponerse una cámara de fotos delante para retratarse juntos. Quizá notaran que la pareja iba de un extremo a otro del muro, pero no fueron conscientes, claro está, de que las fotos en realidad eran de las posiciones de las cámaras; que con sus pasos calculaban las dimensiones del muro del perímetro.

No eran más que dos adolescentes que parecían disfrutar de un gran otoño.

Pero, claro, los vigilantes no veían muchas cosas.

Si los vigilantes del Henley no prestaron mucha atención a la pareja de fuera, tampoco se fijaron en los dos hermanos que hacían cola en la cafetería, tonteando, sacando fotos absurdas de cosas como puertas y rejillas de ventilación mientras esperaban una mesa. No vieron tampoco al chico pálido con mochila y una pequeña videoconsola que vagaba sin rumbo por los pasillos... hasta que se chocó contra uno de los guías que patrullaban el museo y cayó al suelo.

El dispositivo que llevaba en la mano se deslizó por el suelo de mármol.

—¡No! —gritó el chico antes de lanzarse a perseguirlo, pero, en cuanto el cacharro se detuvo a los pies de uno de los vigilantes, el chaval se quedó paralizado.

El vigilante se inclinó para recogerlo. De haber estado más centrado en el chico que en el juguete, quizá hubiera notado que Simon contenía el aliento y estaba tan pálido como la estatua de mármol que tenía detrás. Sin embargo, el guarda jurado estaba demasiado cautivado por el laberinto de cuadros, puntos y líneas que llenaba la pantalla como para reparar en el chico.

—¿Qué es esto?

—¡Nada! —exclamó Simon con demasiada rapidez, aunque su cara de bebé era demasiado inocente para que el guía y el vigilante se preocuparan.

El guía miró por encima del hombro del vigilante.

—Es el *Underworld Warrior II*, ¿no? —preguntó, acercándose más para examinar la pantalla.

—Oye, ¿para qué es esto...? —añadió el guarda, dándole al botón rojo, y Simon hizo una mueca.

—No, no... Por favor, no...

—No se parece mucho al *Underworld Warrior I*, ¿eh? —comentó el guarda sin dejar de pulsar el botón y sin ser consciente del caos que estaba provocando en la sala de descanso de los vigilantes jurados, que estaba a seis metros de ellos, donde todos los sensores de movimiento se pusieron a parpadear como locos—. ¿Para qué sirve esto?

El guarda fue a pulsar otro botón, pero, antes de que pudiera cortocircuitar todos los dispositivos eléctricos en un radio de once metros, Simon se lanzó a por él.

—Es una especie de... prototipo —dijo, quitándole el dispositivo de la mano antes de que los colegas del hombre se dieran cuenta de que algo iba mal; como era cierto, Simon no tuvo problema en añadir—: Mi padre diseña estas cosas.

El vigilante miró de nuevo la consola y le dio una palmadita a Simon en la espalda.

—Un chico con suerte. Mira por donde vas, ¿vale?

—Lo haré —respondió Simon, y no podía decirlo más en serio.

Los guías del Henley estaban acostumbrados a ver casi cualquier tipo de comportamiento entre los miles de visitantes que desfilaban por el museo todos los años.

Sin embargo, cuando una adolescente con unos tacones de altura sorprendente entró dando tumbos por los pasillos aquel día, algo en ella llamó la atención de los guardas. Después, algunos dijeron que era por la minifalda, mientras que otros comentaron sabiamente que más bien era por las piernas que asomaban por debajo. En cualquier caso, no le estaban mirando las manos, precisamente.

—¡Vaya! —exclamó la chica demasiado alto mientras entraba en el cuarto que había empezado a conocerse como la sala Romani; levantó la mirada para contemplar el recargado techo—. ¡Qué alto!

Los guías del Henley no sabían lo que sabe cualquier ladrón: que si no hay manera de hacer algo sin que te vean, lo mejor es hacerlo de modo que todo el mundo se te quede mirando.

—¡Qué mono es eso! —dijo Gabrielle mientras rotaba sobre sus tacones para señalar el cuadro que estaba colgado en el centro de la sala.

A los vigilantes que controlaban los monitores de la sala Romani nunca los habían acusado de ser perezosos, lentos, torpes o despistados. Sin embargo, eso no cambiaba el hecho de que nunca hubieran visto a una joven, en apariencia borracha, tambalearse por un suelo de mármol y lanzarse sobre un cuadro que valía un cuarto de millón de dólares.

Los turistas, que, hasta el momento, habían sido demasiado educados como para quedarse mirándola, tuvieron que apartarse de su camino. Los guardas, que habían estado demasiado ocupados examinando las piernas de la joven como para darse cuenta de hacia dónde la llevaban, no pudieron más que mirar con la boca abierta.

La mano de la chica rozó el marco, y sus piernas, de repente, dejaron de ser su rasgo más interesante.

La habitación tembló, unas rejillas metálicas descendieron desde el techo y bloquearon las puertas en una fracción de segundo, mientras las mujeres gritaban, los niños lloraban y una sirena aullaba con tanta fuerza que los hombres soltaron las manos de los niños para taparse las orejas.

Hasta los vigilantes se encogieron mientras los crujidos de sus *walkie-talkies* se perdían en el caos de sirenas y turistas atrapados. Cuando recordaron a la chica de piernas largas y falda corta que estaba tirada en el frío suelo de mármol, ella estaba demasiado inconsciente y era demasiado guapa para que se enfadaran con ella durante demasiado tiempo.

Nadie se dio cuenta de que Kat, que estaba al otro lado de las rejas con tapones en los oídos, lo observaba todo. Los planes empezaban a tomar forma en su cabeza cuando se volvió y se dirigió tranquilamente a la salida.

De no ser por las alarmas, las rejas, los turistas atrapados y la chica inconsciente, puede que alguien del Henley hubiera visto a los dos matones que aparecieron a su lado como salidos de la nada.

Quizá hubieran visto a Kat desaparecer con dichos hombres detrás del cristal tintado de una larga limusina y se hubieran dado cuenta de que ella no gritaba.

Puede que la hubieran oído decir:

—Hola, *signor* Taccone.

Capítulo 19

Lo primero que hizo Kat, por supuesto, fue darse de tortas. Tendría que haberlo supuesto, tendría que haberlos oído venir. Sin embargo, las alarmas estaban demasiado altas, los tapones eran demasiado eficaces y su cabeza iba demasiado distraída con el duro trabajo que le quedaba por delante, así que tenía la guardia baja. Aunque no pensaba dejar que Taccone lo supiera.

El hombre esbozó una fría sonrisa desde el otro lado del asiento trasero de la limusina, así que, a pesar de todo, Kat casi se alegró de notar el calorcillo de los cuerpos de los matones a su lado.

—Me divierten tus esfuerzos, Katarina —le dijo con una risita—. Poco eficaces, pero entretenidos.

Kat pensó en su prima, tirada en el frío suelo de la galería; una chica de dieciséis años (y sus piernas) poniendo a prueba las defensas de última generación del Henley.

—Ya le dije que no era la persona adecuada para el trabajo —dijo Kat—. Ahora bien, hay un equipo japonés que tiene excelentes credenciales. Podría darle un nombre y un número, si le interesa.

El gesto de desdén de Taccone la hizo darse cuenta de que el hombre se divertía de verdad. Pensó en su búnker oculto y supo que la alegría de tener guardado algo tan bello ypreciado bajo llave no era nada comparada con la emoción de perseguirlo por toda Europa. Los cuadros no eran más que cosas, al fin y al cabo. Lo que realmente le gustaba a Arturo Taccone era la caza.

—Bueno, dime, Katarina —siguió diciendo, señalando con la cabeza el majestuoso edificio que desaparecía a lo lejos—, ¿qué vas a robar? ¿El *Ángel* de Da Vinci, quizá? Pagaría bien por añadirlo a mi colección, ¿sabes?

—No soy una ladrona —respondió ella, y él la miró—. Ya no —añadió—. Ya no soy una ladrona.

—Y, sin embargo, aquí estás —repuso Taccone, sin intentar ocultar lo bien que se lo pasaba.

—Estoy aquí para recuperar sus cuadros, *signor* Taccone, así que, técnicamente, estoy *rerrobando* —dijo, recordando las palabras de Hale—. Es como que negativo por negativo da positivo.

—¿Crees que tu padre ha escondido mis cuadros dentro del Henley? —preguntó Taccone con un bufido, un sonido cruel y gutural—. ¿Y por qué exactamente iba a hacer eso?

—No fue mi padre, ¿recuerda?

—Ay, Katarina —repuso él, suspirando—. Si no fue tu padre, ¿quién fue?

Pensó durante un momento en Visily Romani, en una leyenda, un fantasma. Sin embargo, en realidad no era ningún fantasma, sino que, en algún lugar del mundo, había un hombre, un hombre real de carne y hueso que tenía los conocimientos necesarios para entrar en el museo más seguro del mundo y usar aquel nombre para

hacerlo.

Así que, sí, en algún lugar había un hombre, y su nombre no era Visily Romani, aunque Kat dudaba que Arturo Taccone lo entendiera.

—Los he encontrado, *signor* Taccone —le dijo la chica, acercándose y poniéndose más derecha—. Puedo decirle dónde están, y supongo que después no precisará de mi ayuda. Al fin y al cabo —añadió, señalando un punto detrás de ellos—, como ha visto, mis amigos y yo no estamos preparados para una oportunidad de esta magnitud.

—Al contrario, Katarina, creo que estáis muy bien preparados.

Taccone sonrió, y Kat no pudo evitarlo: parte de ella se preguntó si aquel hombre tendría más fe en ella que su tío, quizá incluso que su padre. Claro que a él le daba igual que Kat acabara muerta o en prisión con tal de recuperar sus cuadros, así que tampoco era el mejor para juzgar sus habilidades.

—Necesitamos más tiempo —dijo Kat, no suplicándolo, sino afirmándolo, y hasta ella se sorprendió de lo firme que parecía su voz—. Esto es el Henley, nadie ha robado nunca el Henley.

—Si estás en lo cierto, tu padre consiguió superar su seguridad para colocar mis cuadros...

—¡Escúcheme! —exclamó ella; no se dio cuenta de que pretendía tocarlo hasta que se encontró con su bastón en las manos—. Si no me cree cuando le digo que mi padre no robó sus cuadros, vale. Si no me cree cuando le digo que están en ese edificio, vale. Pero están ahí. Y, créame, ningún equipo puede robar en el Henley en seis días. No pasará, no puede hacerse.

La chica notó que los matones que tenía a los lados se movían. Sabía que, en el juego al que jugaba Arturo Taccone, acababa de cambiar las reglas, y que los matones, a pesar de toda su fuerza y músculo, nunca habían imaginado que nadie intentara tocar a su jefe..., y menos una niña de quince años tirando a bajita.

—¿Sabe que tienen al menos cien guardas jurados trabajando en tres turnos solapados de ocho horas? —preguntó Kat—. Y no son mano de obra de segunda, sino gente que antes trabajaba en las fuerzas de seguridad. Están bien entrenados, y los del museo establecen un periodo de espera de cinco semanas para comprobar su historial antes de contratar a alguien, así que no hay manera de meter a un topo —siguió explicando, cada vez más enérgica, mientras Taccone la dejaba hablar—. ¿Sabía que tienen las mismas cámaras de vigilancia que usa la CIA en sus edificios de Langley? Y eso sin contar los suelos sensibles a la presión y los marcos electrificados que mi querida prima ha tenido la amabilidad de enseñarnos. ¿Y he mencionado ya los interruptores de presión? Por supuesto, no sé nada sobre ellos... porque es el Henley... y no van publicando sus especificaciones de seguridad en Internet, pero puede apostar el peso de sus amigos en oro a que todos los cuadros tienen detrás unos detectores tan sensibles que, si una mosca se posara en ellos, todo el museo se cerraría a cal y canto antes de poder decir: «Renacimiento».

Él volvió a sonreír, esta vez más despacio, y Kat notó un escalofrío tan fuerte como el viento del invierno.

—Voy a echar de menos nuestras charlas, Katarina. Deberías saber que he intentado hacer esto de la manera más honorable posible por respeto a la familia de tu madre. Ya te he dicho lo que quiero y te he dado tiempo más que de sobra para conseguirlo. Sin embargo, nadie me ha devuelto todavía los cuadros —dijo, y sonaba sorprendido de verdad, como si hubiera estado esperando a que le llegasen por correo.

Kat se acercó más, sin poder ocultar el miedo en su voz:

—No. Puedo. Hacerlo.

—No te preocupes, Katarina. Dentro de seis días, si sigo sin tener mis cuadros, simplemente haré a tu padre una visita y se los pediré en persona.

—Él no los tiene —repuso ella, pero Taccone siguió hablando.

—Quizá sus amigos de la Interpol ya se hayan ido y pueda hablar con él en persona. Sí —asintió muy despacio—, cuando llegue el momento, tu padre me dará lo que quiero.

Kat empezó a hablar, pero, antes de poder decir nada, Taccone se volvió hacia el matón número uno y le comentó:

—¿No tienes calor con los guantes puestos?

Sin embargo, no hacía calor en absoluto. Kat contuvo el aliento cuando el hombretón se quitó el guante de la mano izquierda y lo dejó sobre la rodilla izquierda, a pocos centímetros del bastón que ella sostenía. La primera vez que Kat vio el puño de peltre, el patrón del adorno le había parecido bonito. Claro que eso había sido antes de ver el mismo dibujo en la mano que tenía al lado, una cicatriz (una advertencia) grabada para siempre con fuego en la carne.

—Cuando llegue el momento, simplemente se lo preguntaré a tu padre —dijo Taccone en tono frío y cruel—. No te preocupes, Katarina, puedo ser muy convincente.

El coche frenó y la chica notó que algo caía en su regazo: un gran sobre de papel manila.

—Mientras tanto, Katarina, te deseo suerte en tu empeño —afirmó, muy serio, como si de verdad creyera en ella; después recuperó su bastón y dijo—: Tienes muchas razones para triunfar.

El matón número uno abrió la puerta y salió del coche; con la mano herida, le hizo un gesto a la chica para que saliera.

Kat se quedó muy quieta durante un buen rato en la acera de Trafalgar Square; el sobre le pesaba en la mano. Contuvo la respiración y miró dentro; había fotografías, pero no eran sólo fotografías, sino que le sugerían una palabra muy distinta: amenaza.

Se mareó y el frío le heló los huesos. Los autobuses rojos de dos plantas y las

brillantes luces de neón la rodeaban y se reflejaban en las imágenes en blanco y negro que tenía en las manos. Seguramente eran unas de las obras con las que más había disfrutado Taccone.

Gabrielle subiendo a un tren en Viena, con la melena al viento.

Hale caminando por el vestíbulo de un hotel de Las Vegas.

Su padre bebiendo café mientras cruzaba una plaza de París.

El tío Eddie sentado en el banco de un parque de Brooklyn.

La gente que más le importaba retratada en blanco y negro con un claro mensaje: Arturo Taccone sabía cómo encontrar a la gente y las cosas que Kat quería, y si Kat no hacía lo mismo por él, Taccone no sería el único que perdiera algo.

Por primera vez en su vida, Katarina Bishop comprendió perfectamente que una imagen vale más que mil palabras.

Capítulo 20

Kat llegó tarde a casa, es decir, a la casa de campo de la familia Hale. El único hogar de Kat era una casa de fachada rojiza en Nueva York, y el hombre que dirigía aquella casa le había prohibido expresamente que hiciera lo que iba a hacer.

Notó el roce del sobre de las fotos contra la piel del estómago, ya que se lo había metido bajo la cintura de los vaqueros. Escondido. El vestíbulo era grande y frío, y estaba vacío. Los cuadros de otros Hale ya fallecidos hacía tiempo cubrían las paredes. Kat se los imaginó observando y esperando a que algún miembro vivo de la familia volviera a casa.

Kat echaba de menos al tío Eddie.

De repente, le apetecía tomar sopa.

Quería hablar con su padre.

Dio un paso, notó de nuevo el sobre en el estómago y, al instante, quiso llamar a todas las personas que conocía para pedirles que se dispersaran, que se escondieran. Sin embargo, sus conocidos eran todos ladrones profesionales, así que siempre estaban escondidos.

—¡Angus, ha vuelto! —gritó Hamish Bagshaw, aunque sonaba diferente, sin duda.

Lo encontró sentado al pie de las escaleras, esperándola.

Mientras el chico masticaba su chicle y sonreía, su hermano salió al pasillo cargado con un cuenco de hielo.

—Genial —dijo Angus.

Kat quería seguir andando, pero Angus se le puso delante.

—Esperábamos poder disponer de un minuto de tu valioso tiempo —comentó.

Hamish echó un rápido vistazo al vestíbulo vacío y añadió:

—A solas.

Angus era once meses mayor que su hermano y un poquito más alto. Los dos tenían un pelo entre pelirrojo y rubio, y una piel que parecía dispuesta a quemarse incluso en un día nublado. Sus hombros eran anchos, pero sus brazos delgaditos, y Kat se dio cuenta de que seguían creciendo, que todavía les faltaba mucho para convertirse en hombres.

—¿Qué pasa? —les preguntó.

—Hace tiempo que queríamos hablar contigo sobre los..., bueno..., los recientes y desafortunados acontecimientos, y queríamos decirte que...

—Espera —lo detuvo Kat—, ¿qué recientes y desafortunados acontecimientos?

—Bueno... —empezó Hamish—. Tuvimos algunos problemillas en un trabajo de hace poco.

—¿En Luxemburgo?

—Entonces, ¿te lo ha contado el amigo Hale? —preguntó Hamish—. Fue un golpe de los buenos, un...

—¡Hamish! —le soltó Kat, y los dos hermanos sacudieron la cabeza.

—Después de Luxemburgo —aclaró Angus.

—¿Qué...? —empezó a preguntar ella, pero Hamish ya estaba pasándole un brazo por encima.

—¿Sabes lo que más me gusta de ti, Kat? —dijo.

—Aparte de tu belleza —añadió Angus, aunque Kat sospechaba que ninguno de los dos se había percatado hasta el momento de que ella era una chica.

—Aparte de eso, claro —afirmó Hamish.

—Y de tu cerebro —añadió Angus.

—Un cerebro realmente maravilloso —coincidió Hamish.

—Chicos —los regañó Kat, que empezaba a perder la paciencia—. ¿Qué pasó?

—Verás, Kat, en realidad no fue qué... —empezó Angus.

—Sino quién —concluyó su hermano.

Angus se apartó para observarla antes de decir:

—¿De verdad que no lo has oído? —Mientras ella negaba con la cabeza, él miró al suelo—. Vaya, Kat, sí que has estado fuera, ¿no?

Más que la sensación de volver a la cocina del tío Eddie, fue la mirada de los dos hermanos lo que le dejó claro que era cierto, que lo había hecho: Katarina Bishop había logrado abandonar aquella vida. Una vez. Por poco tiempo. No había sido un sueño.

—¿Qué pasó? —preguntó de nuevo.

—En realidad no fue tan grave —respondió Hamish—. No tendríamos que haber...

—¿Voy a tener que llamar al tío Eddie? —los amenazó Kat.

—¡No sabíamos que eran monjas!

Hay una norma más vieja que el *Chelovek Pseudonima*, una verdad que ni siquiera los mejores mentirosos pueden negar: no se puede timar a un hombre honesto. Pero, si lo haces...

Te arrepentirás.

—Nos han puesto en la lista negra, Kat —reconoció Angus, mirando a su hermano con aire culpable—. El tío Eddie dice que no podemos trabajar durante un tiempo, pero tu padre siempre ha sido bueno con nosotros, así que, si quieres que nos vayamos, nos iremos. Si quieres que sigamos aquí...

Kat se quedó mirando a los mismos niños que le habían robado el primer diente que se le había caído para después intentar pedir un rescate por él al ratoncito Pérez; los dos chicos que habían robado un tiranosaurio del Museo de Historia Natural... hueso a hueso.

—Chicos, el tío Eddie no quiere que nadie haga este trabajo —dijo Kat; después siguió caminando por la enorme casa, se volvió un momento hacia ellos y les gritó—: ¡Os quedáis!

En cuanto entró en la biblioteca, un segundo después, Kat supo que algo iba mal.

Para empezar, Simon estaba más pálido de lo normal, y Gabrielle estaba tumbada en el sofá con los pies en alto y un trapo húmedo en la frente. Tenía el pelo encrespado y, mientras Angus le ponía al lado el cuenco con hielo, ninguno de los dos Bagshaw intentó mirar por debajo de su falda.

—Bienvenida otra vez —dijo Hale, que estaba apoyado en el asiento de la ventana, en la otra punta del cuarto, ni sentado ni de pie; se apartó de la pared y añadió—: Me alegro de que hayas podido unirme a nosotros.

Kat notó de nuevo el sobre. Habría jurado que lo oía arañar los vaqueros haciendo más ruido que un grito en aquella habitación en silencio. Sin embargo, sus oídos la engañaban, su mente la engañaba. Quizá hubiera perdido también la sangre fría en el Colgan.

—Ay, estoy bien, Kat —contestó Gabrielle a la pregunta que ella no le había hecho, haciendo un gesto teatral con su mano buena—. Seguro que las quemaduras de los pies se me curarán en un pispás.

Pero nadie más dijo nada. Se limitaron a mirar a Kat, nadie quería dar las malas noticias.

—¿Qué? —preguntó ella, mirándolos.

—Simon —dijo Hale mientras se dejaba caer en uno de los sofás de cuero y levantaba los pies; hizo un gesto al chico para que empezase.

—Los sanitarios estaban bastante seguros de que el mareo se me acabará pasando —comentó Gabrielle desde el sofá, pero nadie le hizo caso.

—Bueno —explicó Simon lentamente; tenía delante tres ordenadores portátiles, y el pequeño dispositivo que había llevado por el Henley estaba conectado a uno de ellos, de modo que un diagrama tridimensional se desplegaba en las pantallas—. Es... —dijo Simon, como si intentara encontrar el término técnico más adecuado— complicado.

—Me dieron una pomada fabulosa para las puntas abrasadas de los dedos —añadió Gabrielle, pero nadie la oyó.

—¿Queréis oír las buenas noticias o las malas? —preguntó Simon.

—Las buenas —respondieron Kat y Hale a la vez.

—El Henley se ha pasado los últimos seis meses actualizando todos sus dispositivos de seguridad, que ya eran buenos de por sí, vamos, a la altura del Henley, así que el equipo nuevo es...

—Creía que nos estabas dando las buenas noticias —lo interrumpió Hale.

—Un cambio así no sucede de la noche a la mañana —respondió Simon—. Lo están haciendo exposición por exposición, empezando por las salas más valiosas y...

—¿La sala Romani no está al principio de la lista? —se aventuró a decir Kat.

—Ni de lejos. Ahora mismo es el punto más vulnerable del Henley, dentro de lo que cabe.

Kat se había pasado varias horas intentando averiguar por qué el ladrón había

elegido aquella sala del museo. Alguien como Romani tenía que haber preferido esa exposición a la del Renacimiento o cualquier otra de las joyas de la corona del Henley por algún motivo, y era el que decía Simon. Sonrió. El mundo volvía a cobrar sentido.

—¿Y las malas? —preguntó Hale.

—No deja de ser el Henley —respondió Simon, encogiéndose de hombros.

Tardaron un momento en asimilar las palabras, en darse cuenta de la magnitud de lo que debían hacer. El éxito en el mundo de Kat dependía en gran medida de los detalles, de modo que a veces se perdía la visión de conjunto. Sin embargo, ella sabía lo que estaban haciendo y, conforme se alargaba aquel instante de silencio, todos parecieron recordarlo también.

—Es un circuito de televisión completamente cerrado —siguió contando Simon después—, no hay forma de entrar desde el exterior, aunque eso ya lo sabíamos.

—¿Por qué no pasas a las partes que no sabíamos? —le pidió Hale, impaciente.

—Vale —respondió Simon, señalando a Hale como si hubiera tenido una idea genial—. Ya han actualizado el cableado de todo el edificio. Es de lo último. Vamos, que es impresionante...

—Simon... —lo regañó Hale.

—Bueno..., ésas son las malas noticias —concluyó el chico—. No hay forma de piratearlo. Aunque lograra conectarme con la unidad central, no lograría controlar su sistema.

—Espero que haya alguna buena noticia —añadió Hamish.

—Remodelar edificios antiguos, como el Henley es... incómodo —respondió él; le brillaban los ojos.

—Y... —lo animó Hale.

—Y, a veces, cuando ponen sistemas nuevos en... —empezó a explicar, pero Kat ya estaba asintiendo con la cabeza.

—Dejan los antiguos donde estaban —dijo por él, y miró a Hale antes de concluir al unísono—: Como en el trabajo de Dubai.

—No digo que pueda ponerlo en funcionamiento —repuso Simon, asintiendo—, pero, si logro pasar quince minutos en una sala de alta seguridad y si estoy en lo cierto..., es nuestra entrada al sanctasanctórum del Henley.

—Hazlo —ordenó Hale, pero se calló, miró a Kat y agitó la mano, como diciendo: «Después de ti».

Kat se volvió hacia su prima y le dijo:

—Bueno, Gabrielle, ¿qué hemos aprendido hoy?

—Hemos aprendido que la próxima vez que quieras averiguar qué clase de mecanismos de defensa primarios tiene alguien, puedes... —empezó a responder, clavándole la mirada, pero dejó la frase en el aire y se dejó caer en los cojines—. ¿Qué estaba diciendo?

Kat miró a los hermanos.

—Las rejas de la sala caen uno con dos segundos después del contacto —explicó Angus.

—El vestíbulo principal se cerró menos de cinco segundos después —añadió Hamish, cruzando las piernas—. No podemos hacer nada que suponga salir corriendo por la puerta más cercana, te lo digo desde ya.

—Sí —coincidió Angus—. Esos vigilantes del Henley no parecían de los que te dejan salir por la puerta principal con cinco cuadros bajo el brazo a pleno día.

—Aunque los cuadros no sean suyos —añadió su hermano.

—Estupendo —comentó Gabrielle desde el sofá—. Me he estropeado las uñas para nada.

—Para nada, no —repuso Kat—. Gracias a ti, Gabs, acabamos de descubrir cómo no robar el Henley.

—¿Mary Poppins? —sugirió Hale cuatro horas después.

—¿Sabes cómo hacer que llueva entre hoy y el martes? —le preguntó Gabrielle.

—¿Sombras de las cinco? —preguntó Hamish.

—Los generadores de reserva sólo nos dan quince segundos —dijo Simon, sacudiendo la cabeza.

Habían repasado todos los timos de los que habían oído hablar y unos cuantos que, Kat sospechaba, se habían inventado los hermanos Bagshaw sobre la marcha, pero no se dio cuenta de la hora que era hasta que vio a Gabrielle reprimir un bostezo. Kat estaba demasiado absorta por el tictac del reloj que le sonaba en la cabeza. Una fecha límite. Un plan. Se quedó mirando las listas y diagramas que habían dibujado primero con rotuladores y después, cuando se gastaron, con delineador de ojos en las ventanas de la biblioteca.

—No hay manera —dijo Hale, dejándose caer en uno de los sofás de cuero—. Si tuviéramos un mes, quizá.

—No lo tenemos —respondió Kat.

—Si tuviéramos dos o tres personas más...

—No los tenemos —insistió ella, cerrando los ojos.

—¿El princesa prometida? —sugirió Hamish, pero su hermano se volvió hacia él.

—¿Sabes dónde encontrar a un hombre de seis dedos con tan poco tiempo? —le preguntó.

Kat notó que el aire del cuarto cambiaba, que la esperanza se perdía. Quizá estuvieran demasiado cansados o, simplemente, llevaran demasiado tiempo allí metidos. Sin embargo, dio un brinco cuando oyó a Hale decir:

—Tenemos que llamar al tío Eddie.

—No.

Kat había pensado responder eso, obviamente; a pesar de ello, tardó un momento en darse cuenta de que era Gabrielle la que lo había dicho en voz alta.

—El tío Eddie dijo que no, ¿es que no lo pilláis? Si dijo que no, es que... — siguió explicando Gabrielle, pero dejó la frase a la mitad; sentarse en el sofá parecía chuparle toda la energía.

—Tenemos que hacerlo nosotros —concluyó Kat.

—¿Y por la noche? —preguntó Simon, mirando a Kat—. Romani lo hizo por la noche.

«Si es que lo hizo», pensó ella, aunque no se atrevió a decirlo. No quería recordarles (y menos aún recordarse) que quizá detrás de aquellos cinco cuadros no hubiera más que el mejor dispositivo antiladrones de todos los tiempos; que podrían estar, en cierto modo, persiguiendo fantasmas, perdiendo el tiempo. Quizá se tratara del golpe más importante realizado por el timador más importante de la historia.

—¿Ves esto, Kat? —dijo Hale, señalando las ventanas llenas de planes—. Puede que uno de estos planes funcione (puede) con el mejor equipo de ocho personas del mundo. Pero —añadió, volviéndose para contarlos—, sí, seguimos siendo sólo seis.

—Podemos hacerlo con seis.

—Con seis es arriesgado.

—Sí —repuso Kat, volviéndose hacia él—, igual que ayudar a mi padre con cinco años, cuando robó la Torre de Londres, pero lo hice.

—Qué buenos tiempos —comentó Angus sonriendo, igual que su hermano.

—Anoche llegaste tarde —repuso Hale en un tono frío, casi glacial; era el momento de contar lo de las fotos o marcharse.

—Gabrielle, gracias —dijo Kat, mirando a su prima—. Y..., esto..., hidrátate bien. Simon —siguió diciendo mientras intentaba no mirar a Hale—, cuando me vaya, averigua cómo meter ojos y oídos ahí dentro.

—Claro. Podríamos probar con un... Espera, ¿adónde vas?

De algún modo, cuando Kat llegó a la puerta, Marcus ya estaba allí con una maleta en la mano.

—Creo que le hará falta esto, señorita.

—¿París? —preguntó Hale, suspirando y apartando la vista—. Saluda a tu padre de mi parte.

5 Días para que acabe el plazo

París
(FRANCIA)

Capítulo 21

Amelia Bennett no había sido la persona más joven en lograr el rango de inspectora en la división especializada en robos de arte de la Interpol, ni tampoco era la única mujer de la unidad. Sin embargo, en una agencia que se movía, básicamente, por una red de viejos contactos masculinos, nadie pasaba por alto que ella no era ni vieja ni masculina. Aquello formaba parte del misterio que la rodeaba cuando se trasladó de la oficina de Londres a la de París, aunque lo que más desconcertaba a los aclaradores profesionales de misterios de su pequeña división de la principal oficina europea de la Interpol era cómo podía tener tanta suerte.

Y, aquella mañana, por supuesto, no era ninguna excepción.

En cuanto entró en la abarrotada y poco glamurosa oficina, uno de sus colegas de la vieja escuela se reunió con ella en la puerta.

—Hay un testigo de tu robo a la galería —dijo en inglés, y la inspectora Bennett no pareció sorprenderse de que aquel caso, que empezaba a enfriarse, cobrara vida de nuevo—. Una chica estadounidense —siguió diciendo el hombre—, una turista. Estaba en la misma calle la noche que entraron y dice que vio a un hombre actuar de forma extraña.

Al oír aquello, la inspectora Bennett arqueó las cejas y preguntó:

—¿Alguien conocido?

El hombre sonrió y la condujo a la sala en la que esperaba la joven.

—Muchas gracias por venir, soy la inspectora Bennett. Lo siento, me parece que no me han dado su nombre.

—O'Hara —respondió la chica bajita—, me llamo Melanie O'Hara.

—¿El Henley?

Kat oyó la voz de su padre. A través de los pequeños binoculares que siempre llevaba, lo vio atravesar la multitud de la misma plaza de siempre con el móvil pegado a la oreja, sin saber que su única hija estaba en la torre de la iglesia, observándolo todo.

—Qué forma tan bonita de saludar a tu hija. Nada de: «Hola, cariño, ¿qué tal las clases?» —bromeó ella.

Su padre mantenía la mano izquierda dentro del bolsillo de su abrigo de cachemira, y Kat pensó que el frío había empeorado en la última semana.

—¿El Henley? —volvió a preguntar—. ¿Sabes qué? Alguien me contó que mi hija iba a... —empezó, pero se calló para examinar a la gente y bajar el tono de voz—. Iba a robar el Henley, pero eso no puede ser, porque mi hija está en el colegio Colgan.

—Papá...

—Deja en paz el Henley, Kat —soltó él—. Haz un examen, ve a animar al equipo

de la escuela o...

—¿Animar al equipo?

—Kat, pequeña, no querrás meterte en eso, ¿verdad?

—Claro que no quiero, papá —respondió ella, demasiado consciente de lo profundo y cierto que era el sentimiento—, pero tenemos que hacerlo.

—¿Tenemos? ¿Quiénes exactamente?

—Hale —respondió ella y, a pesar de estar a una manzana de distancia, vio la mueca de su padre—. Simon, Gabrielle, Hamish y Angus... —añadió, intentando mantener la voz firme.

—¿Los Bagshaw? —preguntó él, sin ocultar su desagrado.

—¡No sabían que era una monja!

Un viento frío sopló en la torre y bajó a la plaza en la que estaba su padre.

—Así que ésas tenemos, ¿eh? ¿Te montas tu propia sociedad del robo y decides empezar por el Henley? —preguntó, volviéndose para empezar a bajar por la calle—. Llama al tío Eddie, Kat, dile que lo dejas, que estás fuera.

—¿Crees que es cosa del tío Eddie? —repuso ella, observando cómo le llegaban sus palabras—. ¿No sabías que ya ha hecho un viaje en avión para pedirme que deje que lo solucione él?

—Pues deja que lo solucione él.

—Sí —respondió ella, reprimiendo una carcajada—, como el tío Eddie siempre piensa en lo que es mejor para ti...

—Kat —dijo su padre en un tono más suave—, aléjate de Arturo Taccone. Ese hombre...

—Va a por ti.

—Estoy bien, Kat.

—Ahora, papá. Estás bien ahora. Puedes tomarte un café, leer el periódico y hacer tu teatro para los agentes de la Interpol que te vigilan todo el tiempo. Pero si Taccone no recupera sus cuadros, dentro de cinco días llegará un momento en que la Interpol no esté mirando y tú no estés pensando, y entonces te aseguro que Taccone conseguirá que estés de todo menos bien.

—Eso no lo sabes.

—Lo sé —repuso ella, volviéndose para apoyarse en la fría y rugosa piedra de la torre, mientras hablaba en voz baja por el teléfono—. Lo sé porque me lo ha dicho él.

Kat se giró hacia la plaza a tiempo de ver la cara de pasmo de su padre, pasmo que rápidamente se transformó en miedo.

—Mantente alejada de esto, Kat. Mantente alejada de...

—Es demasiado tarde, papi.

—¿Qué quieres decir?

Cuando empezaron a sonar las sirenas en la fría calle, Bobby Bishop ni siquiera pareció sorprenderse. Hacía tiempo que estaba en paz consigo mismo, aunque la conciencia de su hija no estuviera tan tranquila; Kat temblaba.

—Quiere decir que me has enseñado bien.

—¿Robert Bishop?

La voz de Amelia Bennett llegaba claramente a través del móvil. Kat vio cómo su padre observaba a la mujer que se le acercaba (corte de pelo chic, abrigo de diseño) y supo que, de no ser por la placa que llevaba en la mano, su padre nunca habría supuesto que se trataba de una agente o, más concretamente, de una agente de la Interpol.

—Cuelgue el teléfono y ponga las manos detrás de la espalda, señor —le ordenó un agente uniformado que apareció junto a él.

En vez de obedecer, su padre chilló:

—¡No lo hagas, Kat!

Vio que el policía le quitaba el móvil y lo oyó gritar por última vez:

—¡Vuelve al colegio, Kat!

Después, nada. La escena de la plaza era como una película sin sonido cuando Kat dijo:

—Papá.

Pero nadie la oyó. La gente se marchó, las sirenas aullaron y, muy por encima del caos, Kat susurró:

—Lo siento.

Capítulo 22

Antes, a Kat le encantaba París, pero, al alejarse de su padre aquella tarde, las aceras le parecieron demasiado abarrotadas, ajenas y frías. Quería volver a casa, dondequiera que fuera eso.

Notó que alguien se daba contra ella mientras esperaba en una esquina a que cambiara de color el semáforo. Oyó un débil «perdone», aunque no se volvió para mirar a la persona que había hablado en su mismo idioma en aquella calle extranjera.

Por supuesto, en las semanas posteriores, Kat recordaría de vez en cuando aquella decisión y se sentiría un poquito estúpida. Era cierto que tenía muchas cosas en la cabeza, que estaba preocupada por su padre y preocupada por si los policías se daban cuenta de que Melanie O'Hara y Katarina Bishop eran la misma persona, ya que deseaba que la declaración como testigo de la primera bastara para mantener al padre de la segunda encerrado, lejos de Taccone, pero sin que lo encarcelaran demasiado tiempo.

Le preocupaba lo que pudiera decir el tío Eddie cuando descubriera que había roto el código más importante de los ladrones (por no hablar del de las hijas).

Dado su estado mental en aquellos momentos, resultaba comprensible que fuera el instinto lo que la hizo chocarse contra el chico que, dos segundos antes, se había chocado con ella.

Después pensó que quizá fuera el destino.

—¿Lo ha encontrado, señor? —le preguntó el botones al chico en las escaleras del hotel.

—¿Perdón? —repuso el chico, deteniéndose.

—La joven, señor, dijo que era su prima —explicó el botones con cara de preocupación—. Dijo que tenía una llave, señor, y conocía su nombre y su número de habitación.

El botones no notó el breve instante de inquietud que se reflejó en los ojos del muchacho.

—Ah, bien, por fin ha llegado —respondió con tranquilidad el huésped mientras procesaba las noticias, que no eran nada buenas.

El botones lo vio alejarse como si nada, pero no vio la cara de sorpresa del chico cuando empujó la puerta de la habitación 157 y comprobó que no estaba cerrada con llave.

Tampoco vio a la chica que estaba sentada con las piernas cruzadas en el brazo de un sillón orejero y que levantó una ceja antes de decir:

—Bienvenido a casa.

El factor sorpresa es una de las mejores armas con las que cuenta un ladrón, o eso pensó Kat cuando vio la cara del chico. Se quedó en la puerta de su propia habitación de hotel mirándola, pasmado.

—¿Qué? —preguntó Kat, fingiendo ignorancia—. ¿No me saludas? ¿Ni siquiera un «cariño, ya estoy en casa»?

—Tú —respondió él, volviendo la cabeza para mirar el pasillo vacío, como si la chica acabara de entrar en el cuarto por la puerta abierta.

—Creo que no nos presentamos formalmente en la calle —dijo Kat, bajando las piernas del brazo del sillón forrado de seda—. Soy Katarina Bishop, pero ya lo sabrás si has mirado en la cartera que te metiste en el bolsillo interior izquierdo de ese abrigo que llevas.

Él se tocó el bolsillo como si deseara comprobar si ella estaba en lo cierto; lo estaba.

—Mis amigos me llaman Kat —siguió diciendo mientras observaba al chico de arriba abajo—. No estoy muy segura de cómo deberías llamarme tú.

Al final del pasillo sonó un televisor y Kat oyó a una presentadora francesa anunciar la detención de un sospechoso en el robo de una galería local durante el que se había sustraído una valiosa estatua. Hizo una mueca y esperó que el chico no se diera cuenta.

—¿Cómo has entrado?

—Tú tienes mano con las carteras —respondió ella, arqueando las cejas, mientras el chico se llevaba la mano al bolsillo trasero— y yo con las puertas. ¿Buscas esto? —le preguntó, y sostuvo en alto la cartera del muchacho—. Vaya, a lo mejor yo también tengo mano con las carteras.

Se la enseñó al chico y le preguntó:

—¿Quieres hacer un intercambio? —Después la abrió y miró el carné—. Nicholas Smith, dieciséis años, ciudadano británico —leyó, mirando el carné y luego al chico que tenía delante—. No eres muy fotogénico.

Kat saltó del sillón y le quitó la cartera de las manos mientras tiraba la del chico a la cama.

—¿Cómo...? —empezó a preguntar él, pero Kat lo detuvo.

—Anuncias tu tapadera —dijo con toda naturalidad.

Kat estaba preparada para mentiras y discusiones, cualquier cosa menos que el chico sonriera y dijera:

—Vaya, con talento y encima guapa. Encantado de conocerte, Katarina.

Después se dejó caer en la esquina de la cama y se quitó un zapato.

—¿Y cuántos años tienes tú? —le preguntó, pero Kat no contestó.

En vez de hacerlo, se volvió y toqueteó las flores frescas de la mesa mientras observaba las cortinas de seda que tapaban las ventanas.

—Es un sitio bonito, ¿lo pagas haciendo pequeños timos?

El chico la miró. Tenía el pelo corto y oscuro, ojos azul brillante, y la clase de sonrisa que te hacía olvidar lo que estabas pensando.

—Entre otras cosas.

—Y llevas practicando... ¿Cuánto? ¿Dos años? —preguntó ella, mirándolo otra vez; la mirada de satisfacción del desconocido fue respuesta suficiente—. ¿Dónde aprendiste?

—Por ahí —respondió, encogiéndose de hombros—. Ves cosas, practicas...

Kat llevaba viendo cosas desde que cumplió tres años, cuando el padre de Hamish y Angus los llevó a todos al circo porque necesitaba «tomar prestado» un elefante.

—¿Alguna vez te han pillado? —preguntó, y él volvió a encogerse de hombros.

—La policía, no.

—¿Tienes antecedentes? —preguntó, y él sacudió la cabeza—. ¿Trabajas con un equipo?

—Trabajo solo.

Kat se preguntó si el chico que se había chocado con ella en una calle de París sería tan bueno como a ella le parecía. Y si él lo sabría.

Lo examinó; ¿sería aquélla la pieza que faltaba en su plan?

—¿Quieres que siga siendo así?

4 Días para que acabe el plazo

**Wyndham Manor
(INGLATERRA)**

Capítulo 23

De todas las cosas con las que Katarina Bishop debería sentirse cómoda, meterse a hurtadillas en una mansión (sobre todo en aquella mansión en concreto) a las tres de la mañana tendría que haber estado en los primeros puestos de la lista. Al fin y al cabo, conocía los pros y los contras del sistema de seguridad (porque ella lo había recomendado), estaba familiarizada con la casa, y era plenamente consciente de que las puertas del patio estaban selladas con pintura y los rosales bajo las ventanas del comedor contaban con unas espinas pero que muy desagradables.

Sin embargo, aquella noche, mientras cruzaba la puerta principal de la propiedad de Hale, se sentía como si volviera a la cocina del tío Eddie, como si se hubiera ido sin permiso y quizá ya no perteneciera a aquel lugar.

Así que intentó pegarse a las sombras, deseando que todos estuvieran dormidos.

—¿Kat?

Se quedó quieta y maldijo los crujidos del suelo.

—¿Kat, eres tú? —preguntó Gabrielle con voz aguda y ronca.

A pesar de la oscuridad, Kat distinguió fácilmente a su prima, que estaba sentada en lo alto de las escaleras. Se abrazaba las rodillas y tenía el pelo recogido en un desordenado montón sobre la cabeza.

—¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Es Taccone? ¿Ha...? —balbuceó Kat.

—Es tu padre, Kat, lo han detenido.

En una de las habitaciones de arriba se encendió una luz, y Kat oyó voces que se acercaban.

Miró a Gabrielle, rezando para que la comprendiera, y dijo:

—Lo sé.

—¿Que has hecho qué?

Kat no sabía quién lo había dicho primero, ya que era como si todo el equipo hubiera soltado la pregunta a la vez. Ni siquiera sabía dónde mirar, porque todos los ojos de la sala de billar la observaban con tanto celo y atención que era como mirar al sol.

—He tomado una decisión ejecutiva —respondió Kat.

—¿Ir a la policía? —preguntó Simon, como si hubiera metido aquel dato en su prodigiosa mente y no lograra encontrarle la lógica.

—A la Interpol, en realidad —respondió ella, logrando encogerse de hombros como si nada—. Técnicamente, fui a la Interpol.

—¿Y entregaste a tu padre? —preguntó Angus.

—Está mejor allí, créeme.

—Pero eres su hija, Kat —dijo Hamish, abriendo mucho los ojos—. El tío Eddie te va a matar.

—También soy la chica que intenta deshacer el único trabajo de *Pseudonima* de nuestros tiempos, Hamish. Ni siquiera el tío Eddie puede matarme dos veces.

—Creo que no me iría bien en la cárcel —comentó Simon al dejarse caer en el sofá.

Kat intentó no fijarse en la forma en que Hamish y Angus agarraban sus palos de billar, o en que Gabrielle guardaba silencio junto a la ventana, con cara de preocupación.

—Chicos...

—Ha hecho lo correcto —dijo Hale, sentándose en una otomana; Kat jamás se habría esperado aquellas palabras de aquella persona—. Si esto no funciona, y sería un milagro que lo hiciera —añadió, sonriendo—, tu padre va a necesitar poner todo lo posible entre Arturo Taccone y él.

La miró y algo se transmitió entre ellos; Kat supo que nadie se opondría a Hale ni dudaría de él, que nadie se atrevería a enfrentarse a los dos. Quizá podrían haberlo dejado así, quizá la tensión habría desaparecido por completo si un chico desconocido no hubiera escogido aquel preciso instante para aparecer y decir:

—Hola.

Simon saltó sobre el portátil que había sobre la barra y lo cerró de golpe. Hamish lanzó un abrigo sobre la maqueta del Henley que tenían en el suelo, al lado del sofá, mientras que Hale no movió ni un músculo. Se limitó a mirar al recién llegado y después a Kat.

—¿Quién es ese chico? —preguntó, señalando con la cabeza al chico que le ofrecía la mano.

—Hola, soy Nick. Kat me dijo...

—Que esperaras fuera —lo cortó ella.

—¿Y? —preguntó Hale, sin apartar la vista de Kat.

—Nick es un carterista. Él y yo... nos encontramos en París.

Kat quería que vieran que lo tenía todo bajo control, como alguien que se merecía estar allí.

—Nick, ésta es Gabrielle —siguió diciendo, y su prima lo saludó débilmente con dos dedos—. Los Bagshaw, Angus y Hamish. Simon..., ya te hablé de él. Y éste es Hale. Hale...

—Hale se está preguntando qué hace Nick aquí.

Kat esperaba oír un tono burlón en la voz de Hale, pero sabía que aquello no le hacía nada de gracia.

—Lo dijiste tú mismo, Hale —respondió ella, bajando la voz—: necesitamos uno más.

—Dos más —la corrigió él—. En realidad, dije que necesitábamos dos más, y él...

—Está dentro —respondió ella sin más—. Podemos hacerlo con siete, y él está dentro.

Kat miró a su equipo: Angus era el mayor, Simon el más listo, Gabrielle la más rápida y Hamish el más fuerte. Sin embargo, Hale era el único dispuesto a decir lo que todos pensaban:

—Lo sabía, sabía que tendría que haber ido contigo. Primero le cuentas una historia estúpida a la policía sobre tu padre...

—A la Interpol —lo corrigieron Hamish, Angus y Simon a la vez.

—Y después vienes a casa con esto —añadió Hale, señalando a Nick como si el chico no lo oyera, como si Kat fuera una aficionada, una tonta.

Ella sacudió la cabeza y deseó poder decir con certeza que su amigo se equivocaba.

—¿Puedo hablar contigo fuera un segundo? —le dijo a Hale mientras le lanzaba una mirada asesina.

Salió por las puertas del patio al porche y, mientras Hale cerraba la puerta, Kat oyó decir a Angus:

—Ooh, mami y papi van a pelearse.

En el exterior hacía fresco. Kat deseó haberse llevado el abrigo o que Hale la rodeara con el brazo y bromeara con ella por dedicarse a recoger perros callejeros y casos perdidos. Sin embargo, su tono no era muy alentador.

—Estás demasiado metida en esto, Kat, demasiado involucrada para pensar...

—Lo sé —repuso ella, casi chillando—. Estoy metida, es mi vida, Hale, mi vida. Mi padre, mi trabajo, mi responsabilidad.

—Está claro —dijo él, muy tranquilo y frío; todo lo que ella no era.

—Sé lo que hago, Hale.

—¿Ah, sí? Porque juraría que en las últimas veinticuatro horas has entregado a tu padre...

—Hace cinco minutos creías que había sido una gran idea —le recordó ella, pero él siguió hablando.

—... a la poli y has traído a un desconocido a casa.

—Nick es bueno, Hale. Me robó sin que lo viera venir.

—Es una mala decisión, Kat. Si el tío Eddie estuviera aquí...

—El tío Eddie no está aquí. El tío Eddie no va a estar aquí —añadió ella; se le quebró la voz, pero Hale no lo oyó o no quiso oírlo.

—El tío Eddie te habría detenido.

Kat lo miró y vio la fría indiferencia de su expresión.

—Entonces, ¿eso es lo que vas a hacer? ¿Detenerme? —le preguntó.

Quería que Hale respondiera: «Claro que no». Sin embargo, la miró a los ojos y dijo:

—Debería hacerlo. —Después se acercó un poco y añadió—: Ese chico es...

—¿Qué, Hale? —le gritó ella—. ¿Qué es exactamente?

—No es parte de la familia.

—Sí, bueno... —repuso ella, suspirando—. Tú tampoco.

Katarina Bishop era una delincuente, pero nunca había llevado una pistola ni pegado un puñetazo. Hasta aquel momento no sabía qué se sentía al hacer daño a alguien y, en cuanto vio la expresión de Hale, quiso retirar sus palabras.

También deseó hacerle más daño todavía. Las dos cosas.

Así que volvió al interior, incapaz de llevar a cabo ninguna de las dos.

Capítulo 24

Gregory Reginald Wainwright todavía era relativamente nuevo en el Henley. Bueno, nueve meses habían sido más que suficientes para sacar sus efectos personales de las cajas y colocarlos en los estantes. En aquel tiempo había logrado aprenderse los nombres de casi todos los guardas y guías que trabajaban entre las diez de la mañana y las seis de la tarde. Sin embargo, la luna de miel, como suele decirse, casi había terminado para el nuevo director del Henley. La junta directiva no tardaría mucho en pedirle los informes trimestrales, y en preguntarle por la cantidad de donaciones, por los excesos de los presupuestos y, por supuesto, por un tal Visily Romani.

Eso era lo que tenía en la cabeza y lo que impedía que se concentrara en su periódico aquel viernes por la mañana. Quizá por eso no le importó que lo distrajese el zumbido del interfono de su escritorio.

—Señor Wainwright —dijo su ayudante—, hay un joven que desearía hablar con usted un momento.

El director gruñó. El Henley siempre estaba lleno de jóvenes, tanto chicos como chicas; en realidad era una forma educada de decir «niños». Derramaban refrescos en la cafetería y dejaban sus huellas en el cristal del atrio. Autobuses enteros de ellos llenaban su museo todos los días del curso escolar, abarrotaban las exposiciones, hablaban demasiado alto y empujaban al director al santuario de su despacho, con su té y su periódico.

—¿Señor Wainwright? —preguntó su secretaria en un tono de voz más apremiante—. ¿Dejo pasar al joven? No tiene cita, pero espera que tenga un momento para él.

Gregory Wainwright intentaba encontrar una respuesta (una excusa), pero, antes de poder afirmar que esperaba una visita urgente o una llamada importante, su secretaria añadió:

—Se llama W. W. Hale V.

—¿Es bueno? —preguntó Nick, calentándole la oreja a Kat con su aliento.

Estaban demasiado pegados, le parecía a ella, mientras observaban los vestíbulos del Henley que daban a una puerta sin marcar en la que dos pasillos llegaban a una intersección. Kat temía que alguien se diera cuenta, que alguien pensara algo. Pero Nick siguió detrás de ella, observando, mientras se abría la puerta del despacho del director, y un hombre un poco calvo, con barriga y aire de estar incómodo salía con un chico que era justo lo contrario en todos los aspectos.

Kat vio que Hale le sostenía la puerta al hombre con mucho teatro. Dudaba que nadie, salvo un profesional experimentado, notara el trocito de cinta adhesiva que había puesto en el pestillo, ni tampoco que se volvió rápidamente para mirarla.

Después, la chica suspiró y dijo:

—Sí, es bueno.

Aunque, en realidad, pensaba: «Sigue enfadado».

El director sacó una tarjetita del bolsillo interior de la chaqueta del traje y la pasó por un lector electrónico. Su gesto venía a decir que el Henley tenía un sistema de seguridad de última generación. El arte del museo era el arte más seguro del mundo, dijeran lo que dijeran los periódicos.

Sin embargo, por supuesto, no sabía lo de Hale y su cinta adhesiva.

Cuando volvió a meterse la tarjeta en el bolsillo, Kat se volvió hacia Nick.

—¿Lo tienes? —preguntó, y él asintió.

—Bolsillo interior izquierdo —respondió, y se echó adelante con una sonrisa tranquila—. Suerte que soy zurdo.

—La suerte, amigo mío, no tiene nada que ver con esto —dijo Gabrielle al pasar.

En su tono no había ni flirteo ni tonto; avanzó con aire profesional hasta el final del pasillo, se volvió y dijo:

—Seguidme, por favor.

Al instante, el pequeño auricular que Kat llevaba en la oreja se llenó de ruido. Sonaba como si una bandada de pájaros hubiera anidado en su cabeza, graznando y chillando, aunque en realidad se trataba de unos ciento cincuenta charlatanes escolares que seguían a Gabrielle por el pasillito.

El ruido era ensordecedor. Kat y Nick se pegaron a la pared para apartarse del camino de los niños, que iban con sus uniformes azul marino bien planchaditos.

—Sentimos las molestias —chillaba Gabrielle a los profesores que lideraban a la masa—. Hoy vamos a empezar todas las visitas por el jardín de las esculturas.

A través del auricular, por encima del rugido de los niños, Kat oyó a Hale charlar con el director sobre Londres, sobre la lluvia, sobre la eterna búsqueda de las patatas con pescado perfectas. Los guardas del final del pasillo estaban apretados contra la pared; habían olvidado sus labores por culpa del caos que Gabrielle llevaba consigo.

—Angus, Simon, vía libre —susurró Kat.

Los vigilantes no vieron que la puerta sin marcar se abría fácilmente. Los niños del grupo no se dieron cuenta de que dos chicos desconocidos aparecieron de repente entre ellos.

—Estamos dentro —dijo Angus al oído de Kat un segundo después.

Los niños siguieron caminando, moviéndose por los pasillos del Henley como una marea, pero, cuando Kat se volvió para irse, fue en dirección contraria. Al fin y al cabo, no era una niña normal.

Katarina Bishop no seguía a nadie.

—Por lo que he oído, sí que existió un Visily Romani.

—Limítate a vigilar la puerta, Hamish —le advirtió Kat.

—Estoy en ello, Kitty, no te preocupes. Pero, como te decía, ese tal Romani era el

mejor ladrón de su tierra, sí. Hasta que se cayó de una atalaya...

—Yo oí que se había ahogado —dijo Angus por el intercomunicador, interrumpiendo a su hermano.

—Estoy contándolo yo.

—¿Simon? —preguntó Kat mientras observaba los concurridos pasillos—. ¿Cuánto te queda?

—Quince minutos —respondió Simon.

—Pero Romani no murió de verdad, ¿sabéis? —siguió Hamish, impertérrito—. Bueno, técnicamente sí que murió, pero...

—Hamish, ¿estás vigilando la puerta o no? —soltó Gabrielle, uniéndose a la conversación mientras seguía a Hale y al estimado director del Henley manteniendo una distancia segura.

—Sí, cielo, no hay ni un alma. En fin, como decía, que murió, pero se reencarnó, ¿sabéis? Cada generación hay un Romani nuevo.

—No es así, Hamish —intentó aclarar Kat.

—Claro que no —dijo Angus, siempre haciendo de hermano mayor—. El Romani original se ahogó, y es cada dos generaciones.

—Chicos —les advirtió Kat, pero algo la calló: no pudo seguir regañando a los Bagshaw (apenas pudo hablar) cuando se dio cuenta de lo cerca que estaba Nick y la forma en que la miraba. Nadie la había mirado nunca así.

—Bueno, Nick, ¿llevas mucho tiempo viviendo en París? —preguntó, alejándose de la estatua que habían fingido admirar, contenta de tener algún sitio al que ir.

El chico se encogió de hombros y la siguió.

—Por temporadas —respondió, y Kat sintió una punzada de algo. ¿Irritación, quizá? Puede, aunque había algo más.

—Tu acento no es del todo británico, ¿verdad? —preguntó.

—Mi padre era estadounidense, pero mi madre es inglesa.

—¿Y no estará preguntándose dónde estás?

Nick examinó la inmaculada colección de estatuas del Henley y sacudió la cabeza.

—Tengo unos cuantos días.

—No necesitamos más —respondió ella.

Nick se paró a media zancada y sonrió.

—Bueno, pues es lo que tendrá, señorita Bishop.

Sus palabras la sorprendieron, o quizá no fueron las palabras, sino la forma de decirlas. Lo observó e intentó analizarlo desde todos los ángulos.

—Bueno —dijo el chico, sin perder aquella misteriosa sonrisa, y siguió caminando como un turista más, un chico más—, no creerías que no iba a investigarte, ¿verdad? ¿Pensabas que no descubriría que eres la famosa Katarina Bishop?

—¿Y cómo exactamente me has investigado? —preguntó ella, ruborizándose,

aunque sin saber bien por qué.

—Que trabaje solo no quiere decir que no tenga mis recursos. Pero los rumores dicen que habías abandonado la profesión.

—No soy... —empezó a decir Kat, pero sacudió la cabeza y volvió a empezar con más fuerza—. La he abandonado.

Y allí estaba ella, en el majestuoso paseo del Henley, entre la muchedumbre que empezaba a dispersarse para distribuirse por las muchas exposiciones del museo. Al pasar junto a la sala del Renacimiento, Kat se dio cuenta de que ya no estaba vacía: los turistas se habían agrupado frente a la última obra de arte de Da Vinci, como si el mundo volviera a su sitio.

—Y aquí tenemos el *Ángel de regreso al Cielo*, de Leonardo da Vinci —decía un guía a tres metros de ella—. Veronica Henley en persona lo compró en 1946, y se considera una de las obras de arte más valiosas del mundo..., la más valiosa, según la señora Henley. Cuando los periodistas le preguntaron poco antes de morir qué obra preferiría tener en su colección, el *Ángel* o la *Mona Lisa*, la señora Henley respondió: «Que el Louvre se quede con la dama de Leonardo; yo tengo su ángel».

El grupo de visitantes siguió adelante y Kat se acercó al Da Vinci.

—¿Te tienta? —le pregunto Nick.

¿Que si era bonito? Sí. ¿Que si era valioso? Una barbaridad. Sin embargo, mientras miraba uno de los cuadros más importantes del mundo, Kat no pudo más que maravillarse de lo poco tentada que se sentía.

Y no porque fuera un objetivo casi imposible, ni porque fuera prácticamente imposible revenderlo, incluso en el mercado negro.

No era por ninguna de las razones que tendría un buen ladrón. Kat se dio cuenta de que sus razones eran las de una buena persona (o quizá eso esperaba).

—Has tenido otros trabajos gordos antes de éste, ¿verdad? —le preguntó Nick.

—«Gordo» es un término muy relativo.

—Pero tu padre y tú hicisteis lo del Tokyo Exchange Center el año pasado, ¿no? —insistió; Kat sonrió, aunque sin contestar—. El trabajo de la embajada de París, el...

—¿Cuál es la pregunta, Nick?

—¿Por qué el trabajo del Colgan? —preguntó él al cabo de un rato, después de sacudir la cabeza.

—No era un trabajo, era más como una... vida —respondió Kat; como Nick la miró sin comprender, añadió—: Una forma de expandir mis horizontes educativos.

—¿Qué va a aprender una persona como tú en un sitio como ése? —preguntó él, entre risas—. Esos críos no son más que... críos.

—Sí, ésa era la idea.

—Verá, señor Hale, ésta es el ala en la que se guardaría su Monet —decía Gregory

Wainwright extendiendo los brazos, como si toda la pared estuviera a su disposición.

Obviamente, Hale ya había visto antes el gesto. Quizá fuera justo aquel gesto lo que hacía que le gustara tanto llevarse cosas ajenas.

—Hemos alojado las obras más importantes de algunas de las familias más importantes del mundo —siguió diciendo el director mientras Hale se volvía para examinar con aire aburrido el maravilloso espacio; rezumaba indiferencia.

Era casi demasiado fácil, ya que, al fin y al cabo, había nacido para representar aquel papel. Sin embargo, el director miró su reloj y dijo:

—Oh, pero mire qué hora es.

Y Hale notó que el hombre perdía interés.

—Dígame, señor... Worthington —comentó Hale, señalando un Manet muy bonito—, ¿qué garantías tengo de que mi cuadro no sufriría daño alguno?

El director se rió entre dientes al volverse para mirarlo.

—Estamos en el Henley, joven. Sólo usamos las medidas de protección más avanzadas...

—¿Guías o guardas en la sala en todo momento durante el horario de apertura del edificio?

—Sí.

—¿Protocolos de protección de la Federación Internacional de Museos? —preguntó mientras el hombre se dirigía a la entrada—. ¿Categoría oro?

—Categoría platino —repuso el director, que parecía sentirse insultado.

—¿Etiquetas magnéticas conectadas a sensores en todas las posibles entradas?

—Por supuesto —respondió el director, parándose.

Por primera vez desde que había conocido al joven, Gregory Wainwright se atrevió a mirarlo como si no fuera más que otro molesto adolescente.

—De hecho, hablando de protección, me temo que tengo una reunión urgente a las diez con nuestro jefe de seguridad.

A través del auricular, Hale oyó a Kat preguntar lo que de verdad quería saber:

—¿Estás listo para tener compañía, Simon?

—Cinco minutos —respondió Simon desde su puesto, a un ala de distancia.

El director siguió hablando:

—Puedo asegurarle que nuestro departamento de adquisiciones está acostumbrado a adaptarse a casi cualquier petición, así que, si está listo para empezar con el papeleo, quizá debamos...

—Oh, no estoy aquí para empezar con el papeleo —repuso Hale, poniéndose delante de su interlocutor para impedirle el paso, mientras contemplaba un Pissarro y ponía cara de pensar que aquellas obras quedarían mucho mejor en su casa; y lo pensaba de verdad.

El director del museo se rió, incómodo.

—Lo siento, señor. Creía que deseaba colocar el Monet de su familia en una exposición temporal del Henley.

—No —respondió Hale sin más, deteniéndolo de nuevo, aunque sólo por un momento—. No quiero colocar el Monet de mi familia en el Henley.

—Lo siento, señor Hale, me temo que estoy desconcertado. Ha venido porque...

—He venido por una mujer —respondió Hale, mirando hacia el pasillo en el que Kat y Nick esperaban, con la boca abierta, a seis metros de él; Gregory Wainwright siguió asintiendo con la cabeza, esperando a que el joven multimillonario terminara de hablar—. Estoy aquí por ella.

Es probable que la mayoría de los empresarios de mediana edad se hubieran largado ante semejante afirmación de un chico tan poco común, pero Gregory Wainwright estaba acostumbrado a las rarezas de los ricos, así que asintió. Después sonrió y preguntó:

—¿Una mujer, dice?

—Sí —respondió Hale, y Kat se dio cuenta de que Hale se estaba convirtiendo en un topo bastante bueno.

Cuando se ceñía al guión, claro. Por desgracia para todos, Hale nunca se ceñía al guión; peor aún, Gregory Wainwright había empezado a caminar, obligando a Hale a seguirlo.

—Verá, Greg, mi madre está pasando por una fase felina. *Binky* es un gato persa —dijo Hale sin más, como si eso lo explicara todo—. *Binky* tiene la mala costumbre de dejar pelos por todos los muebles del salón, ¿sabe?

El director asintió como si lo entendiera perfectamente.

—Por eso hemos tenido que comprar muebles nuevos que, por desgracia, no van con el Monet.

Kat contempló por un momento aquel mundo en el que alguien podía cansarse de un Monet porque no pegaba con el sofá.

Sin embargo, lo más raro de todo era que para Gregory Wainwright (y para el mismo Hale), la historia no resultaba extraña. Kat pensó en la habitación y la casa vacías de la madre de Hale, en todas las cosas valiosas de su vida que la mujer nunca echaba de menos.

—Es bueno —dijo Nick, mirando a Kat, que no pudo evitar sonreír—. ¿Cuánto tiempo lleváis juntos? —preguntó el chico, y, de repente, Kat dejó de sonreír.

—No estamos juntos —soltó, aunque se arrepintió al instante; tenía que haber dicho algo coqueto e inteligente, pero era demasiado tarde. Ahora parecía una niña tonta y una mala mentirosa, dos cosas que nunca antes había sido.

—Es decir, ¿cuánto tiempo lleváis trabajando juntos? —se corrigió Nick; después sonrió con guasa—. Pero también es bueno saber lo otro.

Antes de poder analizar la afirmación, oyeron el eco de unas pisadas que se dirigían al despacho del director.

—¿Simon? —preguntó Kat, pero, antes de que el chico pudiera terminar su

respuesta («¡Sólo un minuto!»), pasó algo que a Kat nunca le había pasado en un trabajo de ningún tipo.

El director y Hale se acercaban a toda prisa, y, para sorpresa de Kat, Nick también.

—Hay que entretenerlos —susurró la chica, y empezó a volverse para pensar, para hacer algo.

Sin embargo, Nick la agarró del brazo rápidamente y se pegó a ella mientras respondía:

—Vale.

Antes de que se le ocurriera alguna táctica de distracción, Nick la abrazó y la besó en medio del pasillo del Henley.

Justo delante de Gregory Wainwright y Hale.

Fue consciente, vagamente, de que los dos se paraban de golpe antes de girar la esquina y pillar a Simon. Estaba segura de haber oído al director mascullar algo que sonaba como: «Hay niños besándose en mis salas...».

A través del auricular oyó que Angus decía:

—Vía libre.

Pero la voz que más deseaba escuchar era la de Hale.

Se apartó de Nick justo cuando Hale decía, en tono completamente distendido e imperturbable:

—A decir verdad, señor Wainwright, antes de llegar a un acuerdo, me gustaría oírlo decir que no tengo nada que temer de ese tal... —dijo, chasqueando los dedos como si intentara recordar el nombre— Visily Romani.

Capítulo 25

A pesar de los rumores que decían lo contrario, la señora de W. W. Hale III no había añadido un gran solárium a la propiedad inglesa de la familia Hale porque estuviera de moda en aquel momento, ni para no quedarse atrás con respecto a la señora de Winthrop Covington II, que había construido un anexo similar en su mansión a cinco kilómetros de distancia. No, la abuela de Hale había ordenado la construcción de aquella sala por dos razones: una, que odiaba pasar frío; y dos, que adoraba el enorme vestíbulo acristalado del Henley.

Mientras Kat tomaba sopa y sándwiches en el espacio de cristal aquella noche, analizando con los demás lo que habían averiguado, se preguntó si era la única a la que impresionaba la ironía del asunto. Seguramente no.

—¿Cómo va, Simon? —preguntó Gabrielle.

Simon, completamente embelesado por los aparatitos electrónicos y cables que cubrían la mesa, tardó un momento en contestar:

—Tenemos ojos.

Después movió el ordenador y allí, en color y en un ángulo poco favorecedor, estaba Gregory Wainwright.

—¿Señor Wainwright? —se oyó decir a una voz femenina, y Simon esbozó una amplia sonrisa.

—Y también oídos —añadió.

—Buen trabajo, Simon —dijo Gabrielle, dándole un beso en la mejilla.

—Yo ayudé —le recordó Hamish, acercando la mejilla, pero Gabrielle no se sentía tan generosa.

—¿Señor Wainwright? —insistió la voz de la secretaria a través del intercomunicador, y el hombre que tenían en pantalla se movió. Bueno, en realidad dio un bote.

—Estaba durmiendo —comentó Gabrielle, entre risas.

—Bueno, ¿qué necesitamos saber de él, Hale? —preguntó Kat—. Aparte de que le gusta echarse siestas en su despacho.

—Es un ejecutivo. Le preocupan las típicas cosas de los ejecutivos —respondió Hale, que era un experto en el tema—: donaciones, beneficios... —Hizo tal pausa que incluso los Bagshaw le prestaron atención—. Publicidad.

Tres de las paredes que los rodeaban eran de cristal. Había plantas muy bien cuidadas por todas partes, y Kat sintió el subidón del exceso de oxígeno y posibilidades.

—Nuestro amigo Romani le ha hecho la vida muy, muy difícil al señor Wainwright —dijo Hale, sonriendo; después se reclinó en su silla de hierro forjado, que debía de ser tan vieja como la cúpula de cristal que los rodeaba—. La historia oficial es lo que ya habíamos oído: una broma, un error de los conserjes... Lo de

siempre.

—¿Y la extraoficial? —preguntó Angus.

—Que el Henley está embrujado —respondió Hale.

En pantalla, la secretaria estaba entrando en el despacho. Llevaba un cuaderno de papel y comentaba algo sobre un acontecimiento benéfico formal, una caldera rota, un nuevo registro de asistencia y la evaluación anual del sistema contra incendios del edificio. Durante todo ese tiempo, Gregory Wainwright se limitó a asentir, impaciente, deseando volver a su siesta.

—Asustados... —dijo Kat.

Se levantó. Le sentaba bien estirarse y, mientras caminaba, se preguntó cómo robaría su padre el Henley. O el tío Eddie. Y, finalmente, su madre. Sin embargo, sólo había un ladrón que hubiera hecho lo que ellos intentaban hacer, así que, al final, Kat intentó pensar como Visily Romani.

—Nos estamos complicando demasiado —dijo, más para ella que para los demás—. No estamos robando el Henley, estamos robando en el Henley —afirmó, y empezó a pasearse dando grandes zancadas—. Están asustados —dijo, y se detuvo para volverse hacia Hale—. ¿Verdad?

El chico asintió lentamente y se inclinó hacia delante, con los codos en las rodillas; algo en su gesto le recordó a su padre. Después, Kat señaló los planos.

—Pues vamos a darles una razón para estar aterrados.

Impresionados, todos guardaron silencio; cinco de los mejores ladrones jóvenes de todos los tiempos se quedaron mirándola y mascullaron:

—El oso ahumado.

—Podría funcionar —dijo Simon, asintiendo.

—Funcionará —añadió Gabrielle.

Angus incluso levantó la mano, como si Kat fuera una profesora.

—Sí, bueno, eso no nos aclara cómo vamos a sacar cinco cuadros del museo más seguro del mundo...

—Aunque los cuadros no sean suyos —puntualizó de nuevo Hamish.

—Sin llamar la atención —concluyó su hermano.

Kat se acercó a la ventana e intentó escudriñar la noche, pero el cristal se había convertido en un espejo en la oscuridad. Se quedó mirando sus reflejos y los examinó a todos uno a uno.

—Pues habrá que llamar la atención.

Habría sido erróneo decir que montaron una fiesta; más que una celebración, era una excusa para desahogarse. Sin embargo, cuando Hamish encontró un viejo tocadiscos y una colección de discos de *ragtime* en la esquina del solárium, no cabe duda de que la música cambió las cosas.

Quizá fuera el sonido rasposo de las trompetas que hacían vibrar los cristales,

quizá los embriagaba la posibilidad (o puede que la ilusión) de que la idea pudiera funcionar de verdad. Pero, al final, Simon pidió a Gabrielle que bailara con él y, para sorpresa de todos, demostró hacerlo bien. Angus retó a Hamish a mantener en equilibrio un bate de críquet en la barbilla durante dos minutos (cosa que logró).

Y, mientras tanto, Kat se quedó sentada en una vieja *chaise-longue* observando la fiesta. Hale se sentó al otro lado del cuarto, observándola a ella.

—Entonces, ¿odia a todo el mundo o debo sentirme especial?

Kat no necesitaba volverse para saber que era Nick. Lo veía de pie junto a su hombro, reflejado en el cristal. El chico pasó una pierna por encima de la *chaise-longue* y se dejó caer en el cojín, a su lado. De repente, Kat se sintió demasiado visible, le daba la sensación de que había poco sillón para tanto cuerpo.

Hale apartó la vista.

—No respondiste mi pregunta, ¿sabes? —dijo Nick, dándole un trago a su bebida—. La de esta tarde —añadió, y señaló a Hale con la cabeza—. ¿Cuánto tiempo lleváis... juntos?

Kat se sentó sobre las piernas para apartarlas de él.

—Bueno, bastante —respondió, y, por razones que nunca entendería, no pudo evitar sonreír al recordarlo.

Hay historias que los ladrones no cuentan, sobre todo secretos del oficio, historias comprometedoras o errores vergonzosos. La historia de Kat y Hale no era ninguna de aquellas cosas, pero, aun así, nunca la había contado en voz alta; en aquel momento se preguntó por qué. Examinó a su amigo y él le devolvió la sonrisa de un modo que daba a entender que, a pesar de la música y la distancia, había logrado oírlo, que estaba pensando lo mismo que ella.

Hamish había agarrado con el brazo derecho la cintura de Angus, y los dos pasaron junto a ellos bailando un tango.

—Yo sigo votando por el tío Felix —decía Hamish.

—¿Es que el hombre de la grabación estaba cojo? —repuso Angus, que tenía la mejilla pegada a la de su hermano.

—¿El tío Felix tiene mal la pierna? —preguntó Kat, y Hamish se estremeció.

—Caimanes —dijo, deteniéndose a media zancada—. Los puñeteros son más rápidos de lo que parece.

Los Bagshaw la estudiaron.

—Sonríe, Kat —le pidió Angus—. Es un buen plan. El tío Eddie no lo habría hecho mejor.

—Por el tío Eddie —brindó Hamish, alzando una copa imaginaria.

Todos brindaron, salvo el chico que estaba al lado de Kat.

—¿Quién es el tío Eddie?

Quizá fueran imaginaciones suyas, pero Kat habría jurado que la aguja del tocadiscos dio un brinco. Todos dejaron de bailar durante un segundo.

Mientras el equipo miraba a Nick, Hale esbozó una sonrisa de suficiencia, como

si la retara a intentar describir lo imposible.

—El tío Eddie es... mi tío —empezó Kat, como empiezan todos los artistas del timo, con un poquito de verdad.

—Nuestro tío —la corrigió Gabrielle.

—Sí, Gabrielle. El tío Eddie es el hermano de nuestro abuelo. Es nuestro tío abuelo —aclaró, señalando a su prima—. De sangre.

—Eso, restriéganoslo, Kat —protestó Angus medio en broma, mientras su hermano y él seguían bailando (aunque Kat no sabía quién llevaba a quién).

—Los Bagshaw son como... —intentó explicar Kat.

—Nuestro abuelo trabajaba con Eddie incluso antes de mudarse a Nueva York —explicó Angus.

—¿Alguna vez has oído hablar del robo de la dublinesa? —preguntó Hamish, asombrado—. ¿Y de la vez que alguien pidió un rescate por el perrito que la reina Isabel iba a cruzar con todos sus otros perros?

—¿Y que después le devolvieron el perro que no era? —añadió su hermano, pero Nick sacudió la cabeza.

Los hermanos se encogieron de hombros como si Nick no tuviera remedio y siguieron con su tango. Nick, imperturbable, se volvió hacia Simon.

—¿Y tú? ¿Por qué conoces a ese tal tío Eddie?

—Mi padre tuvo cierta escasez de efectivo cuando estaba en el MIT —respondió Simon, frotándose las manos—, así conoció...

—A mi abuelo —intervino Gabrielle mientras agarraba las manos de Simon y lo ponía en pie.

—A nuestro abuelo —la corrigió Kat; Simon intentó inclinar a Gabrielle en pleno baile, pero falló.

—Que era el hermano de Eddie —dijo Simon, ayudando a levantar a la chica que, por segunda vez en tres días, estaba despatarrada en el duro suelo.

—Podemos hacerte un esquema, si quieres —comentó Hale, sonriendo un poco.

—No, gracias —repuso Nick—. Creo que ya tengo a todos ubicados, menos a ti.

—Oh, eso es fácil —contestó Hale, con la misma sonrisa de suficiencia de antes; Kat no se movía ni bailaba, pero el corazón se le iba a salir del pecho cuando vio que Hale se recostaba y decía—: Dio la casualidad de que estaba en casa la noche que Kat vino a robar un Monet.

Capítulo 26

Hale la encontró en el jardín, contemplando una estatua de Prometeo que W. W. Hale I había comprado en Grecia para trasplantarla en Wyndham Manor en algún momento antes de la Primera Guerra Mundial.

—Yo de ti, no intentaría robarla —dijo detrás de ella, pero Kat no se volvió.

—Sería difícil con tanto peso.

Por el rabillo del ojo vio que Hale se ponía a su lado, se metía las manos en los bolsillos y miraba arriba.

—Necesitarías una grúa. Las grúas hacen ruido.

—Y son grandes.

—Y dejan unas huellas muy desagradables en los jardines —añadió Hale, y Kat casi pudo sentirlo sonreír—. Y en las plazas de los colegios.

De nuevo, Kat quiso preguntarle por el Colgan, el Porsche y cómo lo había hecho, pero los buenos ladrones saben que sólo importa el siguiente trabajo, así que guardó silencio entre los rosales, las fuentes y los arbustos de perfecta poda que formaban aquellos doce mil metros cuadrados de laberinto. Estaba justo en el centro, nada sorprendida de que Hale la hubiera encontrado.

—Robó el fuego a los dioses —dijo la chica sin más, señalando la estatua.

—El Visily Romani de su época —repuso Hale, suspirando.

En comparación, ni siquiera Arturo Taccone parecía tanta amenaza. Habían subido la música, de modo que la oyeron a través del cristal y la noche. En el interior, alguien reía. Katarina Bishop estaba con Hale en el frío exterior, contemplando cómo el aliento de su amigo formaba nubes de vaho.

La mano de Hale encontró la suya. La del chico era grande y caliente, aunque ella tenía los dedos helados. Era como si todo fuera como tenía que ser. Entonces, con la misma velocidad, la mano desapareció y Kat se quedó con un papel frío y arrugado.

—Por cierto, he encontrado esto —dijo Hale, y examinó su cara mientras ella miraba el sobre de manila que pretendía no volver a ver jamás.

—¿Cómo has...?

—¿Debajo de la alfombra de tu dormitorio, Kat? ¿En serio? —repuso él, entre risas—. Para ser tan buena ladrona, tus escondites dan pena.

Kat no abrió el sobre, ya sabía perfectamente lo que había dentro.

—La mía es especialmente buena —dijo Hale, volviendo la cabeza—. Me han sacado el perfil bueno.

—No sabía que tuvieras uno.

—Oh, yo creo que sí lo sabías —contestó él, acercándose, sonriente—. Un poquito —añadió, casi pegado a ella.

—Hale...

—¿Ayudaría a tu padre si mato a Taccone? —preguntó Hale, y Kat estaba demasiado cansada para averiguar si lo decía de broma—. Marcus lo haría —añadió

—. Siempre le he dicho que sus obligaciones laborales estaban sujetas a revisión en cualquier momento. O Gabrielle. Tiene una lima de uñas... que es como una navaja.

—¿Y has visto muchas navajas en Martha's Vineyard?

—Oye, a los del club náutico les encanta la juerga.

Tenía gracia. Hale tenía gracia y Kat quería reírse. Intentó obligarse a hacerlo, a reír, a bailar, a ser la chica que había intentado ser (sin éxito) en el Colgan.

Sin embargo, se apartó del amable, divertido y guapo chico que la había seguido hasta allí y que, de algún modo, llevaba la música consigo.

—¿Por qué haces esto, Hale?

—¿El qué? —repuso él, todavía demasiado cerca.

—Podrías hacer cualquier cosa —insistió ella en un susurro, bajando la vista, deseando que él la oyera, pero que no la viera—. ¿Por qué haces esto?

—Siempre he querido intentarlo con el Henley.

—¿No puedes hablar en serio un momento?

—Baila conmigo.

—¿Qué? —preguntó ella, pero él ya le estaba rodeando la cintura con los brazos, ya se había pegado a ella.

—Que bailes. Venga, puedes hacerlo. Es como atravesar una sala llena de sensores láser, requiere ritmo —dijo Hale, y empezó a mover las caderas al son de la música—. Y paciencia —añadió, haciéndola girar lentamente para después recogerla de nuevo—. Y sólo es divertido si confías en tu compañero.

La inclinó con tanto cuidado que Kat ni siquiera supo qué pasaba hasta que vio el mundo del revés y tuvo la cara de su amigo a pocos centímetros de la suya.

—Cuenta conmigo, Kat —dijo el chico, apretándola con más fuerza—. Cuenta conmigo siempre.

Después de aquello, Wyndham Manor disfrutó de unas horas de paz.

Marcus y Nick desaparecieron dentro de sus dormitorios de la tercera planta. Los Bagshaw se durmieron en el solárium mientras el tocadiscos sonaba y la fiesta seguía en sus sueños. Gabrielle se arregló las uñas y, por no perder la práctica, le robó la cartera a Simon (dos veces) antes de subir las escaleras y meterse en la cama.

Sólo a dos miembros del grupo les costó conciliar el sueño.

Kat se sentó a los pies de las escaleras un buen rato, mirando las fotos y pensando en lo que estaba en juego.

El tío Eddie estaba en su banco favorito. Gabrielle seguía siendo más guapa de lo normal. Y Hale tenía razón, había que reconocerlo: en la foto de Taccone salía su mejor perfil.

Sin embargo, la que más rato contempló fue la foto de su padre. Examinó la familiar plaza y la gente de la multitud. Amelia Bennett estaba allí, en el fondo, y, por algún motivo, eso aliviaba a Kat. La ayudaba a recordar que otra persona vigilaba a

su padre, aunque ella no pudiera. Pero, entonces, Kat vio a alguien más.

Resistió el impulso de soltar una palabrota o de sentirse como una idiota. Permaneció sentada tranquilamente y dijo:

—Vaya, hombre.

Hale era el único que seguía despierto, aparte de ella. Se había metido en la despensa y había cerrado la puerta. De pie entre las latas de salsa de tomate y los sacos de harina, sacó su móvil y marcó un número.

—Tío Eddie —dijo lentamente; después respiró hondo—. Creo que necesito tu ayuda. ¿A quién conocemos en París?

3 Días para que acabe el plazo

**Wyndham Manor
(INGLATERRA)**

Capítulo 27

Kat oyó la música en sueños. Allí, lejos del jardín, rebotando en las paredes de cristal y los suelos de baldosas, era más alta. Buscó a Hale, pero no estaba, se había perdido entre la multitud del Henley. Kat estiró el cuello para buscarlo, pero el sol que entraba en el cuarto era demasiado brillante y la música resultaba demasiado alta. A pesar de todo, nadie bailaba.

—¡Hale! —gritó—. ¡Gabrielle!

Algo iba mal, lo sabía, pero era demasiado tarde para detenerlo..., para detener... algo.

—¡Hale! —gritó de nuevo, aunque el nombre quedó ahogado en el sonido que recorrió el atrio; un rugido como el de un trueno, seguido de un relámpago de luz. En el exterior sólo había sol, nada de nubes ni de tormenta. Sin embargo, dentro estaba lloviendo. Se formó una nube oscura que tapaba la luz, y la gente corría, lloraba y gritaba. Kat se quedó bajo el chaparrón y, al apartarse la gente, se quedó mirando a una mujer que había cerca de la entrada, vestida con un abrigo y unos zapatos de charol rojos; la mujer le devolvió la mirada.

—¿Mamá? —dijo Kat, aunque a penas se la oía por culpa de las sirenas de la policía y las potentes alarmas del museo—. ¡Mamá! —chilló de nuevo.

Se abrió paso entre el mar de cuerpos y siguió a la mujer al exterior.

En un segundo, el sol desapareció; había caído la noche. La lluvia empezaba a congelarse y el abrigo rojo de su madre destacaba contra la manta blanca de nieve que cubría las calles de la ciudad.

—¡Mamá! —la llamó Kat, pero la mujer no se volvió—. ¡Mamá, espérame!

Kat corrió más deprisa, intentando no caerse, pero la nieve era demasiado profunda y las manos se le enfriaban. A lo lejos, las alarmas seguían sonando.

«Debería esconderme —pensó—. Debería correr».

En vez de hacerlo, siguió las huellas de la mujer, y buscó la puerta roja y el abrigo rojo.

—¡Mamá! —gritó; la nieve caía con más fuerza y cubría las huellas—. ¡Mamá, vuelve!

Los copos de nieve se le pegaban a las pestañas y le bajaban por la cara como lágrimas, mientras las sirenas sonaban cada vez con más fuerza, más cerca, sacando a Kat de un sueño del que no quería marcharse. Alargó las manos como si hubiera alguna forma de aferrarse a la nieve, a la noche. Sin embargo, el ruido era demasiado fuerte, así que abrió los ojos..., y supo que su madre se había ido y que no podía seguirla.

Apagó el despertador de la mesita de noche y cerró los ojos con la esperanza de que el sueño no se hubiera ido del todo. Sin embargo, la habitación ya estaba bañada en los poco frecuentes rayos de luz británicos; notaba el peso y el calor del edredón en el que estaba envuelta, sobre la cama blandita. Pensó en la mujer del abrigo rojo y

supo por qué no la había esperado: las hijas no pueden seguir a sus madres hasta algunos sitios.

Así que Kat se puso boca arriba, miró el recargado techo, suspiró y dijo:

—Fase tres.

Cuando por fin bajó las escaleras, Marcus estaba en posición de firmes junto a las puertas abiertas del patio con una bandeja de tostadas en una mano y un *walkie-talkie* en la otra. Simon estaba sentado en el centro de una larga mesa, rodeado de ordenadores portátiles y cables, aunque el que llamó la atención de Kat fue Nick, que presidía la mesa con Hale y Gabrielle a ambos lados.

—Nunca hagas una pregunta si la respuesta es no —le dijo Hale al chico.

—Nunca abandones tu personaje, ni siquiera por un segundo —añadió Gabrielle.

—Controla siempre la conversación —dijo Hale.

—Tu objetivo siempre debe creer que controla la conversación —repuso Gabrielle.

Kat conocía el discurso, ella también lo había dado.

—Y nunca jamás... —empezó a decir Hale, pero Nick se había vuelto hacia Kat, sonriente.

—Buenos días —la saludó; parecía sentirse como en su casa—. A alguien le ha sentado muy bien su sueño reparador, por lo que se ve.

—Pues no ha reparado gran cosa —comentó Gabrielle con una sonrisa, observando el pelo de punta y el pijama arrugado de Kat—. Sin ánimo de ofender.

Antes de que su prima pudiera responder, unas espirales de humo negro aparecieron detrás de los largos muros de piedra que recorrían los campos a lo lejos, y una voz rasposa salió de la mano de Marcus.

—¿Qué tal ha estado? —preguntó Angus, demasiado satisfecho de sí mismo.

Gabrielle movió el pulgar hacia arriba, así que Marcus apretó el botón para hablar del *walkie-talkie* y respondió:

—Más grande.

—¿No tienes vecinos? —preguntó Nick a Hale.

En vez de hacerle caso, Hale se inclinó hacia Kat y le comentó:

—No está listo, debería hacerlo yo.

—Wainwright conoce tu voz.

—Puedo poner acento.

—¿Como en Hong Kong? —repuso ella, sonriendo.

—Esta vez puedo ponerlo mejor —dijo Hale, dejando escapar un suspiro.

—No —respondió Kat, que no tenía ganas de discutir.

—Gracias por el voto de confianza, querida —dijo Nick con su perfecto acento de londinense nativo.

Kat vio que Hale iba a decir algo para romper el nuevo *status quo*, pero Simon

movió un enorme portátil para que lo vieran y anunció:

—Empieza el espectáculo.

Por la imagen de la pantalla, quedaba claro que a Gregory Wainwright no le gustaban las mañanas.

Llevaba la corbata demasiado torcida para un hombre de su posición, el traje arrugado y, mientras arrastraba los pies hacia el escritorio, parecía un hombre que sólo deseaba poder volver a su cama.

Hale miró a Nick y le preguntó:

—¿Seguro que estás preparado, novato?

—Oh —respondió Nick, entre risas—, gracias por tu preocupación, pero creo que me las apañaré.

—Ya, bueno, puede que apañárselas sea suficiente cuando haces timos rápidos y trabajos callejeros, pero esto es...

El *walkie-talkie* volvió a cobrar vida.

—Perdone, señorita —dijo Marcus un segundo después—. Los caballeros quieren saber si... —Hizo una pausa para aclararse la garganta—. Si ese petardazo ha sido tan absolutamente genial como les ha parecido a ellos.

Kat no había oído nada, salvo el sonido de la guerra silenciosa que se libraba ante ella, así que tuvo que ser Gabrielle la que se acercara al mayordomo para responder:

—Más humo, menos petardazo.

Marcus transmitió el mensaje solicitado.

—Chicos —les advirtió Simon, bajando el sonido mientras señalaba al hombre de la pantalla, que estaba hablando con su ayudante—. Empieza el espectáculo —repitió, aunque Nick y Hale siguieron mirándose a los ojos, como si no se dieran cuenta o no les importara.

A lo lejos, Angus perseguía a Hamish por los campos cubiertos de rocío hacia la espiral de humo, y Kat susurró:

—Dos niños corriendo...

Hale levantó la mirada; al parecer, sólo la había oído él. Sin más, le pasó el teléfono a Nick y dijo:

—Haz la llamada.

Vieron cómo Wainwright respondía al teléfono y oyeron a Nick decir:

—Sí, señor Wainwright, soy Edward Wallace, de Binder & Sloan, y lo llamaba para asegurarle personalmente que el desagradable asunto de la caldera modelo Windsor Elite no es tan malo como lo pintan. De hecho, el jefe de bomberos nos ha asegurado que...

Vieron a Wainwright hablar en pantalla, pero sólo Nick lo oía.

—Vaya —dijo el chico, guiñándole un ojo a Kat—, pues sí que es alarmante. Bueno, no se preocupe, señor Wainwright, le diré lo que le dije esta mañana al ayuda de cámara de Su Majestad: en Binder & Sloan nos encargamos de la seguridad y la comodidad de algunos de los edificios más queridos del Reino Unido, así que no

descansaremos hasta haber reparado todas las calderas defectuosas.

Wainwright se levantó para examinar las rejillas de ventilación del suelo de su despacho, como si esperase ver saltar las llamas de un momento a otro.

—Sí, señor —dijo Nick—. Veamos, mandaré a un equipo a hacer las reparaciones dentro de dos semanas a partir del próximo martes... ¿Antes? Claro que sí, señor. Es prioritario, sí, señor, por supuesto. Sí. Pues a primera hora del lunes, sí.

Volvieron a oír la estática del *walkie-talkie*, y Marcus dijo:

—Perdone, señorita, pero los jóvenes caballeros dicen que no pueden hacer humo sin el petardazo, y que les gustaría saber cómo lo haría usted.

Pero la mente de Kat seguía perdida en un sueño, embotada de humo y fuego.

—Perdone —susurró Marcus—, señorita, los caballeros...

—Son unos idiotas —dijo Gabrielle, quitándole el *walkie*; Kat vio que su prima salía hecha una furia del cuarto mientras susurraba—: ¿Es que tengo que hacerlo yo todo?

Kat, Hale y Nick la vieron marchar. Otro rugido sonó a lo lejos mientras Kat miraba a Hale a los ojos y susurraba:

—Más grande.

Capítulo 28

A veces, Katarina Bishop no podía evitar preguntarse si habría sido víctima de algún colosal error genético. Al fin y al cabo, casi siempre prefería el negro al rosa, los zapatos planos a los tacones y, mientras permanecía inmóvil sobre una de las sillas tapizadas en seda del vestidor de la tatarabuela de Hale, en lo único en que podía pensar era en que quizá ni siquiera fuera una chica..., al menos, comparada con Gabrielle.

Miró a su prima, que estaba de rodillas al lado de la silla, con un alfilerero en una mano y un móvil en la otra.

—Claro que quiero ir a tu fiesta de compromiso —decía Gabrielle, suspirando, por el teléfono—. Son divertidas, pero ya sabes cómo está Suiza en esta época del año —añadió, mirando a su prima—. No, madre, no he visto a Kat desde hace siglos, ya sabes que no estamos muy unidas.

Gabrielle guiñó un ojo.

—Está demasiado corta —susurró Kat justo cuando Gabrielle movía los labios para decir en silencio:

—Me parece que está demasiado larga.

—Claro, creo que deberías llamar al tío Eddie —dijo Gabrielle por teléfono, aunque miraba a su prima directamente a los ojos—. Está claro que el que haya vendido al padre de Kat debería pagarlo.

Kat la miró, y Gabrielle hizo un gesto y le pidió en silencio que se volviera.

La chica hizo lo que le pedía y notó cómo su prima seguía subiendo el dobladillo, aunque no protestó. Al fin y al cabo, Kat era una acróbata, conductora e infiltrada nata, mientras que Gabrielle era una chica nata. Así que se quedó quieta encima de la silla, mirando por las ventanas en saliente, y contemplando el jardín y la estatua, mientras intentaba recordar qué partes de la noche anterior habían sido un sueño.

—Entonces... —dijo Gabrielle lentamente; había colgado el móvil y la falda estaba casi terminada—. ¿Dónde os metisteis Hale y tú anoche? —preguntó, sin poder disimular su emoción.

—En ninguna parte.

—Vuélvete —le ordenó; Kat se movió medio paso, pero sin dejar de mirar el jardín—. A ver, ayúdame a hacer memoria: ¿siempre se te ha dado tan mal mentir?

—Probablemente —respondió Kat, suspirando.

A pesar de tener un alfiler cogido entre los dientes, Gabrielle consiguió asentir y responder:

—Eso me parecía a mí.

Después agarró el borde de la falda y gritó:

—¡Ay!

Kat miró a tiempo de verla sacarse del dedo un alfiler olvidado.

—No tienes por qué hacer esto, ¿sabes? —dijo Kat—. Marcus está preparando los

disfraces.

—La última vez que Marcus nos hizo los disfraces, tenías pinta de monja.

—Es que era una monja.

Gabrielle se encogió de hombros como si aquello no tuviera nada que ver.

—Además, tienes piernas —afirmó su prima, y Kat notó que volvía a usar el tono de guasa.

—Gracias —respondió sin más.

—¿Qué pasa? ¿Te da miedo que tus hombres se enteren?

—¿Qué hombres?

—Ya sabes... —siguió pinchándola Gabrielle—. Tus novios... Hale y el chico nuevo.

—Hale no es mi novio.

—Claro que no —repuso Gabrielle, poniendo los ojos en blanco—. Está clarísimo que Hale no es tu novio.

—Pero acabas de decir...

—Acéptalo, Kitty Kat: de todos los hombres que has conocido, Hale es el primer tío que podría ser tu novio. —Kat empezó a protestar, pero su prima la calló con un gesto—. Y una diminuta parte de esa gran mente tuya siempre ha pensado que algún día sería tu novio.

Kat quería negarlo, pero había perdido el don del habla.

—Vuélvete —le ordenó Gabrielle, pero ella no se movió, se limitó a mirarla mientras terminaba de hablar—. Y Nick... Bueno, Nick es el nuevo Hale.

—No, no es verdad —respondió Kat con un tono tan hiriente como los alfileres que Gabrielle tenía en la mano.

—Bueno, entonces quizá deberías decírselo al viejo Hale —dijo su prima, arqueando las cejas.

Kat se quedó quieta un buen rato mientras pensaba en los chicos de su vida: aquéllos en los que podía confiar y aquéllos a los que podía timar. Se preguntó si de verdad veía la diferencia y si, en ese aspecto, sería alguna vez tan lista como Gabrielle.

—¿Te gusta Nick? —le preguntó tímidamente—. Quiero decir..., ¿confías en él?

—Querida Kat —respondió su prima, apartando las manos de la falda—, son dos preguntas muy distintas. ¿Por qué quieres saberlo?

—¿Recuerdas el día que llegué tarde del Henley, el día antes de conocer a Nick? Vi a Taccone esa tarde y me dio esto...

—Perdone, señorita.

Kat se volvió y vio a Marcus en la puerta del vestidor con un enorme ramo de rosas, lilas y orquídeas tan inusuales que Kat creyó que se las habían robado a la misma naturaleza.

Gabrielle chilló y corrió hacia ellas.

—¡Oh, Sven! —gritó al hacerse con la tarjeta, pero se paró en seco y una sombra

pareció cubrirle la cara—. Son para ti.

Su prima intentó pasarle la tarjeta, pero Kat retrocedió, mirando las flores. Algo le decía que los regalos de tanta belleza siempre tenían truco, así que no intentó tocar las flores. Ni siquiera quiso escuchar a Gabrielle cuando empezó a leer:

—«Lamento mucho que tu padre no esté disponible en estos momentos. No obstante, espero poder verte muy pronto. Un saludo, A. Taccone».

De repente hacía mucho frío en la habitación y el olor de las flores resultaba abrumador.

—A veces odio a los chicos —comentó Gabrielle, suspirando, y a Kat le pareció la persona más lista del mundo.

2 Días para que acabe el plazo

**Roma
(ITALIA)**

Capítulo 29

La Casa di Vetro no era el restaurante más caro de Roma, ni tampoco el más exclusivo, pero Kat entendía que fuera el favorito de Arturo Taccone. No había turistas ni multitudes, sólo olores decadentes y la suave luz de las velas. Cuando entró en el íntimo comedor, Kat pensó en la expresión de Abiram Stein mientras contemplaba los *Dos niños corriendo por un campo de almiares* y recordó que el hombre sentado en la solitaria mesa de la esquina era malvado. Daba igual que estuvieran en uno de los mejores restaurantes del mundo: no dejaba de ser un delincuente común.

Sin embargo, tuvo que reconocer que ella también lo era.

—Hola, Katarina —la saludó Taccone, sonriendo, cuando Kat se sentó en su silla; después, el hombre miró a Gabrielle, que estaba de pie con los brazos cruzados a un metro de distancia—. ¿Y quién es ella? —preguntó, observando a la guapa chica con una fría falta de interés.

—Es mi guardaespaldas —respondió Kat sin más.

—Supongo que recibiste mis flores —comentó Taccone, sonriendo; su voz resultaba grave comparada con el agudo estruendo de la gente.

—Eran preciosas.

—Bueno, espero que te alegraran el día —repuso él, usando la servilleta para limpiarse con delicadeza la comisura de los labios—. Has estado trabajando mucho.

—Bebo cafeína —respondió ella tranquilamente—. Mucha. Te da energía.

Arturo Taccone se rió en voz baja, aunque el sonido era extraño, como si eso también se lo hubiera robado a su verdadero dueño.

Después cortó un maravilloso filete, pero, cuando iba a llevarse el tenedor a la boca, hizo una pausa.

—Perdona, ¿seguro que tu acompañante y tú no queréis tomar nada?

—No, gracias.

—Debo decir que no me has puesto las cosas fáciles, Katarina —dijo él antes de comerse el trozo de carne—. Interesantes, sí, pero no fáciles.

—Si le hace sentirse mejor, seguramente mi padre estaría de acuerdo con usted.

—Ah, sí —respondió él, dándole un trago al vino—. ¿Cómo está tu padre? ¿Se acostumbra a la cárcel? Me cuentan que le va bastante bien. Aunque, claro, las acusaciones contra él son... flojas. Un sólo testigo, por lo que tengo entendido.

—Sí, lo tiene delante.

Taccone esbozó una sonrisa de sorpresa, y Kat se sintió orgullosa de haber ganado un asalto en aquel juego que tenían entre manos, aunque deseaba que terminara de una vez.

—Espero volver a verte cuando esto acabe, Katarina. A un hombre de mi posición siempre le viene bien contar con personas de tu talento.

—Lo tendré en cuenta —mintió Kat antes de cambiar de tema—. No le diré

cuándo, pero lo sabrá cuando suceda.

—Entonces, las operaciones clandestinas no son tu punto fuerte, ¿eh?

—Quizá. O quizá sólo supongo que uno de los seis tipos que ha apostado delante del Henley lo avisará cuando llegue el momento.

Sonrió, y Kat supo que, para él, aquella conversación era lo mejor de su maravillosa cena.

La chica se metió la mano en el bolsillo y sacó un trozo de papel.

—Veinticuatro horas después me reuniré con usted en esta dirección con los cuadros —anunció, levantándose, y notó como si le quitaran un gran peso de encima.

—Eres muy concienzuda, Katarina. Lo decía en serio: cuando esto acabe, no tienes que volver al colegio Colgan ni a ningún sitio parecido. Como dicen, éste podría ser el principio de una gran amistad.

—Ya tengo todos los amigos que necesito —respondió ella, mirando a su prima.

Las luces estaban apagadas cuando volvieron. En la casa se respiraba tranquilidad y silencio, o eso pensaba ella.

—Hola, Hale.

Lo vio a través de la puerta abierta del comedor, sentado a una mesa de aspecto antiguo. Lo rodeaban veinte sillas de respaldo alto, aunque estaba solo, presidiendo la mesa. Kat sabía que la estaba esperando.

—¿Una cita? —preguntó, pero Hale no tenía ninguna réplica graciosa.

—¿Te enfadarás si digo que no me gusta que vayas a verlo sola?

—¿Celoso? —preguntó ella, intentando pincharlo, pero el chico sentado entre las sombras no sonreía.

—Llévate a Angus y Hamish. Llévate a Simon —dijo el otro, y Kat arqueó las cejas—. Vale, no te lleves a Simon. Llévate a... Nick, si eso es lo que quieres —añadió Hale, aunque le costó pronunciar el nombre—. Pero no confíes en Taccone, Kat.

—Me llevé a Gabrielle —comentó ella, señalando a su prima, que entraba por la puerta principal.

—Yo era la guardaespaldas —gritó la chica de camino a las escaleras, sin detenerse.

Sin embargo, Hale seguía sin sonreír. De hecho, a Kat le daba la impresión de que ni siquiera lo había oído. Se preguntó cuántos kilómetros llevaban, cuántos les quedaban por recorrer, aunque, en realidad, sólo habían pasado trece días desde que había hablado con Hale en su casa de Nueva York, y él le había dicho unas palabras que Kat no podía olvidar.

—Tienes razón, Taccone es un mal tipo completamente distinto.

—Sí —respondió Hale, acercándose a ella.

—¿Por qué haces esto, Hale?

—¿Por qué crees?

Kat examinó la recargada habitación: las bellas molduras, la mesa reluciente, las sillas vacías... Era lo contrario de la cocina del tío Eddie en todos los aspectos, pero, de algún modo, Kat ya sabía la respuesta a su pregunta.

—Hale, esta vida... —empezó a decir poco a poco, casi sin habla—. Esto..., lo que hacemos, lo que hace mi familia, parece mucho más glamuroso cuando puedes elegirlo.

—Pues elígelo —respondió él, entregándole otro sobre más pequeño y más delgado.

—¿Qué es esto?

—Esto, cariño, es mi confesión completa, con fechas y horas —respondió Hale, apoyándose en la mesa—. Me pareció que añadir el recibo del alquiler de la grúa le daba un toque simpático —añadió, y Kat lo miró boquiabierta—. Es tu billete de vuelta al Colgan, si lo quieres.

—Hale...

Pero Hale se acercaba, reduciendo al mínimo la distancia entre ellos. Estaba tan cerca que parecía imposible cuando susurró:

—Y yo no escogí esta vida, Kat. Te escogí a ti.

Kat se quedó mirando el sobre que tenía en las manos, quizá por lo que representaba (su segunda oportunidad) o quizá porque no sabía a qué otro sitio mirar ni qué otra cosa hacer.

—¿Está preparada la entrega? —preguntó Hale, y algo en su tono le dijo que no tenía que decir nada, nada en absoluto.

—Sí —asintió ella, siguiéndolo—. Ya no hay vuelta atrás.

—Sin valor —dijo él.

—No hay gloria —respondió ella.

—Esto nos supera a los dos de largo.

Un día para que acabe el plazo

**Wyndham Manor
(INGLATERRA)**

Capítulo 30

Cuando Katarina Bishop salió de su cuarto aquel lunes por la mañana, no esperaba que saliera el sol ni temía la lluvia. Aun así, al mirar por la ventana circular de lo alto de las escaleras, hubo algo en la nieve que le dio miedo. Nubló con su aliento el antiguo cristal mientras oía a su equipo prepararse para el difícil día de trabajo, y supo que habían llegado demasiado lejos para volverse atrás.

—¿Kat? —preguntó Hamish con una voz más aguda de lo normal.

La chica vio que le daba un codazo a Simon, que también estaba al pie de las escaleras, lo que la desconcertó. Le entró el pánico cuando Simon se volvió, la miró y dejó caer un cacharro electrónico tan caro que resultaba absurdo.

—¿Qué? —preguntó Kat.

Pero los Bagshaw seguían con la boca abierta, y Simon seguía mirándola, mientras que Hale se limitó a entrar en el vestíbulo y apoyarse en la barandilla como si acabara de hacer una apuesta arriesgada... y la hubiera ganado.

—¿Qué? —repitió Kat, apresurándose a bajar las escaleras, atravesar el vestíbulo y entrar en el comedor formal.

Los chicos la siguieron, aunque ninguno dijo nada.

—¿No se os estará yendo la olla? —preguntó, volviéndose hacia ellos—. ¡Porque no es el mejor día! —exclamó, levantando la voz y notando un cosquilleo en las manos—. ¿Qué está pasando? —chilló al fin, cuando las miradas y el silencio la superaron.

—¿A que este papel es más divertido que el de monja? —comentó Gabrielle, que entró en la habitación tranquilamente, echándole un vistazo al largo de la falda que ella misma había cosido.

—Kat..., tienes... piernas —dijo Hamish, asintiendo.

—Y tetas —añadió Angus, mirando directamente a la parte de la blusa blanca que Gabrielle había ajustado demasiado para el gusto de Kate.

—En serio, Kat —dijo Simon, acercándose—, ¿cuándo te han salido tetas?

Hamish miró a Hale y dijo, como si no hubiera quedado bastante claro:

—Las tetas son nuevas.

—¿Está relleno? —preguntó Simon, alargando la mano como si pretendiera realizar una comprobación muy científica.

—¡Oye! —exclamó Kat, apartándole la mano.

—Su padre saldrá de la cárcel un día de éstos, chicos —les advirtió Hale.

A Kat le pareció que esbozaba una sonrisita al decirlo, pero, claro, era temprano y ella estaba estresada. Además, tenía otras cosas en la cabeza, sobre todo cuando se abrió la puerta de la cocina y Nick entró recién salido de la ducha y sin inmutarse por la escena que se desarrollaba ante él.

No se quedó mirando a Kat, ni tampoco le temblaron las manos. Ni siquiera se puso nervioso ni sudó. Nada en su forma de actuar daba a entender que no fuera un

día como otro cualquiera.

—¿Estás lista? —le preguntó a Kat.

¿Que si estaba lista para el trabajo más importante de su vida? ¿Que si estaba lista para terminar de una vez? ¿Que si estaba lista para ser la única ladrona de la historia que lograba sacar algo del Henley sin permiso?

—¿Lo tienes todo? —preguntó Nick.

Ella asintió y se sirvió un bollo de la bandeja de Marcus antes de dirigirse a la puerta.

—Kat —la llamó Hale.

Hamish susurró algo que sonaba sospechosamente parecido a: «¿Tú qué crees? ¿Copa C?».

Hale salió al vestíbulo y agarró a Kat del brazo para detenerla.

—Kat... —empezó a decir, pero, cuando Nick apareció detrás de ellos, se volvió y le soltó—: ¿Te importa?

La chica no le había oído nunca hablar en aquel tono, que no era ni jugueteón ni asustado, así que no supo cómo interpretarlo.

Nick miró a Kat, que asintió y le dijo:

—Dame un segundo.

Kat oyó cómo Nick se alejaba por el vestíbulo, aunque no apartó ni un instante la mirada de Hale. Era como si el Henley, el equipo y su padre estuvieran a un millón de kilómetros de allí.

—Kat —repitió Hale, mirando a Nick antes de poner una mano en la pared, detrás de ella; la chica notó el calor de la mano en su hombro cuando Hale se inclinó para susurrar—: Esto me da mala espina.

—Es un poco tarde para detenerse, Hale. Como ves, ya he estrenado tetas para la ocasión, así que...

—Hablo en serio, Kat. No me fío de él.

Kat estudió la forma en que la miraba y, casi sin querer, le acarició con la punta de los dedos los lados de la camisa blanca almidonada.

—Confía en mí —respondió.

Después de decirlo, se alejó y salió al exterior, dejando que Nick la alcanzara, aunque algo hizo que se volviera.

—Diez y media —gritó a Hale, que asintió en silencio, mientras que a Kat el corazón le latía en el pecho haciendo ruido, demasiado ruido—. Te veré a las diez y media —repitió.

—No te preocupes, que allí estaré —respondió Hale, sonriendo.

Capítulo 31

Aquella mañana de lunes comenzó como solían comenzar casi todas las mañanas de lunes en el Henley. La persona responsable de hacer el café hizo el café. La persona responsable de estar al tanto de los cumpleaños llevó una tarta. La reunión informativa del personal fue larga, ya que Gregory Wainwright se explayó sobre el aumento del número de visitantes y la disminución de las donaciones. Sin embargo, aquella mañana de lunes daba la impresión de que menos gente susurraba sobre Visily Romani que la semana anterior. En general, todos estuvieron de acuerdo en que había sido un noviembre espectacular.

En el exterior, la nieve no era más que una ligera lluvia blanca, y tanto guardas como turistas observaban cómo volaba por la calle como si fuera polvo de tiza. O quizá pensaran en tiza por culpa de las filas de autobuses escolares que se alineaban cerca de las puertas de entrada.

—La época de las excursiones —le dijo un guarda a otro.

—Los puñeteros críos —se quejó un anciano.

Nadie se imaginaba que siete de los adolescentes más hábiles del mundo iban de excursión al Henley aquel día por un motivo completamente distinto.

—¿Qué pasa? —preguntó Katarina Bishop a su compañero de pelo oscuro.

Nick se detuvo y dejó que pasara otra larga fila de escolares mientras un guía cercano hablaba sobre la importancia de la luz para los grandes artistas holandeses del siglo XVIII.

—Nada.

No parecía el chico que había entrado tranquilamente en la cocina aquella mañana, ni tampoco el artista del timo que le había robado la cartera en una calle de París. Nick tenía un aspecto distinto cuando entraron en el pasillo principal.

«¿Asustado? —se preguntó Kat—. ¿Nervioso?».

No estaba segura, pero sí que parecía diferente y, cuando se paró de repente en el centro del amplio atrio, recordó la advertencia de Hale.

—Si quieres dejarlo, Nick...

—No quiero dejarlo.

—Sólo tienes que decirlo ahora mismo —añadió ella, señalando al otro lado del atrio de cristal, hacia los intermitentes rayos de sol y la nieve blanca seca—. Puedes irte.

—No quiero dejarlo —insistió él; miró a su alrededor, a los vigilantes, a los guías, a las encantadoras parejas de ancianos con sus cuadernos de bocetos y sus bolsas del almuerzo. No era más que un día normal en el Henley—. Es que... hay más gente de lo que pensaba.

Kat no sabía si eran los nervios, la tensión o el calor del sol sobre la sala de cristal, pero el sudor empezó a perlar la frente de Nick, así que se hizo unas preguntas

muy sencillas: ¿qué diría su padre? ¿Y el tío Eddie? ¿Y su madre?

—Que haya mucha gente es muy, muy bueno —dijo, citando a todos los grandes ladrones que había conocido mientras sonreía como si fuera una chica normal en un día normal.

«Fíngelo y será real».

Gabrielle no sabía qué miembro de su familia lo había dicho primero, pero era en lo que pensaba cuando empezó a caminar meneando las caderas por la sala más grande del Henley.

—Por aquí —dijo; su voz era clara y suave como la escultura moderna que giraba sobre ella captando los rayos de sol y repartiéndolos por el majestuoso espacio—. El famoso paseo del Henley lo diseñó personalmente la señora Henley en 1922.

El grupo de turistas que la seguían no pareció darse cuenta de que su falda era un poquito más corta de lo que dictaban las normas oficiales del museo, ni de que sus tacones eran un poquito más altos.

—Si me siguen, les enseñaré la magnífica galería impresionista del Henley, en la que se encuentra la mayor colección de Renoir del mundo. Gracias a la generosa contribución de uno de nuestros benefactores, podemos ofrecerles en exclusiva dicho espacio durante toda la tarde.

Los guardas que se encargaban de la sala de vigilancia aquella mañana eran veteranos. En su conjunto, el equipo reunido detrás de la fila de monitores había visto casi de todo, desde parejas besándose en ascensores a madres regañando a críos en rincones oscuros, pasando por hombres de negocios que se metían el dedo en la nariz cuando pensaban que no los miraba nadie y una estrella de cine muy famosa a la que habían pillado en cámara tomando una decisión poco afortunada sobre unos calzoncillos algo incómodos.

Por tanto, cuando los dos trabajadores de Binder & Sloan Industrial Heating and Air llegaron a la entrada de servicio, aquel mismo personal de seguridad miró a los dos jóvenes con el escepticismo cultivado a lo largo de muchos años de práctica.

—Buenos días, caballeros —dijo Angus al salir del asiento del conductor de la gran furgoneta que Hale les había suministrado—. Hemos oído que alguien tiene un... —Se interrumpió con aire teatral para leer la nota que tenía en la mano—. Una caldera Windsor Elite defectuosa. Hemos venido a arreglarla.

El guarda de la entrada se tomó un momento para examinar con atención a los dos hombres. Parecían casi niños. Sus monos azules abultaban como si aquella mañana, al ver la nieve, hubieran decidido ponerse una capa extra de ropa para protegerse del frío. La pareja tenía algo extraño, como mínimo. Sin embargo, Gregory Wainwright en persona había enviado el memorando sobre la caldera rota, así que el vigilante no

vio nada malo en señalar las grandes puertas dobles mientras decía:

—La caldera está en el sótano, justo ahí abajo.

—¿Sótano? —exclamó Hamish, mirando a su hermano—. ¿Has oído al amigo? Cree que podemos bajar a la caldera y ponernos a jugar con ella.

—Seguramente le da igual que todo salga volando en pedazos —respondió Angus, entre risas.

Al oírlo, el guarda se erizó y se puso aún más derecho.

—Oigan...

—No, oiga usted, amigo mío: ahí fuera hay nieve, ¿ve? Así que aquí dentro seguro que hay calefacción. Y si hay calefacción, hay gas; y si hay gas, hay...

—Bum —concluyó su hermano.

—Bueno, ¿y qué tienen que hacer? —preguntó el vigilante, indignado.

Angus le dio unos golpecitos con la mano a su cuaderno y respondió:

—Primera planta, pasillo principal.

El vigilante miró por última vez a los Bagshaw, aunque no se dio cuenta de que los chicos contenían el aliento hasta que lo oyeron decir:

—Bueno..., de acuerdo.

En un lugar tan público, en un sitio tan concurrido, no era de extrañar que nadie se fijara en que un chico más bajo de la media, de pelo rizado y con una camisa que nunca permanecía dentro de los pantalones se metía en el servicio de caballeros de la segunda planta. Por supuesto, tampoco oyeron al mismo chico decir:

—Kat, estoy en posición en mi... despacho.

Por desgracia, Simon había tenido despachos peores. El habitáculo del váter era más grande que el armario en el que había estado encerrado en Estambul. El servicio era mucho más cómodo que el tocón de árbol que tuvo que usar como escritorio en Buenos Aires.

Se sentó y se quedó quieto, a la espera de que su ordenador arrancara, y mientras miraba la imagen de vídeo de Gregory Wainwright durmiendo en su despacho, sonrió y pensó que, sin duda, había estado en situaciones mucho peores.

Quince días antes, sentada en la biblioteca de la casa de Nueva York de Hale, Kat había acertado al preguntar si su familia era dueña de una empresa de móviles. Quince días. Sin embargo, a Hale le habían parecido más.

Cuando le sonó el teléfono, Hale respondió, aunque no dijo hola. Estaba fuera del Henley, con los brazos cruzados para protegerse del frío.

—De París —dijo el tío Eddie en tono brusco—. Tenías razón sobre él.

No tenían nada más que decirse, así que Hale se guardó lentamente el móvil en el bolsillo y se quedó mirando la enorme puerta de cristal.

—Bueno, ¿vamos a seguir con esto o no? —le preguntó Marcus, despertándolo—. Cuidado con el... —empezó a decir, pero el sonido del golpe lo cortó a media frase—. Bache.

Mientras Katarina Bishop recorría el largo pasillo hacia la sala Romani, no pareció fijarse en los dos chicos de monos azules que trabajaban al lado de una rejilla de ventilación abierta y varias máquinas. Rodeó las barreras temporales y saludó educadamente con la cabeza a uno de los vigilantes uniformados que había cerca.

El hombre le devolvió el saludo y dijo:

—Disculpe por las obras, señorita. ¿Puedo ayudarla?

—Oh, no sé —respondió ella, mirando el pasillo lleno de arte como si lo viera por primera vez—. Supongo que sólo estaba... mirando.

—Adelante, mire todo lo que quiera. Pero no toque nada —respondió el guarda, riéndose entre dientes.

Cuando Kat entró en la sala Romani, sonrió y pensó: «Jamás se me ocurriría».

En algún momento de la semana anterior, la colección menos impresionante del Henley se había convertido en su favorita. Quizá fuera por las pinceladas sencillas y el sutil uso de la luz, o quizá sólo la atrajeran los otros cuadros que colgaban de las paredes de la sala, los que los turistas no podían ver.

En conjunto, los cuadros de Taccone valían más de quinientos millones de dólares... y la vida de su padre.

—¿Cómo vamos, Simon? —susurró por el diminuto micrófono del cuello de la camisa.

—A punto de... —empezó a decir lentamente Simon, pero dejó la frase en el aire y añadió—: Guau.

—¿Qué? —preguntó ella, presa del pánico.

—Nada —respondió él demasiado deprisa.

—¿Qué? —insistió ella.

—Bueno..., es que... tus tetas parecen todavía más grandes en la tele.

Kat aprovechó la oportunidad para volverse y lanzar una mirada asesina a la cámara de seguridad más cercana. En su habitáculo, a diez metros de allí, Simon estuvo a punto de caerse del váter.

La chica quería mirar la hora, pero no se atrevía. Estaba pasando de verdad y no podía echarse atrás.

Los visitantes que estaban en la entrada de la sala ya se iban. Unas chicas se volvieron para ver entrar al joven multimillonario y, delante de él, en una silla de ruedas, iba Marcus.

—¿Lo ves? —preguntó Simon a Kat por el sistema de comunicación, y ella empezó a asentir, pero, justo en ese momento, Hale la miró a los ojos desde el otro lado de la sala.

Se suponía que no se conocían.

Se suponía que no debían mirarse, ni hablarse, ni siquiera de pasada.

Sin embargo, Hale la estaba mirando directamente con cara de desesperación.

—¡Frena! —soltó Marcus, y Kat no estaba segura de si actuaba o no.

Se suponía que era un anciano irascible, aunque también era cierto que Hale avanzaba a demasiada velocidad hacia ella.

—¡Déjame bajar de este artilugio! —gritó Marcus.

Aquello pareció recordar a Hale que había mucho en juego; paró la silla de ruedas, y Marcus se agarró a ella como si intentara levantarse.

—Espera, tío —empezó Hale, inclinándose sobre un hombre con el que tenía tanto vínculo familiar como con el tío Eddie—, ya sabes que los médicos dicen que...

—¡Médicos! —soltó Marcus.

Kat jamás lo había oído hablar en voz tan alta. La palabra retumbó por la sala y casi todos se volvieron para mirarlo. La chica temía que Marcus estuviera disfrutando demasiado de aquel momento, pero no podía hacer nada al respecto.

—¡No te quedes ahí parado! —le gritó el anciano a Hale como alguien que lleva guardándose gritos dentro durante muchos años y estuviera aprovechando la oportunidad para dejarlos salir—. Ayúdame a levantarme.

Intentó hacerlo él mismo, pero Hale estaba allí para detenerlo.

—Pero tío, no estarías más cómodo contemplando la colección desde tu cómoda...

—Si esperas que mire una obra de arte desde este ángulo es que, además de insolente, eres estúpido.

Los ojos de Marcus brillaban de satisfacción, y Kat no sabía si hablaba como mayordomo de Hale o como su «tío», aunque merecía la pena ver a Hale obligado a tomar a Marcus del codo y ayudarlo a levantarse.

—Conocí a Picasso, ¿sabes? —comentó Marcus, señalando un cuadro con la cabeza—. Era un pomposo hijo de...

—Por aquí, tío —lo interrumpió Hale, todavía sosteniéndolo, aunque olvidándose de la silla y de la gente, del tiempo que corría y del trabajo.

Lo que hizo fue mirar a la chica de la esquina mientras recorría la sala, como si tuviera un objetivo.

«Cíñete al plan», intentó decirle Kat con los ojos.

«Tengo que hablar contigo», parecía responder Hale.

Cada vez había más gente y Hale se acercaba más. Kat tenía la desagradable sensación de que quizá todo se fastidiase antes de comenzar.

Entonces, una voz se oyó por encima de la multitud.

—¿Señor Hale? —dijo Gregory Wainwright con voz fuerte y clara—. Ya me parecía que era usted. ¿Cómo está, señor? —añadió, dirigiéndose a Marcus.

Marcus no estaba tan preparado para hablar con otras personas como para insultar a Hale.

—Pues..., em..., ¡odio a las mujeres con pantalones!

Mientras Gregory Wainwright observaba al anciano, Kat empezó a preguntarse si sería posible compartir celda con su padre en la cárcel. Sin embargo, el director del Henley hizo lo que siempre hace la gente cuya carrera depende de las donaciones: sonreír y asentir.

—Lo comprendo, señor. Lo comprendo perfectamente —dijo.

—Señor Wainwright —intervino Hale, volviendo a su papel—, ¿cómo está?

A pesar de sus palabras, seguía avanzando hacia Kat. El reloj seguía avanzando (y muy deprisa) en la cabeza de la chica.

—Muy bien, señor. Es un placer volver a verlo. Y usted —añadió, volviéndose hacia Marcus— debe de ser...

—Fitzwilliam Hale —respondió Marcus, ofreciéndole la mano al director—. Ter... tercero —añadió en el último segundo.

Hale parecía querer poner los ojos en blanco y Kat sintió ganas de estrangularlos a los dos.

—Su sobrino tuvo la amabilidad de contarme lo de su Monet hace unos días —le comentó el conservador a Marcus.

—¡Esa basura! —soltó el anciano.

De nuevo, Hale miró a Kat a los ojos. «Tengo que hablar contigo», parecía gritar.

«Controla a Marcus», quiso gritarle ella.

—Sin embargo, en mi *chateau* tengo un pequeño Cezanne realmente encantador... Cezanne sí que era un artista —decía Marcus, y el conservador asintió con amabilidad; sin embargo, antes de que la mentira fuera demasiado lejos, una sirena sonó en la sala.

Lo primero que pensó la chica fue: «Estamos acabados».

Después miró a su alrededor y vio la nube de humo oscuro que entraba por la puerta y se dirigía a las valiosas pinturas.

No oía nada por encima del chillido de las sirenas y lo único que vio a través del humo fue al director del Henley agarrar a sus dos ricos y empujarlos hacia la puerta.

De repente había guardas por todas partes. Los guías aparecieron como salidos de las paredes y Kat se encontró atrapada en la corriente, otro cuerpo más empujado hacia las salidas y obligado a acercarse más al humo, las sirenas y el vestíbulo, que cada vez estaba más lleno.

Hale se volvió para mirar tras él, examinó la multitud y la encontró por última vez, pero Gregory Wainwright lo tenía agarrado por el brazo, así que tuvo que dejarse llevar por la corriente, arrastrado por una ola de miedo.

—¡Por aquí! —gritó el hombre, tirando de Hale y Marcus.

—Pero, mi silla... —recordó por fin decir Marcus.

Sin embargo, el director del museo no lo oyó; las exposiciones ya estaban cerrándose y no había vuelta atrás.

Capítulo 32

Kat siempre había oído que lo que más temían los grandes museos del mundo, más que los robos, eran los incendios. En aquel momento no lo puso en duda. Las sirenas intermitentes eran más fuertes que las que Gabrielle había disparado antes de caer inconsciente al suelo. Los niños gritaban, los turistas corrían, la gente se empujaba entre el humo y el caos para llegar lo antes posible a las puertas y el aire fresco del exterior.

Probablemente por eso el director del Henley no se fijó en el chico que se aplastó contra él, abriéndose paso entre la gente. El muchacho le metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta para sacar la tarjetita de plástico y lo liberó de aquella carga mientras la multitud seguía avanzando. Después consiguió llegar a través de la bruma humeante a la sala Romani y la chica que lo esperaba allí.

—No ha estado mal —dijo Kat moviendo los labios en silencio.

El chico metió la tarjeta en el lector, una luz roja se puso verde y los cierres automáticos se abrieron sin hacer ruido. Nick sonrió y movió los labios para formar la palabra «gracias».

Cuando Kat entró en la sala Romani, olió los restos de humo que seguían en el aire y oyó el rugido de las sirenas desvanecerse tras las enormes puertas herméticas e ignífugas al cerrarse. Supo que sólo tenían una salida.

A pesar de las luces rojas de emergencia, la sala estaba preciosa: el suelo reluciente, los marcos pulidos y, por supuesto, los cuadros. No había vigilantes entre Kat y aquellas obras de valor incalculable, ni tampoco guías ni turistas horteras.

Empezó a dar un paso adelante, pero una mano la retuvo.

—Todavía no —dijo Nick, mirando a la cámara de seguridad, y Kat recordó el punto ciego. Después bajó la vista al suelo y pensó en los detectores.

Esperó.

—En cualquier momento —dijo Simon por los auriculares.

—No estaría mal que fuese este año —contestó Nick.

—No se puede meter prisa a la genialidad, chicos —los regañó Simon, y Kat pensó que sonaba demasiado chulito para ser un chico que trabajaba desde el tercer váter a mano derecha conforme se entraba en el baño.

De repente, la luz roja de las luces de emergencia pasó a ser una luz azul intermitente.

—¡Pues no seas un genio y date prisa, Simon! —gritó Kat.

En la sala sonó una nueva sirena más suave, aunque, de algún modo, el doble de amenazadora.

—¡Simon! Tenemos que movernos. ¡Ahora!

—Un segundo.

Pero a Kat no le importaban los códigos que los mantenían atrapados, estaba más preocupada por las luces azules que daban vueltas y la voz mecánica que empezaba la cuenta atrás, diciendo:

—Las medidas de protección contra incendios entrarán en efecto en cinco, cuatro...

—¡Simon! —gritó Kat.

—Un...

—¡No tenemos un segundo! —chilló Kat justo cuando las luces dejaron de girar y un sonido más aterrador que ninguna sirena se oyó en el aire.

—¡Claro que sí! —gritó Gregory Wainwright.

Tenía un móvil pegado a la oreja, aunque la mirada fija en los dos multimillonarios (o, más concretamente, el multimillonario y su mayordomo) que estaban a metro y medio de él observando cómo las espirales de humo oscuro subían por el cielo gris pálido.

Al fin y al cabo, el Henley estaba ardiendo, y su director sólo podía mantenerse a una distancia segura y gritar al fuego.

Hale notó que el hombre lo miraba y reconoció la autoridad artificial de su voz al chillar:

—Sin duda, ¡hágalo!

El chico le dio la espalda al frío viento e intentó no pensar en el humo, el fuego y, sobre todo...

—Kat —susurró, maldiciéndose en silencio.

Tendría que haberla obligado a hablar con él, tendría que haber dejado a Marcus, abandonado su papel y conseguido que Kat escuchara lo que el tío Eddie tenía que decir. Pero era demasiado tarde. Él estaba atrapado fuera con el director, mientras ella seguía encerrada dentro. Con Nick. Y, en aquel momento, Hale servía para tan poco como Wainwright, por mucho que intentara averiguar en qué momento exacto se había ido todo al garete.

Era un buen plan, ¿no? Todos estaban preparados, ¿verdad? O quizá no. Al fin y al cabo, un equipo es tan bueno como su eslabón más débil. Quizá habían sido temerarios, estúpidos y descuidados. Quizá el tío Eddie tenía razón. Quizá aquello era lo que les pasaba a los que se atrevían a enfrentarse a Visily Romani.

—Bueno, señor Hale —dijo el director, poniéndole una mano en el hombro—, no hay por qué preocuparse. Le aseguro que nuestro sistema de protección contra incendios es lo mejor del mercado.

—Qué alivio —masculló él.

—De hecho, acabo de hablar por teléfono con mi jefe de seguridad y me asegura que la zona afectada ya se ha evacuado por completo —explicó, sin darse cuenta de que la noticia preocupaba a Hale todavía más—. No se preocupe, señor Hale,

nuestras medidas contra incendios se activarán en cualquier momento.

—¿Y qué clase de medidas son ésas? —preguntó Marcus.

—Bueno —respondió el director, riéndose entre dientes—, no podemos usar una manguera de jardín, ¿verdad? El agua dañaría un cuadro de trescientos años tanto como el humo y el fuego, así que simplemente sacamos todo el oxígeno de la sala. Sin oxígeno, el fuego muere.

El teléfono del director volvió a sonar, así que se volvió para responder, mientras Hale miraba de nuevo al museo y pensaba en la chica que se había quedado atrapada dentro con el chico que nunca sería un miembro de la familia.

Kat supo que se producía el cambio antes de oír el horrible sonido del aire al salir.

—Simon... —dijo de nuevo, obligándose a no salir corriendo de la sala, cuando oyó al chico chillar:

—¡Ahora! Las cámaras están ciegas, tenéis vía libre.

Kat no necesitaba que se lo dijeran dos veces: notó a Nick corriendo a su lado hacia la silla de ruedas, que estaba abandonada al otro lado de la larga sala de exposiciones.

Empezó a tirar de las correas que sujetaban los tanques de oxígeno a la silla de Marcus; notaba los primeros signos de la asfixia.

—Tenéis menos de seis segundos hasta quedaros sin aire, chicos —les advirtió Simon mientras Kat le lanzaba un tanque a Nick—. Cuatro segundos —dijo Simon, mientras el siseo del aire al salir subía de tono.

La habitación estaba más oscura, los cuadros parecían borrosos y, de repente, el suelo empezó a dar vueltas y Kat cayó de rodillas, maravillada por lo bien que funcionaban los suelos que dan vueltas como medida de seguridad.

—¡Kat! —gritó Simon.

A Nick se le cayó el tanque sobre el dedo, y Kat lo oyó rebotar en el duro suelo.

—¡Las máscaras! —chilló Simon, y algo en la palabra hizo que se fijara en los largos tubos de plástico que tenía en las manos, que viera las extrañas máscaras que sobresalían de una bolsa en la parte de atrás de la silla de Marcus.

Se suponía que tenía que hacer algo, estaba segura, pero, de repente, tenía tanto sueño... que las máscaras estaban demasiado lejos.

—¡Kat! —chilló de nuevo Simon, y ella reunió la poca fuerza que le quedaba para colocarse la primera máscara en la boca y respirar oxígeno puro.

El suelo dejó de dar vueltas.

Los cuadros eran bellos de nuevo.

Mientras Kat examinaba el cuarto, Nick desenroscó con cuidado algunas piezas de la silla. Al volcar los tubos metálicos le cayeron en las manos varias herramientas. Los

dos tenían puestas unas gafas en los ojos y las máscaras en la boca, así que no podían hablar mientras Nick le ponía a Kat una herramienta en la mano y ella se dirigía al primer cuadro, *Flores en un fresco día de primavera*.

En las últimas semanas, Kat había llegado a adorar la combinación de colores de las flores y el juego de luces. No era la posesión más valiosa del Henley, pero a ella le parecía preciosa y le aportaba serenidad. Sin embargo, nada jamás sería tan bello como lo que esperaba encontrar detrás de aquella obra.

Miró a Nick. A pesar del subidón de oxígeno puro, se quedó paralizada.

«Está ahí», se dijo. Casi sin querer, fue a tocar el lugar en el que había aparecido misteriosamente en plena noche la tarjeta de Visily Romani, diez días antes.

«Ahí atrás hay algo», le decía el corazón.

«Podría ser una trampa», insistía su mente.

Nick sostuvo en alto su reloj digital; la pantalla brillaba en la penumbra y mostraba una cuenta atrás de cinco minutos. Era un recordatorio físico de lo que no podían permitirse olvidar: que no tenían todo el día.

Mientras Kat agarraba un par de tenazas, se miró el brazo derecho esperando ver un temblor y rezando por que sus tres meses en el Colgan no le hubieran quitado aquella habilidad. Sin embargo, su mano enguantada se movió con firmeza hasta la parte superior del recargado marco del cuadro y encontró el sensor de presión. Nick le pasó un trozo de Silly Putty, una masilla parecida a la plastilina, y Kat la apretó contra el botoncito que no podía ver.

«Tenazas y Silly Putty —pensó—. ¿A que la tecnología mola?».

La parte más fácil fue prepararse para descolgar los cuadros. Era tan sencillo como rociar con un poco de aire la parte de atrás del marco para comprobar si había más sensores, y después sujetar el cuadro y bajarlo de la pared.

Lo difícil fue vencer la insoportable sensación de que quizá se hubiera equivocado; de que quizá era un sinsentido, una broma, el más grande de los timos de Visily Romani.

—¿Kat? —dijo Simon—. Date prisa, el equipo beta está en posición.

Pero Kat no podía darse prisa. Apenas podía respirar mientras quitaba el marco, apartaba el lienzo y se encontraba cara a cara con un fantasma, con el cuadro detrás del cuadro, una imagen que nada tenía que ver con *Flores en un fresco día de primavera*.

La había visto antes, claro: una vez en una grabación de vídeo y otra en una foto. Sin embargo, mientras Nick volvía a colocar con cuidado el otro cuadro en su marco y lo devolvía a la pared, Kat se quedó mirando a los dos chicos que seguían corriendo entre los almiarés, persiguiendo un sombrero de paja llevado por una fuerte brisa a través de las décadas y los continentes.

Nick la miró a los ojos y Kat vio que movía los labios para formar las palabras: «¿Qué pasa?». Pero Kat estaba pensando en Abiram Stein y susurró para sí: «Conozco a una persona que lleva mucho tiempo buscándolo».

Capítulo 33

Casi todo había salido como estaba planeado. O, al menos, es lo que los miembros del equipo de seguridad del Henley se decían.

Todo el edificio se había evacuado en menos de cuatro minutos. El fuego en sí se había contenido en una sola ala de las seis del Henley. En realidad se trataba de un pasillo situado lejos de las principales exposiciones, como la sala del Renacimiento y la galería del Impresionismo. Así que el único miedo del Henley eran los daños que el humo pudiera haber causado en los cuadros menos importantes.

Si alguno de los miembros del personal se hubiera parado a pensarlo, quizá se habría preguntado cómo se había formado tanto humo con tan poco fuego, pero no lo hicieron. Se limitaron a darse palmaditas en la espalda y a pensar en la prima y los elogios que recibirían cuando las autoridades se enteraran de su rápida actuación.

Lejos de la sala Romani, encerrados en el edificio de seguridad, observaron las distintas exhibiciones a través de una espeluznante bruma sin darse cuenta de que el vídeo se reproducía en bucle; tampoco vieron que los hermanos Bagshaw y Simon recorrían los pasillos vacíos hacia una puerta que estaba cerrada, un ala que los vigilantes creían a ciencia cierta que habían evacuado.

En la sala de los guardas, nadie vio a Simon levantar la mano y llamar. Ni un alma se dio cuenta de que Gabrielle abrió la puerta de la segunda exposición más importante del Henley. Gabrielle examinó al trío y dijo:

—Llegáis tarde.

Los cuadros estaban allí.

Kat los alzó con los guantes y los vio a través de las gafas. No era un sueño, ni un espejismo: estaban allí, aunque apenas se atrevía a creérselo.

—Dos minutos y medio —le advirtió Simon mientras ella dejaba atrás los cuatro lienzos sin marco apoyados en la pared, como en los puestos de los artistas de las calles de Nueva York o París. No resultaba difícil imaginar que había retrocedido en el tiempo unos cuantos cientos de años y estaba contemplando las obras de unos chicos desconocidos llamados Vermeer y Degas.

Nick se había quitado la chaqueta y la corbata, y estaba corriendo por la sala, empaquetando y preparándose para la siguiente fase, pero todavía quedaba un cuadro, y, mientras Kat se acercaba a él, además de notar cómo pasaban los segundos, percibía algo más... ¿Esperanza? ¿Miedo?

Sin embargo, la sensación que más importaba era la súbita corriente de aire que empezaba a entrar por las rejillas de ventilación, soplándole en la cara y el pelo. Kat se acercó al último cuadro, se detuvo, miró arriba y oyó a una voz familiar decir:

—Hola, Kitty Kat.

El pelo de Gabrielle tendría que haber estado revuelto, ya que colgaba bocabajo

de un conducto de ventilación situado a seis metros del suelo; también tendría que haber tenido la cara manchada. En opinión de Kat, una de las grandes injusticias de la vida era que algunas chicas fueran capaces de arrastrarse por sesenta metros de tuberías y salir por el otro lado más glamurosas que cuando entraron. Sin embargo, lo más extraordinario de su prima en aquellos momentos era la cara que había puesto al ver la fila de cuadros y susurrar:

—Son ellos.

Kat y Nick se quitaron las máscaras de oxígeno y tiraron las gafas. El aire fresco entraba por la rejilla de Gabrielle y llenaba la galería mientras Kat se acercaba al último cuadro para tocar con cuidado el interruptor de presión. A pesar del aire, contuvo la respiración al descolgarlo y darle la vuelta. Entonces oyó que su prima decía:

—Oh, oh.

La escena en el exterior del Henley era la que cabría esperar en tales circunstancias. Por todas partes se oía el agudo chillido de las sirenas de los camiones de bomberos y los coches de policía que corrían por las calles empedradas para establecer un perímetro alrededor de las entradas principales.

A pesar de que el equipo de seguridad juraba que el incendio ya estaba controlado, de puertas y ventanas seguía saliendo humo negro que se disipaba con la brisa del invierno.

La polvorienta nieve se había convertido en llovizna, así que los periodistas se pusieron bajo sus paraguas para retransmitir la historia al mundo.

El Henley ardía y, al parecer, Londres entero había acudido a verlo.

Gregory Wainwright veía su carrera pendiente de un hilo. Sin embargo, poco podía hacer mientras los bomberos salían corriendo de sus camiones y los escolares se arremolinaban en las aceras para que los contaran. Así que el director se mantuvo lejos de la multitud y siguió charlando con el joven multimillonario y su anciano tío... para hacer aliados.

—Bueno, ha sido un placer volver a verlo, señor Wainwright —dijo Hale, intentando marcharse—. Si me disculpa, debería atender a mi tío.

—¡Oh, qué cabeza! —exclamó el director—. Señor Hale, perdone, se me olvidó por completo. Un momento —dijo, como si esperase que una silla de ruedas apareciera por arte de magia—, deje que le busque un sitio en el que descansar. Quizá pueda enviar a uno de los bomberos a recuperar su silla...

—¡No! —exclamaron Hale y Marcus a la vez.

—Estoy bien —dijo de nuevo Marcus, moviendo la mano para quitarle importancia—. Tengo muchas más. Y usted ya tiene bastantes preocupaciones... — Marcus se volvió para examinar el edificio, que seguía humeando, las multitudes de turistas haciendo fotos y los periodistas con sus sonrisas de plástico—. Hace que uno

se pregunte qué pretendería exactamente aquel Visily Romani.

Hale miró a Marcus, pero el anciano no quiso devolverle la mirada, sino que se metió la mano en la solapa del abrigo, como había visto hacer durante la mayor parte de su vida a los hombres ricos.

—Pero, claro, supongo que usted no tiene la culpa de que sucedan dos desastres en un solo mes.

Hale vio que el director entrecerraba los ojos, primero con resentimiento y después con asombro.

—Existen las coincidencias —siguió diciendo Marcus, aunque Wainwright ya estaba haciendo los cálculos, intentando decidir qué posibilidades había de que un incendio y un ladrón coincidieran en el mismo mes en el museo más seguro del mundo.

—Lo siento, señor Hale —dijo el director, sacando el móvil y empezando a teclear con energía; hizo una breve pausa para llamar a alguien por encima del hombro—: ¡Por favor, llame a mi secretaria y pregúntele por el Monet!

Tras gritar aquello, Gregory Wainwright se fue.

No está aquí —dijo Kat sin más, mirando fijamente la parte de atrás del último marco.

—Kat —repuso Simon—, estoy oyendo conversaciones en las frecuencias de seguridad, creo...

Pero Kat no escuchaba, estaba demasiado concentrada observando el lugar en donde tendría que haber estado el último cuadro...

—*Muchacha rezando a San Nicolás...* ¡Se suponía que tenía que estar aquí! —Kat levantó la mirada sin hacer caso de la cara de preocupación de Nick ni de su prima, que colgaba con elegancia de la rejilla y manipulaba un largo cable; lo que hizo fue examinar la habitación, contando—: Uno, dos tres...

—¡Kat! —la llamó Nick.

—No está aquí —insistió ella, entumecida, mirando de nuevo el marco que tenía en las manos.

—¡Kat! —le chilló él, y esta vez lo miró a los ojos.

—No está aquí.

Quizá fuera un error, quizá Visily Romani hubiera escondido el quinto cuadro detrás de otro marco y Kat tuviera que usar los últimos segundos para escoger, y escoger bien.

—No está... —empezó a decir otra vez.

Entonces lo vio: una tarjetita blanca que estaba pegada a la parte de atrás del marco con una cinta adhesiva, justo donde se suponía que estaría la *Muchacha rezando a San Nicolás*.

Visily Romani había estado allí.

Visily Romani lo había hecho.

Visily Romani había dejado un rastro y Kat lo había seguido. Había sido más decidida que el tío Eddie, más valiente que su padre y más lista que las mentes más listas de Scotland Yard. Había llegado muy lejos, y allí, observando a su prima llevarse por los aires cuatro obras de valor incalculable y meterlas en el conducto de ventilación, tendría que haberse sentido más orgullosa que nunca. Sin embargo, sólo podía mirar y decir:

—No está aquí.

Recorrió con los dedos las letras negras de la tarjeta de visita.

—Kat —repitió Nick cerca de su oído, tirándole con cariño del brazo—. Kat, no tenemos tiempo.

El tiempo, el peor de los ladrones. Así que Kat no se paró a meditar sobre el destino del quinto cuadro.

El instinto, la educación y una vida entera de entrenamiento hicieron que corriera al gancho vacío de la sala y dejara el último cuadro en su sitio.

Se volvió y vio a Gabrielle tirar del *Hijo pródigo* de Rafael para meterlo en el conducto, justo cuando Simon chillaba:

—¡Chicos, no os queda tiempo! Entrad o...

—¡Sube aquí! —gritó Nick, poniendo las manos para impulsar a Kat hasta la rejilla, aunque ella no aceptó su oferta.

En vez de hacerlo, recogió la chaqueta burdeos y la corbata que había tirado Nick y, mientras pasaba la mano por el pequeño parche que Gabrielle había cosido a mano sobre el bolsillo, le vinieron las palabras que le había dicho a Hale:

—¿Por qué haces esto, Nick?

—¡Chicos! —los avisó Simon.

—¿Por qué, Nick? —preguntó ella, acercándose más—. Sólo dime... por qué.

—Ne... necesitaba un trabajo.

—No —respondió ella sin más.

Sacudió la cabeza y, sin perder otro segundo, se apretó la chaqueta contra el pecho usando la mano izquierda y agarró el extremo del cable con la derecha. De repente, salió volando por el aire hacia la rejilla.

Una vez a salvo dentro, miró a Nick, que estaba de pie en el suelo bajo ella.

—Tírame el cable, Kat —le dijo el chico, mirándola fijamente, y Kat se dio cuenta de que no había visto unos ojos como aquéllos desde París..., desde el día que Amelia Bennett había detenido a Bobby Bishop.

—Te pareces a ella, ¿sabes? —comentó, mirándolo.

—Kat, tírame el cable —insistió él, en tono más duro.

—Tendría que haberme dado cuenta antes. Estoy bastante segura de que Hale lo vio desde el principio —siguió diciendo ella, riéndose a pesar de las sirenas, la presión y la sangre que le bajaba a la cabeza al mirar abajo—. Supongo que tenía muchas cosas en la cabeza.

—Kat, tírame el...

—A Taccone le gusta amenazar a la gente, ¿lo sabías? Lo típico, en realidad: indirectas, fotos amenazadoras... Y cuando vi las de mi padre, allí estabas tú, en el fondo. ¿Lo estabas siguiendo, Nick? ¿Por eso me seguías a mí? —preguntó Kat, sin esperar a la respuesta—. Seguro que llevabas tiempo pensando en acercarte a mí para ayudar a tu madre a pillar a mi padre.

—¡Kat! —se oyó decir a Gabrielle, a lo lejos.

Su prima intentaba cargar con los cuatro valiosos cuadros, que se chocaban contra las finas paredes de hojalata del conducto. Aun así, Kat no se movió.

—¿Cuánto tiempo lleva tu madre dirigiendo la investigación de mi padre, Nick?

—Bastante —admitió él, bajando la vista.

—Así que ella te arrastra hasta la otra punta del mundo y, en algún momento del camino, te ves metido en el negocio familiar, ¿no? —preguntó mirando al chico que quizá la hubiera ayudado o quizá la hubiera traicionado, pero que sin duda le había mentado; no pudo evitar añadir—: Sabía que me gustabas por algún motivo. ¡Quizá deberías probar con un internado! —dijo por último, mientras se metía en el conducto.

Ya estaba arrastrándose por el hueco cuando Nick le gritó:

—¡Creía que te habías retirado!

Algo en su voz, o quizá sólo el momento, la hicieron sonreír. Se volvió y se asomó por última vez a la rejilla:

—¿Por qué haces esto, Nick?

—Porque... —empezó, pero hizo una pausa para buscar las palabras adecuadas—. Porque me gustas —respondió, aunque Kat no se lo tragó.

En aquel momento sonó otra sirena, un sonido distinto y ensordecedor.

—Kat —dijo Nick otra vez, dando un paso adelante y alzando los brazos para pedir su ayuda, pero, en aquel preciso instante, unas luces láser rojas se iluminaron sobre la abertura. La fría luz azul de la sala Romani pasó a ser un reluciente brillo rojo. Nick miró a las puertas, como si pudiera oír acercarse a los guardas.

—Respuesta equivocada —dijo Kat, mirándolo.

La chica intentó no hacer caso de las sirenas, que subían de tono con cada centímetro que avanzaban. Entrecerró los ojos y se arrastró a oscuras, centrándose en un cuadradito de luz que se veía a lo lejos. Las sirenas aullaban con más fuerza. Y, por mucho que Kat deseara pararse a pensar sobre lo que acababa de suceder, no había espacio ni tiempo para hacerlo.

Cuando por fin llegó al final, vio a Gabrielle debajo, quitándose la falda del uniforme de guía y dándole la vuelta para convertirla en una falda burdeos con tablillas igual a la que llevaba Kat. Simon ayudaba a Hamish con la corbata, ya que los monos azules de los hermanos se habían quedado en lo más profundo de una de

las papeleras del Henley. Después miró la chaqueta que llevaba en la mano. Nick no la iba a necesitar. Ya no. Así que la dejó dentro del conducto y bajó al suelo, bañado por el brillo de una luz roja que daba vueltas.

Los rayos láser lo barrían todo. En el caótico juego de luces apenas distinguía los cuadros de las paredes: Renoir, Degas, Monet. Se mareó al pensar lo cerca que estaba de tantos maestros, aunque quizá fuera por el espeso gas que estaban bombeando al interior del cuarto.

Pensó en la máscara de oxígeno que había dejado atrás, pero, por supuesto, era demasiado tarde.

Con ojos borrosos, vio que las puertas se abrían y entraban a toda prisa unos guardas.

—¡Seguridad del Henley! —oyó gritar una y otra vez, y el eco rebotó por los pasillos.

Kat notaba la cabeza pesada; ya había empezado a caer.

Capítulo 34

Desde el asiento de atrás del Bentley de Arturo Taccone, todo el mundo parecía estar desmoronándose. En una pantallita de televisión veía la cobertura en directo de un corresponsal que estaba a unos seis metros de él. Taccone observaba a ratos la escena en pantalla y a ratos la escena real, y no sabía bien cuál era la verdadera.

—La situación ha tomado un rumbo dramático en el Henley —decía el corresponsal.

—¿Qué quiere que haga, jefe? —le preguntó el chófer, volviéndose.

Taccone echó un último vistazo al televisor y se puso las gafas de sol.

—Conduce —respondió con desgana, como si por fin se acabara otra ronda de su juego favorito, aunque cualquiera que pasara no sabría si había ganado o perdido.

Sencillamente, Arturo Taccone se alegraba de poder seguir jugando. Se inclinó hacia delante y dijo:

—Tú conduce.

Los primeros hombres que entraron en la galería eran profesionales con experiencia. Se habían entrenado con el FBI estadounidense y el Scotland Yard del Reino Unido, y la mayoría eran antiguos militares. Su equipo era de último modelo, y el personal del Henley se tomaba como algo personal que robaran un museo. Puede que algunos dijeran que sus extremas medidas de seguridad eran exageradas, un derroche, pero, en aquel día, en aquel momento, parecían una idea estupenda.

Diez hombres estaban en la entrada de la galería con las pistolas eléctricas desenfundadas y máscaras en la cara, esperando a que las puertas de las salas del Henley se abrieran.

En conjunto, eran una de las mejores fuerzas de seguridad privadas del mundo.

Sin embargo, nada podría haberlos preparado para lo que vieron.

—Esperen —dijo el corresponsal y, de inmediato, Taccone volvió a la pantalla—. Todavía no tenemos confirmación, pero, al parecer, el Henley ya está en orden.

—Para —ordenó Taccone, y el chófer volvió a acercarse a la acera.

—¡Críos! —oyó Kat chillar a uno de los vigilantes a través de la niebla que le embotaba la cabeza—. ¡Es un puñado de críos!

Rodó para ponerse de lado y miró a través de la niebla a un hombre que se arrodillaba junto a ella.

—No pasa nada —le dijo con cariño el vigilante.

—Gas —masculló ella, tosiendo—. Fuego. El museo estaba...

La tos la cortó y alguien le pasó una máscara para que pudiera respirar aire limpio.

Se oyeron más toses en la sala. Por el rabillo del ojo vio a Simon llevándose una máscara a la cara. Estaba tumbado en el suelo al lado de un atril de pintor vacío, agarrado a un lienzo en blanco. Los guardas estaban ocupados ayudando a Angus y a Hamish a levantarse con cuidado, así que no vieron que el más bajito de los hermanos sonreía bajo la máscara. Pero Kat sí lo vio.

Aquel día, tumbada en el suelo, Kat lo vio todo.

—¿Qué pasa? —preguntó una voz conocida.

La última vez que había visto a aquel hombre se estaba metiendo entre la multitud y el humo, aunque esta vez iba sin Hale.

—¿Quiénes son estos niños? —preguntó Gregory Wainwright a los guardas.

El guarda señaló el escudo de la chaqueta burdeos de Simon.

—Parece que son del Knightsbury.

—¿Por qué no se les evacuó? —preguntó el director a los guardas, pero no esperó a la respuesta, sino que se volvió y espetó a los adolescentes—: ¿Por qué no os evacuaron?

—Estábamos...

Todos se volvieron hacia la chica de largas piernas y corta falda que se ponía en pie, tambaleante. Dos de los vigilantes se apresuraron a agarrarla del brazo para ayudarla.

—Estábamos... —La tos pudo con ella durante un momento, pero, si Gabrielle estaba exagerando demasiado su papel, Kat fue la única que lo pensó—. En clase.

Señaló la bolsa que tenía a los pies y que había caído en pleno caos; se veían pinceles y pinturas tirados por el suelo de mármol. Había unos atriles de madera colocados en fila, de cara a las obras de arte. Nadie se dio cuenta de que había cinco niños, cinco atriles y cuatro lienzos en blanco, pero tampoco estaban de humor para ponerse a contar.

—Se suponía que... —dijo Gabrielle, volviendo a toser; uno de los vigilantes le puso una mano en la espalda, como para protegerla—. Nos dijeron que esperásemos aquí. Dijeron que la sala estaba cerrada, así que podíamos intentar copiar estos cuadros —añadió, señalando los lienzos en blanco en sus atriles, delante de las obras de los grandes maestros—. Cuando sonaron las alarmas intentamos irnos, pero las puertas estaban...

Tosió de nuevo y miró a los hombres que la rodeaban. Quizá batiera las pestañas; quizá se ruborizara. Quizá sucedieran un millón de cosas, pero, al final, logró que nadie dudara de ella cuando dijo:

—Estaban bloqueadas.

Bueno, casi nadie.

—¿Qué clase? ¿Por qué no se me informó de esa clase? —gruñó el director a los

vigilantes.

El gas se había ido casi del todo. Kat respiraba con más normalidad. Se alisó la falda del uniforme y le dio la impresión de que había recuperado el equilibrio casi por completo. Dos y dos volvían a ser cuatro, así que se volvió y señaló el cartel de la puerta abierta, que decía: «Galería cerrada para clase privada (programa creado gracias a la Fundación W. W. Hale para la Excelencia Artística)».

—Pero... —empezó el director, volviéndose; se pasó una mano por la sudorosa cara—. ¿Y el oxígeno? ¡Los protocolos de seguridad contra incendios tendrían que haberlos matado! —exclamó, y se dirigió a Gabrielle—. ¿Por qué no estáis muertos?

—Señor —lo cortó uno de los guardas—, el fuego se aisló en el pasillo de al lado. Las medidas de privación de oxígeno no se habrían activado, a no ser que...

—¡Sigam registrando las galerías! —chilló el director—. Registradlas todas.

—Ya hemos asegurado todas las galerías, señor —le aseguró uno de los guardas.

—¡Creíamos que ésta estaba asegurada! —gritó Wainwright, mascullando para sí algo sobre descuidos y responsabilidades—. ¡Regístrenlas!

—Señor —dijo en voz baja uno de los vigilantes, acercándose; Kat saboreó la ironía cuando susurró—: No son más que críos.

—Señor —intervino Simon, y la voz le temblaba tanto que Kat se creyó que estaba a punto de llorar de verdad—, ¿podría llamar a mi madre? No me siento muy bien.

Y, entonces, uno de los técnicos más geniales del mundo se desmayó.

El sonido que oyó después no se parecía a nada que Katarina Bishop hubiera experimentado antes. No era el aullido de una alarma, era el rugido de las sirenas en el silencio. Uno de los museos más concurridos del mundo parecía un pueblo fantasma lleno de ecos, encantado. Mientras los guardas llevaban a Simon a la grandiosa entrada y el aire limpio, Kat esperaba ver la sombra de Visily Romani flotando sobre ellos, diciéndoles que lo habían hecho bien, pero que no habían terminado, todavía no.

A través de la puerta abierta de la galería del Impresionismo, Kat vio a Gabrielle metiendo con cuidado los lienzos en blanco en sus grandes maletines. Hamish y Angus metían a toda prisa los pinceles en las mochilas. Kat se acercó a consolar a Simon, pero se detuvo y escuchó: un golpe, un eco, una pisada.

Se volvió justo cuando el hombre aparecía al final de la entrada, moviendo los brazos y corriendo por el suelo de baldosas. El mundo pareció dejar de girar cuando les dijo:

—No está.

No lo dijo gritando, ni tampoco susurrando. No se percibía en las palabras ni pánico ni miedo, sino más bien incredulidad. Sí, eso era, incredulidad, aunque Kat no tenía muy claro si era del hombre o suya.

—El *Ángel* de Leonardo —repitió el hombre mientras el grupo se acercaba al centro de la gran entrada.

Las enormes puertas dobles que daban a la sala del Renacimiento estaban abiertas de par en par. Todavía se veía la barrera antibalas de plexiglás en su sitio, protegiendo al *Ángel*, al igual que los rayos láser rojos que brillaban por todas partes. Sin embargo, no había duda de que el marco que estaba en el centro, el corazón del Henley, no tenía nada dentro.

—¿No está? —repitió Gregory Wainwright, que avanzaba dando traspiés hacia la barrera en busca de un cuadro que ya no estaba—. No puede ser... —empezó a decir el director, hasta que por fin se dio cuenta de que el marco no estaba del todo vacío.

El *Ángel* había desaparecido, pero había otra cosa en su lugar: una sencilla tarjeta de visita blanca con las palabras: «Visily Romani».

Por supuesto, si hubieran registrado a Kat habrían encontrado una tarjeta igual. De haber quitado la capa superior de lienzo que cubría los cuatro marcos que llevaba, habrían visto que el *Ángel de regreso al Cielo* no era el único cuadro que abandonaba el Henley aquel día, aunque, por algún motivo, Kat suponía que sólo cuatro saldrían por la puerta principal.

El cuadro de Leonardo da Vinci había desaparecido. Los cinco niños atrapados en el caos ya no eran la principal preocupación, así que Simon, Angus, Hamish, Kat y su prima salieron al exterior, bajo la suave llovizna, con cuatro obras maestras guardadas en sus carpetas y cubiertas de lienzos en blanco: borrón y cuenta nueva.

Kat respiró el aire fresco. Un nuevo comienzo.

En los días posteriores, ningún periodista logró entrevistar a ninguno de los jóvenes artistas que habían corrido peligro aquel día. Los miembros del consejo de administración del Henley esperaban una llamada o una visita de sus abogados, así como información sobre la compensación económica que tendrían que pagar, pero nunca llamó ni los visitó nadie.

Era como si los escolares que habían estado encerrados en la exposición impresionista hubieran recogido sus bolsas y lienzos para después desintegrarse en el aire otoñal.

Uno de los guías dijo haber visto a los chicos subir a un autobús escolar que conducía un hombre mayor.

Muchos intentaron en vano obtener una declaración de los responsables del Knightsbury, pero nadie lograba encontrar el colegio; no constaba ninguna institución con aquel nombre en Londres, ni en el resto de Inglaterra. Algunos de los niños tenían acento estadounidense, según comentaban los vigilantes, pero, después de tres semanas de intentos fallidos, todos olvidaron a los niños con ojos llorosos y gargantas irritadas, y se concentraron en otras historias más importantes.

Nadie vio al hombre del Bentley que observó cómo salían del museo en fila india.

Nadie más que él se percató de que las carpetas que llevaban eran un poquito más gruesas de la cuenta.

Nadie más que su chófer lo oyó susurrar:

—Katarina.

Capítulo 35

Gregory Wainwright no era tonto. Se lo juraba a su esposa y a su terapeuta. Su madre se lo aseguraba cada domingo, cuando la visitaba para tomar el té. Nadie que lo conociera de verdad pensaba que fuera personalmente responsable de la seguridad del Henley; al fin y al cabo, para eso empleaba a especialistas. Sin embargo, el *Ángel*... El *Ángel* ya no estaba, había desaparecido. Así que Gregory Wainwright estaba bastante seguro de que las autoridades del Henley no estarían del todo de acuerdo.

Quizá por eso no le dijo a nadie que su tarjeta de seguridad había desaparecido en medio del caos del incendio. Quizá por eso no dijo muchas cosas.

De haber sido otro cuadro, puede que se lo hubieran perdonado todo, pero ¿el *Ángel*? Perder el *Ángel* era demasiado. El artículo que apareció en la edición de la noche del *Times* londinense no era del todo lo que el público esperaba. Por supuesto, la imagen en color del Leonardo perdido dominaba el centro de la página. Huelga decir que el titular sobre el robo del Henley ocupaba toda la parte superior. Gregory Wainwright sabía que era cuestión de tiempo que las antiguas historias sobre el *Ángel* volvieran a surgir. Lo único que lo sorprendía era que la prensa hubiera tardado menos de veinticuatro horas en convertir la historia de la gran pérdida para el Henley (y la sociedad) en la historia de la gran vergüenza del Henley.

No fue culpa del director que Veronica Miles Henley hubiera comprado el *Ángel* poco después del final de la Segunda Guerra Mundial. Wainwright no le había quitado el cuadro a su dueño original, ni se lo había ofrecido a un directivo de un banco que había servido fielmente al partido Nazi. Wainwright no había sido el juez que decidió que, puesto que el *Ángel* se había comprado de buena fe al directivo y como se colgaría en una exposición pública, podía permanecer en las paredes del museo.

«¡Esto no es culpa mía!», quería gritar, pero, claro, gritar no era de buena educación, o eso decía su madre.

La prensa estaba encantada. Se vilipendiaba al Henley y Romani empezaba a convertirse en una especie de héroe, un Robin Hood que dirigía una alegre banda de ladrones.

En cualquier caso, Gregory Wainwright daba gracias porque, al menos, la prensa no se hubiera enterado de lo del chico.

El director recordaba todos los detalles de aquel día como si los reviviera una y otra vez...

—Nuestros guardas me aseguran que la sala en la que te encontraron había sido evacuada por completo antes de que se activaran las medidas contra incendios —le dijo Wainwright al joven de pelo oscuro y ojos azules que tenía sentado delante, en la sala de interrogatorios de Scotland Yard.

Los inspectores le habían dicho que estaban demasiado ocupados persiguiendo al verdadero ladrón como para perder demasiado tiempo con el chico, pero el director

del Henley opinaba de otra forma.

—No voy a demandarlos —se limitó a responder el chico.

—¿Cómo entraste en la exposición? —preguntó de nuevo el hombre.

—Ya se lo he dicho y también se lo dije al policía anterior, y a los tipos de antes, y a los tipos que me encontraron: estaba en la sala cuando sonaron las alarmas. Tropecé al ir hacia la puerta. Cuando me desperté, estaba encerrado.

—Pero yo estuve en esa sala. Puedo testificar que nuestras puertas sólo se cierran después de evacuar una sala.

—Quizá tenga un problema de seguridad —respondió el muchacho, encogiéndose de hombros.

Era una forma muy suave de decirlo, pero el señor Wainwright no estaba de humor para darle la razón.

—Quizá mi madre pueda ayudarlo con eso —le ofreció el chico—. Es muy buena, ya sabe que trabaja en la Interpol.

La mujer que permanecía al lado del muchacho era atractiva e iba bien vestida, según veía Gregory Wainwright. Al fin y al cabo, tenía buen ojo para clasificar a la gente, dado que entraba mucha por las puertas del museo todos los días. Conocía a turistas y coleccionistas, críticos y esnobs, aunque no conseguía definir del todo a la mujer que tenía delante.

—¿Cómo sobreviviste a la falta de oxígeno? —preguntó el director, y el chico se encogió de hombros.

—Un viejo se dejó una silla de ruedas. Debía de tener problemas respiratorios, porque había una botella de oxígeno en la parte de atrás.

Gregory Wainwright hizo una mueca al oír que llamaba «viejo» a uno de los hombres más ricos del mundo, aunque no dijo nada.

—Entiendo que tengamos que firmar algún documento de renuncia o similar —comentó la mujer, poniéndose en pie—, pero le aseguro que no tiene ninguna prueba para retener a mi hijo, que ya ha tenido suficientes experiencias traumáticas por hoy.

—Me temo que su hijo no puede ir a ninguna parte hasta que lo descartemos...

—¿Descartarme? —preguntó el chico, y Gregory Wainwright no estaba seguro de si su tono era de indignación o de miedo, aunque, sin duda, tenía algo raro.

—Creía que el robo había tenido lugar en otra ala del museo —dijo la madre.

El chico abrió los brazos.

—Regístreme, adelante. Pero dígame una cosa: ¿qué me he llevado?

Su madre le puso una mano en el hombro para tranquilizarlo, aunque su mirada al director daba a entender que le parecía una excelente pregunta.

—No tenemos ningún interés en alargar este asunto, señor Wainwright —dijo la mujer en tono frío—. Seguro que tiene muchas cosas que hacer hoy. Si quiere mi consejo, le recuerdo que en este tipo de asuntos el tiempo es esencial. Si no recupera el cuadro en el plazo de una semana, es probable que no lo haga nunca.

—Lo sé —respondió el director, apretando los finos labios.

—Y, por supuesto, aunque lo recupere, los cuadros del siglo xv no reaccionan bien cuando los meten en bolsos de viaje o los tiran dentro de un maletero.

—Lo sé —repitió el director.

—Y seguro que no necesita que le diga que lo que le ha pasado hoy a mi hijo no ha sido ningún accidente.

Por primera vez, la mujer logró captar toda su atención. El hombre abrió la boca, y miró a la mujer y al hijo como si no tuviera ni idea de qué responder.

—Alguien planeó el incendio, señor Wainwright —dijo ella, para después reírse un poco—. Pero me siento tonta diciéndoselo —añadió, sonriendo con sus labios pintados de rojo—. Seguro que ya sabía que no era más que una enorme distracción —concluyó, y puso una de sus elegantes palmas sobre la otra—. Un juego de manos.

El director del museo parpadeó y se sintió como si él también estuviera atrapado en una cámara sin oxígeno mientras el fuego ardía al otro lado de la puerta. Amelia Bennett se levantó e hizo un gesto a su hijo para que la siguiera.

—Seguro que un hombre como usted ya sabrá que mi hijo es tan víctima de Visily Romani como usted.

Y, tras decir aquello, el último de los niños atrapados en el Henley aquel día se volvió, salió por la puerta... y desapareció sin dejar rastro.

Y Gregory Wainwright pudo tener su crisis nerviosa en paz.

Último día del plazo

París
(FRANCIA)

Capítulo 36

Veinticuatro horas después del robo en el Henley, estaba lloviendo en París. El chófer francés de Arturo Taccone acercó la limusina (un Mercedes clásico, esta vez en azul oscuro) a la acera y dejó que el hombre contemplara la estrecha calle llena de tiendecitas. No estaba preparado para el golpe en la ventana empañada ni para que una chica demasiado bajita y demasiado cansada para su edad se metiera con él en el asiento de atrás.

La chica se sacudió un poco el corto pelo y el agua salpicó los asientos de cuero tostado, pero a Arturo Taccone no le importó. En aquel momento se enfrentaba a demasiadas emociones, y la más importante (aunque no se atreviera a reconocerlo) era que lamentaba que todo acabase ya.

—He oído que a los gatos no les gusta la lluvia —dijo, bromeando sobre su nombre en inglés mientras señalaba el pelo de punta y el impermeable empapado—. Veo que es cierto.

—He estado peor —respondió ella, y, por algún motivo, el hombre no lo dudó.

—Me alegro mucho de verte vivita y coleando, Katarina.

—¿Porque temía que me hubiera quemado viva en el Henley o porque temía que me pillaran y usara nuestro trato para conseguir un acuerdo?

—Las dos cosas.

—¿O le preocupaba más que me llevara los cuadros y desapareciera? ¿Que permanecieran ocultos otros sesenta años?

El hombre volvió a examinarla. Era poco común encontrar a alguien tan joven y tan sabio, tan novato y tan hastiado.

—Reconozco que esperaba que me trajeras..., cómo decirlo..., una bonificación. Pagaría muy bien por el *Ángel*. Encajaría muy bien en mi colección.

—Yo no me llevé el Da Vinci —respondió Kat, y Taccone se rió.

—Y tu padre no se llevó mis cuadros —dijo por seguirle la corriente, porque seguía sin creerla—. Formáis una familia muy interesante, y tú, Katarina, eres una chica excepcional.

A ella le dio la impresión de que le tocaba devolver el cumplido, pero había algunas mentiras que ni siquiera la sobrina nieta del tío Eddie podía contar, así que sólo preguntó:

—¿Mi padre?

—Su deuda está olvidada —respondió Taccone, encogiéndose de hombros—. Ha sido muy... divertido. Quizá vuelva a robarme algo en el futuro.

—Él no... —empezó a decir Kat, pero se lo pensó mejor.

—Sí, Katarina, no terminemos con una mentira.

Kat lo miró como si deseara calcular qué porcentaje de verdad podría quedar en el alma de alguien como Arturo Taccone, si es que le quedaba alma.

—Los cuadros están en perfectas condiciones. No se ha estropeado ni una gota de

pintura.

—No esperaba menos de ti —respondió él, ajustándose los guantes de cuero.

—Están listos para volver a casa —dijo ella; la voz se le quebró y Taccone supo que no mentía, que había un anhelo verdadero en sus palabras—. Están al otro lado de la calle, en un piso abandonado —añadió, señalando un punto al otro lado de las ventanas empañadas—. Ahí, el que está al lado de esa galería.

—Lo veo —respondió Taccone, siguiendo su mirada.

—Hemos terminado —le recordó ella.

—No tiene por qué ser así. Como dije antes, un hombre de mi posición podría hacer que una joven como tú ganara más dinero del que pudiera soñar.

—Sé lo que es el dinero, señor Taccone —respondió ella, volviéndose hacia la puerta—. Creo que me conformaré con la felicidad.

El hombre se rió entre dientes y la vio marchar. Estaba ya fuera del coche cuando le dijo:

—Adiós, Katarina, hasta que volvamos a encontrarnos.

Kat se quedó bajo el toldo de una tienda y lo vio salir del coche y cruzar la calle. El chófer no fue con él, se dirigió al piso solo.

Aunque no estuvo allí para verlo, sabía lo que encontraría: cinco preciadas obras de arte.

Cuatro cuadros: una de las bailarinas de Degas, el hijo pródigo de Rafael, los dos niños de Renoir y *El filósofo* de Vermeer. Y algo más que no se esperaba: una estatua que había sido sustraída recientemente de la galería de al lado.

Kat se preguntó qué pensaría Taccone al encontrar en el polvoriento piso abandonado los cuadros que tanto amaba junto con una estatua que no había visto nunca.

Se preguntó si se volvería para mirar la puerta, quizá oyera a los agentes de la Interpol que corrían por la calle húmeda para colocarse al otro lado de las ventanas.

¿Sabía Arturo Taccone lo que estaba a punto de pasar? La chica nunca lo averiguaría; le bastaba con quedarse en la calle y ver cómo los agentes uniformados entraban en tromba al lugar donde ella había puesto los cuadros de Taccone y su padre había escondido la escultura robada.

Tenía más que de sobra con ver cómo el chófer de Taccone salía a toda pastilla de allí. No pasaba nada, seguro que la Interpol estaba más que dispuesta a llevar a su jefe.

—¿Están ahí dentro?

A Kat no debería haberla sorprendido oír la voz, pero, aun así, no pudo evitar sobresaltarse.

—¿Tú qué crees? —repuso.

—No estoy en la cárcel, por cierto —dijo Nick, sonriendo—. Por si te lo

preguntabas.

—No me lo preguntaba.

Como, por un segundo, el chico pareció dolido, Kat añadió:

—Nadie detiene al hijo de una poli por estar en una sala en la que no se ha robado nada.

Sin embargo, sí que se robó algo en el Henley. Se quedaron allí un buen rato, callados, hasta que por fin Nick comentó:

—Nos usó... Bueno, supongo que os usó. Ese tal Romani os utilizó como distracción, ¿verdad? —Kat no respondió, no hacía falta. Nick se acercó más—. Un golpe dentro de otro —dijo, mirándola—. ¿Estás enfadada?

Kat pensó en el *Ángel* del Henley que, en aquellos momentos, seguramente volaba de vuelta a su verdadero hogar. No pudo evitar sacudir la cabeza y responder:

—No.

Sin embargo, su sorpresa fue mayúscula cuando Nick sonrió a su vez y repuso:

—Yo tampoco.

—¿Estás ligando conmigo? —le soltó Kat.

Le pareció una pregunta científica válida hasta que Nick se acercó un par de centímetros y respondió:

—Sí.

La chica se apartó de él y del troteo.

—¿Por qué lo hiciste, Nick? ¿Y por qué no me dices la verdad esta vez?

—Al principio creía que me ayudarías a cazar a tu padre.

—Y después...

Nick se encogió de hombros y le dio una patada a un guijarro de la acera. La piedrecita cayó en un charco, aunque Kat no la oyó salpicar.

—Quería impresionar a mi madre. Y después...

—¿Sí?

—Y después creí que podría cazarte a ti, impedir un robo en el Henley y ser un héroe. Pero...

Kat se quedó mirando la lluviosa calle y se estremeció.

—No me llevo nada que no me pertenezca —afirmó.

Nick hizo un gesto hacia la pareja de agentes que sacaba del piso a Arturo Taccone, esposado.

—Te llevaste cosas de él.

—Tampoco eran tuyas —respondió ella, pensando en el señor Stein.

Un minuto después, otro coche se abrió paso entre la multitud que empezaba a reunirse en la calle. Una guapa mujer de pelo negro salió del asiento de atrás. Si vio a su hijo debajo del toldo, no lo saludó ni sonrió, ni le preguntó por qué había desobedecido su orden de no salir del hotel sin permiso.

—Eres buena de verdad, Kat —le dijo Nick.

—¿Te refieres a buena en mi trabajo o simplemente... buena?

—Ya sabes a qué me refiero —repuso él, sonriendo.

Kat lo vio alejarse hasta que el coche que llevaba a Arturo Taccone salió a la calle y lo tapó. Por lo que ella sabía, el chico no miró atrás, cosa que no le pareció justa porque, a partir de ese momento, ella se pasaría toda la vida mirando atrás por si la seguía alguien.

Más que verla, Kat percibió que una limusina negra se paraba lentamente en la acera, a su lado. Oyó un ligero sonido deslizante cuando el cristal oscuro de la ventana trasera bajó y un joven se asomó por ella.

—Bueno, entonces, ¿ése es el tipo que robó esa galería tan mona? —preguntó Hale con los ojos muy abiertos, señalando al coche de policía que se largaba con Taccone.

—Eso parece —respondió Kat—. He oído que metió la estatua por un agujero de la pared que daba a ese piso vacío.

—Un genio —dijo Hale con más entusiasmo de la cuenta.

Kat se rió y Hale le abrió la puerta para que entrara.

—Sí —comentó ella—. En teoría. El problema es que robar una galería hace que la policía pase demasiado tiempo dentro de la galería...

—Entonces, ¿cómo iba a sacar su estatua?

Kat sabía que era su turno, su línea del guión, pero estaba demasiado cansada para seguir jugando. Además, quizá Hale también lo estaba; quizá.

El chico miró afuera, hacia el lugar por el que se había ido Nick.

—¿No te vas con tu novio?

—Puede —respondió Kat, apoyando la cabeza en el suave cuero; cerró los ojos y pensó que, al final, lo del tonto tampoco era tan difícil—. Puede que no..., ¿Wyndham?

Oyó a Hale reírse un poco y decir:

—Marcus, llévanos a casa.

Mientras avanzaban entre los coches, Kat dejó que el calor de la limusina la bañara. No protestó cuando Hale le pasó un brazo por encima y la atrajo hacia su pecho para que apoyara la cabeza. Por algún motivo, era más blando de lo que recordaba.

—Bienvenida a casa, Kat —le dijo él mientras se quedaba dormida—. Bienvenida.

25 Días después del plazo

**Nueva York
(EE. UU.)**

Capítulo 37

No fueron a Cannes por Navidad. El tío Eddie decía que era demasiado viejo para viajar, que estaba demasiado apegado a sus costumbres para cambiarlas, así que Kat y su padre se unieron al gentío que abarrotaba la vieja casa de fachada rojiza.

Dentro hacía calor, como siempre en invierno, ya que las chimeneas de todas las habitaciones estaban encendidas y los fuegos de la vieja cocina del tío Eddie ardían con fuerza.

Kat salió al exterior y se sentó en el escalón sin importarle el frío.

—Supuse que estarías aquí, Katarina.

Durante un breve segundo sintió pánico, hasta que se dio cuenta de que no era la voz de Taccone, sino otra mucho más cariñosa, amable y contenta.

—Felices fiestas, señor Stein.

—Felices fiestas, Katarina —respondió él, inclinando el sombrero.

—¿Quiere entrar? —lo invitó ella, señalando la puerta.

—Oh, no, Katarina. Ya he encontrado a la persona que buscaba —respondió, dando un paso atrás—. ¿Te importaría dar un paseo con este anciano?

Era una pregunta fácil de responder, una de las pocas preguntas fáciles que le habían hecho en mucho tiempo.

—Te has ganado un enemigo, querida.

Kat se subió el cuello del abrigo para protegerse del viento helado.

—Podría habérselos devuelto para volver a robarlos después, pero...

—¿El desafortunado encarcelamiento de tu padre? —conjeturó él.

—En aquel momento me pareció que mi plan sería más eficaz.

La primera vez que se encontró con Abiram Stein, lo había visto llorar. A Kat le pareció que verlo reír era precioso.

—Leí un artículo sobre usted —le dijo al anciano.

—¿El *Times*?

—No, el *Telegraph*.

—Han salido muchos —repuso él, suspirando—. Está claro que soy una especie de... ¿Cómo se dice? ¿Famoso por un día?

—No deje que se le suba a la cabeza —dijo ella entre risas.

Pasearon juntos por la tranquila calle con la única compañía de unos cuantos copos de nieve perdidos.

—Creo que debería darte las gracias, Katarina, pero eso sería muy poco —comentó el hombre, llevándose las manos a los bolsillos.

—¿Están...? —empezó a decir ella, pero vaciló y se le quebró la voz—. ¿Están en casa?

—Algunos —le aseguró él—. Hay unas cuantas familias, supervivientes, que he localizado con mis colegas. Has leído sus historias, ¿verdad? —Kat asintió—. Sin embargo, en cuanto a los demás, Katarina, me temo que sus hogares... ya no existen

—concluyó, aunque le costó decir las palabras.

La nieve empezó a caer con más fuerza mientras seguía hablando.

—Pero los cuadros viven. Ahora todos conocen sus historias y una nueva generación oirá sus relatos. Los colgarán en los grandes museos del mundo, no en una prisión —dijo, y se acercó más a la chica para tomarla por los brazos y besarla una vez en cada mejilla antes de susurrar—: Los has liberado.

Ella miró la mojada acera.

—Faltaba uno —repuso.

No había dicho nada sobre el quinto cuadro, el marco vacío, pero sabía que Abiram Stein lo entendería.

—Sólo había cuatro. Lo intenté, pero...

—Sí, Katarina, conozco ese cuadro.

—Lo encontraré, lo recuperaré como los demás.

Aunque ella estaba cada vez más nerviosa, más decidida a hacerlo, el señor Stein habló con tranquilidad.

—¿Te mencionó alguna vez tu madre por qué acudió a mí, Katarina? ¿Sabías que tu tatarabuela fue una gran pintora?

Kat asintió, lo sabía. ¿Quién si no podría haber pintado la copia de la *Mona Lisa* que exhibían en el Louvre?

—¿Y sabías que uno de sus mejores amigos era un joven artista llamado Claude Monet?

En una familia de ladrones había muchos rumores, y el de Monet era uno de los que Kat nunca se había creído... hasta entonces.

—Una vez pintó a tu tatarabuela y le regaló el lienzo. Era su orgullo y su alegría, su posesión más preciada hasta que en 1936 un joven oficial nazi lo descolgó de su pared.

—Pero...

—¿Pero tu tatarabuela no era judía? —dijo Abiram Stein por ella; después sonrió—. Los nazis estaban a favor de la igualdad de oportunidades en lo que respecta a su codicia, querida.

—Así que mi madre estaba buscando el cuadro de su bisabuela —comentó Kat, entendiéndola un poquito mejor.

—Es lo único que no podía robar —repuso él, sonriendo—. Yo no me preocuparía por el último cuadro, Katarina. Estas cosas siempre acaban encontrando el camino a casa.

—¿Y el Ángel?

—Bueno, creo que nuestro amigo, el señor Romani, se encargará de devolverlo.

Se detuvieron al final de la manzana y Kat lo observó llamar a un taxi.

—Una mujer muy sabia me dijo una vez que alguien como tú podría resultarle muy útil a alguien como yo. ¿Estás de acuerdo? —preguntó el anciano, aunque algo en su expresión dejaba claro que ya sabía la respuesta—. Adiós, Katarina —dijo al

subirse al taxi, con un brillo renovado en los ojos—. Estoy seguro de que volveremos a vernos —se despidió antes de cerrar la puerta.

A Kat le hubiera gustado creer que sabía lo que iba a pasar a continuación, que había visto todas las fichas de Romani y tenía claro cuál sería la siguiente jugada del ladrón. Sin embargo, no era cierto. Ella no era una gran ladrona, no era tan buena como Romani ni como el tío Eddie. Nunca sería como su padre o su madre, aunque tampoco era la chica que había huido al (y del) Colgan.

Al entrar en la casa de fachada rojiza, por primera vez desde que tenía memoria le pareció que no hacía demasiado calor dentro, que no se agobiaba. La cocina era perfecta.

El tío Eddie estaba junto a sus fuegos, removiendo un estofado y esperando a que subiera el pan. Su padre estaba sentado al lado de Simon mirando los planos del Henley y jurando, por supuesto, que su interés era puramente académico y que el museo ya habría cambiado todos sus sistemas de seguridad, así que no pasaba nada por compartir lo que habían averiguado.

Hale fue el único que levantó la vista cuando entró Kat. Hizo un gesto hacia una de las sillas desaparejadas que tenía al lado, y ella ocupó su sitio en la mesa sin pensárselo dos veces.

En el exterior, la nieve seguía cayendo. En el otro cuarto, el tío Vinnie cantaba una vieja canción rusa que Kat nunca había conseguido aprenderse.

—¿Y tú, tío Eddie? —preguntó Gabrielle desde el otro extremo de la mesa—. ¿Quién crees que es Romani?

Kat recordó las palabras del tío Eddie: «No es nadie; y es todo el mundo». Después contuvo el aliento mientras su tío se volvía poco a poco.

—Creo que sólo hay dos personas en este mundo que han logrado llevar a cabo con éxito un trabajo en el Henley, Gabrielle —dijo, y Kat notó que todos guardaban silencio y que su tío la miraba—. Visily Romani (sea quien sea) es la otra.

Hale metió la mano bajo la mesa y agarró la de Kat. Y, justo cuando ella se acercaba para relajarse a su lado, la puerta de atrás se abrió de golpe y entraron los Bagshaw, trayendo consigo el frío viento de la calle.

—Hace un frío que pela —dijo Hamish, que fue directo a la cocina para hacerse con uno de los cuencos del tío Eddie sin preguntar.

Aquel simple gesto probaba que Angus y Hamish habían recibido el perdón oficial por el incidente de la monja, y que los volvían a recibir con los brazos abiertos. Como héroes: los chicos que habían dinamitado el Henley.

—¿Qué es eso? —preguntó Hale, y Kat se fijó en el paquetito envuelto en sencillo papel marrón que Angus llevaba bajo el brazo.

—No sé —respondió el mayor de los Bagshaw—. Lo he encontrado fuera, la nota dice que es para Kat.

Lo primero que pensó fue en el señor Stein. Lo segundo, aunque brevemente, fue en Nick. Sin embargo, al recogerlo, quitarle el papel y mirar el lienzo que tenía en las manos, supo que se había equivocado.

Una chica. Vio a una chica de pelo lacio oscuro y rostro con forma de corazón, una chica pequeña en postura devota, de rodillas, rezando a Nicolás, santo patrón de los ladrones.

El tío Vinnie se puso a cantar con más energía en el otro cuarto. El tío Eddie volvió a su cocina, y Simon y su padre siguieron examinando sus planos.

Era como si Kat, Hale y Gabrielle estuvieran solos cuando su prima preguntó:

—¿Es eso lo que creo que es?

Kat asintió, sin habla, y una sencilla tarjeta blanca cayó del paquete y aterrizó, por fin, en la mesa del tío Eddie:

«Queridísima Katarina:

No te preocupes, el *Ángel* está a salvo y feliz. Este paquete te pertenece. Ya iba siendo hora de que él también volviera con su familia.

Bienvenida a casa,

Visily Romani».

Kat levantó la mirada y vio la cara de preocupación de Hale al lado de la de Gabrielle. Sonrió para tranquilizarlos y, por un momento, recordó la confesión de Hale, su billete de vuelta al Colgan, que estaba en el fondo de su maleta, cerrado y sin usar.

Kat miró de nuevo la preciada obra que tenía en el regazo y pensó en la muchacha que rezaba al santo patrón de los ladrones. Katarina Bishop supo que ella no era ninguna Visily Romani, sin embargo...

Sonrió.

Sin embargo, sabía que podía serlo.

Nota de la autora

Aunque las obras de arte concretas que se mencionan en el relato son ficticias, muchos de los tristes acontecimientos de esta historia son ciertos. Durante la época anterior a la Segunda Guerra Mundial y durante la misma guerra, los nazis saquearon sistemáticamente los tesoros familiares de media Europa.

Historiadores, activistas y supervivientes siguen trabajando sin descanso para enmendar aquellas terribles injusticias.

Agradecimientos

Este libro trata sobre la familia.

Mi familia editorial, Disney-Hyperion, me ha proporcionado un hogar profesional, y no puedo imaginarme este último año sin el apoyo y la orientación de Jennifer Besser y los acertados comentarios de Emily Schultz.

Es un honor formar parte de la familia de la Nelson Literary Agency, y estoy muy agradecida a Kristin Nelson y Sara Megibow por todo su trabajo.

Como ocurre con los ladrones profesionales, los escritores y lectores profesionales son una familia, así que debo dar las gracias a Jennifer Lynn Barnes, Sarah Mlynowski, Maggie Marr, Rose Brock y, por supuesto, BOB, por su certera mirada y sus amables palabras mientras Kat y su equipo pasaban de ser una idea loca a una sociedad del robo en toda regla.

Y, sobre todo, escribir sobre la familia de Kat, tan grande, cariñosa y, a veces, demencial, ha hecho que me dé cuenta de la suerte que tengo de contar con la mía.